



Luciérnagas
en la ciudad
José Salento

LUCIÉRNAGAS EN LA CIUDAD

José Salento

Sigue a José Salento:

WWW.JOSESALENTO.COM

WWW.FACEBOOK.COM/JOSE.SALENTO

WWW.TWITTER.COM/JOSESALENTO

WWW.INSTAGRAM.COM/JOSESALENTO

CONTACTO@JOSESALENTO.COM

T.L.2 Copyright © 2018 Fernando Candón Ríos
All rights reserved.

La fotografía de la portada del libro ha sido hecha
por Francisco Luis Pliego

Índice

[I TIERRA](#)
[II TIERRA](#)
[III CIELO](#)
[IV CIELO](#)
[V TIERRA](#)
[VI TIERRA](#)
[VII TIERRA](#)
[VIII TIERRA](#)
[IX CIELO](#)
[X CIELO](#)
[XI CIELO](#)
[XII CIELO](#)
[XIII CIELO](#)
[XIV CIELO](#)
[XV CIELO](#)
[XVI TIERRA](#)
[ANEXO](#)

ADVERTENCIA PARA EL DESOCUPADO LECTOR

Está usted a punto de iniciar la lectura de una obra donde las palabras se limitan a sostener el artificio de la historia. Dentro de estas páginas habrá quien asegure ser el narrador y quien actúe como mera figuración del simulacro literario, habrá también quien dé su versión de los acontecimientos construyendo castillos en el aire y quien afirme ser víctima de los sucesos que componen esta novela. A ti, lector, te corresponde el papel de observador de este baile de máscaras que van de un lado a otro enarbolando la bandera de la verdad absoluta. A modo de *matrioska* un capítulo dará lugar a otro y así las voces principales exigirán ser escuchadas alzándose como únicas en detrimento de las otras. Apariencia y realidad se presentan en este libro como dos caras de un mismo concepto.

I TIERRA

El recuerdo de aquellos días es lo único que me queda de un viaje inesperado entre la razón y la locura. Yo, que ahora no soy más que la triste sombra de lo que una vez fui, ejerzo mi derecho a no olvidar, a nunca olvidar la traición que acabó con la última esperanza de la humanidad. Pero no os adelantaré mucho más, narraré toda la verdad —o por lo menos mi verdad— en las siguientes páginas.

No sabría decirlo con certeza, quizás todo sucedió hace cincuenta años o puede que fuera hace un siglo, para nosotros el tiempo no es más que un invento humano al que debemos atenernos cuando trabajamos. La tarde en la que empezó el principio del final recibí un nombre, una dirección y una hora. Acto seguido me puse con los preparativos previos a cualquier recogida: me peiné cuidando cada detalle, mi larga melena oscura es el fruto del trabajo de una eternidad y supone un gran esfuerzo ponerla a punto para el público; luego me pinté los labios de un rojo intenso y las pestañas de negro; por último, me maquillé. Al acabar busqué un traje formal en el fondo del armario, ajusté mi reloj y me dispuse a poner rumbo hacia la dirección señalada.

Aunque no conocía el barrio al que me dirigía no estaba preocupada, nosotros nunca nos perdemos porque siempre sabemos encontrar el sitio al que debemos acudir. En ocasiones calculamos mal y llegamos a deshora, como aquella noche, pero esto no suele suponer un problema. Alcancé el lugar indicado una hora antes y me senté a esperar. Era un cruce de avenidas en pleno corazón de la ciudad. Allí las calles se presentaban como lo que fueron y ya no eran, hasta donde alcanzaba la vista había viejos locales vacíos que habían albergado negocios que otrora habían tenido éxito... y que ya no lo tendrían más. Ahora apenas sobrevivían una peluquería, alguna cafetería y un avejentado pub.

Normalmente tenemos varios nombres a por los que debemos ir al cabo del día, pero yo llevaba un par de semanas sin recibir ninguno. Esas cosas pasan, a veces hay mucho trabajo, otras no hay tanto, pero siempre acaba llegando algún encargo. Por aquel entonces estaba leyendo un libro que había pertenecido al último nombre al que había ido a buscar. Tenemos totalmente prohibido manipular o quedarnos con pertenencias de quienes recogemos, pero hacía ya mucho que empecé a sentir que me aburría desarrollando mi función y comencé a desobedecer el reglamento. Supongo que mi falta de respeto hacia las normas sería la causa de todo lo que ocurrió a continuación. Así que, con todas las ganas del mundo de acabar la novela e intentar comprender el porqué de lo que sucedía en ella, me senté en un banco, abrí mi bolso... y me di cuenta de que me la había olvidado en casa.

Hubiera sido mejor para mí haberme quedado quieta en aquel cruce, pero no, tuve que meterme en aquel pub de luces tenues. No estaba dispuesta a quedarme mirando el suelo una hora, ya ves tú qué tontería: ¿qué supone una hora en el infinito de la eternidad? Pues en aquel momento me pareció demasiado para estarme sin hacer nada. El pub era lo único abierto cerca del cruce y no te miento si te digo que siempre he tenido atracción por los sitios oscuros. Cuando entré todo estaba en silencio, miré extrañada hacia el fondo y vi un pequeño escenario iluminado. Puede que en la oscuridad hubiera unas veinte o veinticinco personas de público, no sabría decirlo con certeza porque quedé absorta en la imagen que vi sobre la tarima. Un hombre, sobre las tablas solo había un hombre, pero su manera de hablar y lo que decía me atraparon. Estaba recitando unos versos con los labios pegados al micrófono, recuerdo perfectamente aquellas palabras: «Antes tu alegría se confundía con el terror, es verdad, y ahora casi con otra alegría lívida, árida... mi pasión

decepcionada. Ahora me das miedo de verdad, porque estás de verdad cerca, incluida en mi estado de rabia, de oscura hambre, de ansia casi de criatura nueva». Entonces me percaté que tenía sus enormes pupilas azules clavadas en mí. Aquello era catastrófico, ningún humano puede ver a un ángel de la muerte... salvo que vaya a morir en poco tiempo, y ni siquiera eso es común. Aquel hombre ataviado con una vieja chaqueta, que originalmente fue una compra cara pero que ya se notaba pasada de moda, siguió hablando tras un fuerte aplauso. Inició un discurso sobre la necesidad de la experiencia como único testigo real de haber vivido, sobre lo importante de entender el presente como algo irreplicable. En realidad, no era nada que antes no hubiera escuchado o leído, pero no podía retirar mi atención de él, estaba atrapada en esa voz grave y limpia que fluía a través de los altavoces del pub. Recitó un poema sobre dos amantes que no saben que son amantes porque se desean, pero se niegan, y en esa tensión no resuelta se encuentra latente su relación. El pequeño aforo se puso de pie y aplaudió como si les fuera la vida en ello. Yo pensé de manera automática que no podía ser menos y aplaudí todo lo fuerte que podía, que a efectos prácticos no es más que lo que dos manos normales pueden. Era evidente que quien pisaba el escenario era alguien reconocido por el público, ya que le lanzaban frases de elogio y alguna que otra proposición indecente desde el sector femenino (supe minutos después que su pareja estaba entre los asistentes).

A continuación, aquel hombre se dirigió a sus oyentes para agradecerles el haber acudido al recital. Para finalizar, quiso invitar a subir al escenario a una persona muy especial para él —la señorita Marta Rivas, dijo—, y la gente la ovacionó. Al subir se besaron brevemente, lo que me provocó una inesperada necesidad de separarle la cabeza del cuello a esa insolente muchacha. Nosotros no podemos segar las vidas que se nos antojen, solo tenemos acceso a aquellos nombres que nos asignen y, por tanto, llevarme un ánima a voluntad no me estaba permitido. De todas formas, daba igual, mis ganas homicidas desaparecieron en un segundo: me di cuenta que su luz —al igual que la de su pareja— también se estaba apagando, no le quedaba mucho en este mundo. Marta Rivas se presentó como un cargo de un partido político que abogaba por la justicia social y un estado para el pueblo y por el pueblo. No soy experta en discursos y no juzgaré sus palabras, pero tenía metido en el bolsillo a la gente —luego supe que casi todo el público eran amigos y cargos del partido—. No te voy a mentir, no le presté nada de atención, no dejaba de mirar al poeta o al que recitaba poesía o al que fuera lo que fuese. Ahí, en una esquina de la tarima, con la cabeza medio rapada intentado ocultar un evidente principio de alopecia, se alzaba su esbelta figura de ojos azules y barba de varios días. No era muy alto, pero tenía algo que hacía que su presencia fuese imponente, incluso de ese modo también había algo en él que lo hacía parecer extremadamente frágil. Sujetaba un vaso de ginebra que levantaba como si fuese agua y se muriese de sed. Miré el reloj, quedaban veinte minutos.

Al acabar el minimítin, los aplausos exagerados y los gritos de ánimo inundaron el local. Muchos querían fotografiarse con ella, todos buscaban la foto con él, y yo no podía dejar de mirarlo. Él, de vez en cuando, me devolvía la mirada, no sabía si se había dado cuenta de quién era yo o si simplemente pensaba que era una espectadora más. Incluso llegué a pensar que era una obsesión mía y me estaba imaginando que me veía, cuando el hecho normal sería que no lo hiciera. Estuve tentada en ir a hablar con él, pero ¿qué le iba a decir? Tenía la sensación dentro de mí de que todo esto iba directo a ser una catástrofe de dimensiones nunca vistas. No me equivoqué ni por un ápice. Fuera, en la calle, comenzó a llover y yo me acerqué a la puerta. Al mirar al exterior lo vi, allí estaba con su máscara cadavérica el otro ángel, y lo saludé con la mano. Cada uno puede ir a trabajar con las vestimentas o apariencias que desee, pero creo que debemos de poner un poco de coherencia a nuestra labor, si ya resulta traumático para el humano comprender que ha fallecido,

más lo es tener que caminar junto a la Parca hasta las puertas del otro lado. No cuesta nada arreglarse, ponerse formal, que, aunque no quita el trauma del deceso, sí que ayuda. Pero así estaba, con su aterradora figura, le daba igual.

En el local la gente se iba yendo. Él estaba con el codo en la barra hablando de manera amistosa con un hombre, no parecían conocerse de antes, intercambiaban comentarios sobre no sé qué escritor americano del siglo XIX. En una mesa estaba ella con cuatro personas más y varios papeles sobre la madera. No sé por qué me fui hacia aquel grupo, es como si hubiera tenido vergüenza de acercarme a la barra y sentirme observada, no lo entiendo, nosotros no tenemos sentimientos. Así que me senté en una silla que estaba vacía y cotilleé los documentos un poco, los dejé porque eran informes de próximos movimientos políticos: mítines, reuniones, congresos locales... algo bastante aburrido. Hablaban de que quedaban diez meses para las próximas elecciones nacionales y que el partido veía posibilidades de conseguir algo grande. Hablaban de la violencia y de la agresividad que estaban tomando los últimos encuentros parlamentarios. Hablaban de simpatizantes de uno y otro lado reventando actos del partido contrario. Hablaban, hablaban simplemente. En un momento dado, uno de ellos le sugirió a Marta Rivas la necesidad de contar con su pareja como activo político, ya que —según decía—había rechazado todas las propuestas para apoyarlos y era fundamental que cambiase de parecer debido a la importancia del apoyo de un intelectual tan distinguido. La discusión sacó de quicio a Marta. Ella asentía y comprendía el requerimiento, pero argumentaba que su pareja era libre de decidir y había decidido no compartir la lucha política del lado de ellos. Terminaron la conversación con el compromiso de parte de la joven candidata de que volvería a discutir con el poeta la posibilidad de un apoyo público en actos de la futura campaña electoral. Yo sabía que esa conversación nunca tendría lugar, la luz de ambos se apagaba y ahora solo titilaban tenues en la oscuridad del pub. Mi reloj marcaba siete minutos para recoger el alma de aquel que discutía en la barra sobre un poeta muerto al otro lado del océano. Tenía curiosidad por ver como ocurría todo, era evidente que no iba a ser un fallo natural, dos almas serían recogidas simultáneamente. No podía evitar mirar de un lado para otro nerviosa, en realidad aquello no tenía mucho sentido, la recogida sería en el cruce de las avenidas y no en el interior del local. Quería hablar con el hombre, no sabía que decirle, pero algo me llamaba la atención en él como nunca me lo había llamado nada. Aproveché para abordarlo cuando se adentró en el pasillo para ir al baño. Le toqué el hombro y él se dio la vuelta, entonces se hizo el silencio, el cual rompí al titubear «Poeta, ¿me dedicarías un verso?». Sonrió, se acercó a una mesa, sacó un papel de un servilletero y un bolígrafo de su bolsillo y escribió «Éramos solo dos niños, mas tan grande nuestro amor que los ángeles del cielo nos cogieron envidia, pues no eran tan felices ni siquiera la mitad, como todo el mundo sabe en aquel reino junto al mar. Fdo.: Mateo Rosas». Lo leí emocionada y quise agradecerle su dedicatoria, pero él ya había desaparecido cuando levanté la mirada. Me apoyé en la barra y volví a leer aquellos versos. Sentí que todo se había helado dentro de mí. Lo leí una tercera vez y decidí avisarlo, le iba a decir que huyera, que le daría todo el tiempo del mundo o, mejor aún, que me fugaría a su lado. Así que saqué valor de lo más profundo de mí y me giré para buscarlo, pero ni él ni ella estaban ya en aquel lugar. Me había quedado atrapada en el texto de la servilleta, sin darme cuenta de que ellos se habían despedido de la gente y se habían ido. El reloj marcaba dos minutos.

Salí fuera todo lo rápido que pude y los vi entrando en un vehículo. Él se sentó frente al volante, su pareja en el asiento aledaño. Ella estaba muy alterada, las palabras que decía las acompañaba de gestos nerviosos que hacía con las manos. El otro buitre de la muerte esperaba en el cruce de avenidas a que el funesto coche llegara. Me quedaba sin tiempo y sin ideas. Ellos empezaron a

discutir dentro del automóvil. El reloj marcaba un minuto. Me coloqué delante del coche sujetando mi bolso fuertemente, no debían llegar al cruce. Él encendió el motor y quitó el freno de mano sin dejar de discutir con ella, no habían apartado la mirada el uno del otro y nadie se percató de mi presencia. Metió la primera marcha y me vio, puso cara de asombro e hizo un gesto para que me apartara a un lado. Le fui a decir que apagara el motor, pero, de repente, alguien golpeó con los dedos la puerta del copiloto. No lo vi llegar. El buitre de la muerte se relamía en el cruce de las avenidas. Todos miramos al individuo que acababa de entrar en escena. Ella bajó la ventanilla:

— ¿Es usted Marta Rivas?

— Sí.

—Tengo un mensaje para sus votantes.

Acto seguido, aquel hombre dio un paso atrás y descubrió el revolver que sostenía con su mano derecha. Sin dudarle un segundo, le acercó el cañón a la cara de la política. El asaltante fue a decir algo cuando, inesperadamente, el motor rugió y el poeta hizo el intento de escapar con el coche, pero no había espacio para salir sin maniobrar y chocó con el que estaba aparcado justo delante suya. El intento de evasión hizo que la ventanilla golpeará fuertemente la mano de aquel individuo, disparándose el arma que portaba. La bala alcanzó a Marta Rivas en la sien derecha. Nosotros no tenemos sentimientos. Mateo Rosas dio marcha atrás y volvió a meter primera. El buitre de la muerte esperaba en el cruce de avenidas. El asaltante, que parecía haber quedado paralizado tras haber abierto fuego, volvió a apuntar al automóvil, que ya había conseguido salir del aparcamiento, y presionó el gatillo en varias ocasiones. Me dirigí desesperada hacia el tirador con la intención de detenerlo, pero, antes de llegar a su posición, escuché un gran impacto. Varias personas salieron del pub. Creo que el asaltante huyó en dirección contraria, es solo una suposición, yo ya estaba frente al coche del poeta. Había chocado frontalmente contra el lateral de un autobús. Nosotros no tenemos sentimientos, pero yo no paraba de llorar. El buitre de la muerte extrajo el ánima del cadáver de la copiloto. Yo no podía dejar de mirar el cuerpo que me correspondía a mí. Una bala le había alcanzado la espalda y, al no llevar el cinturón puesto, tenía un fuerte traumatismo en el cráneo —mortal de necesidad, dirían los médicos más tarde—. El alma sale por la boca, pero tenía su cara incrustada donde había estado el airbag y, para la extracción, tenía que moverlo levemente. Al girarle ligeramente la cabeza, me fijé que tenía los ojos abiertos y que intentaba pronunciar algo con la mandíbula rota. Sus pupilas azules se volvieron a clavar en las mías. El reloj marcaba la hora exacta. Le dije «Lo siento», pero después de esas palabras no hice nada, me quedé enfrente de él hasta que llegaron las ambulancias. Aunque hubiera sabido lo que provocaría la omisión de mi deber, el desastre futuro y mi destierro venidero, sin duda lo hubiera vuelto a hacer igual una y otra vez. A día de hoy aún guardo la servilleta que me dedicó en aquel viejo pub.

Las ambulancias tardaron en aparecer, pero él no se iba a ir a ninguna parte. Cuando llegaron, los médicos solo pudieron certificar la muerte de Marta Rivas por un impacto de proyectil de arma de fuego. Tardaron cerca de una hora en poder sacar a Mateo Rosas del amasijo de hierro al que había quedado reducido el coche. No sabría qué sucedería ahora que era una proscrita del orden celestial, si vendrían a por mí o a por él o a por los dos. A pesar de mis temores, todo continuó igual durante los siguientes días. Solo ocurrió algo que no esperaba de ninguna manera: la luz de Mateo se apagó en el coche a pesar de seguir respirando.

Mientras transcurrían las primeras jornadas tras el incidente, la prensa especulaba con el porqué del asalto, y yo no dejaba de pensar en lo que había hecho. Le había negado el derecho a morir a aquel poeta. Cada noche me recostaba a su lado y me ponía a llorar porque, no habiéndole quitado la vida, no estaba en mis manos el poder devolverle la salud. Todo sería en vano si hubiera

traicionado mi sagrado juramento por haber dejado en estado vegetativo al hombre de los ojos azules y la voz grave. Por el hospital iban y venían los ángeles de la muerte cumpliendo su función sin preocuparse de las apariencias. Ninguno me saludaba cuando me veía, me ignoraban como si yo no existiera. Durante aquellas semanas llovió prácticamente todos los días, y la misma lluvia de fuera la sentía caer dentro de la habitación empapándolo todo, reduciéndolo todo a ropa mojada, a sábanas mojadas, a cuerpos mojados.

II TIERRA

Reflexioné continuamente sobre mi trabajo durante las innumerables jornadas que pasé en el hospital. Recordé mi primer encargo y todas y cada una de las almas que me había llevado hacia el otro lado. Al fin y al cabo, para mí todas eran una. Con pocas entablé más conversación que unas escasas palabras de calma que hicieran más amena la travesía transitoria. Si bien esto fue así con las ánimas que dejaban este mundo, no ocurrió lo mismo con todos los humanos. Por alguna razón que desconozco, ciertos desahuciados podían sentirme o verme poco antes de que llegase su hora. Había quien se daba cuenta de quién era yo y había otros que solo me veían como alguien de apariencia extraña. Te confesaré que no siempre fui tan gentil con el género humano. Cambié de actitud después de la experiencia que te voy a contar a continuación.

Una noche estival recibí una dirección, recuerdo perfectamente el calor sofocante que hacía aquel mes. Llegué con unos minutos de antelación al lugar indicado y ahí me encontré con una sala teatral. Debía entrar hasta el patio de butacas para recoger el alma del desgraciado que iba a dejar este mundo en apenas cinco minutos. El portón principal estaba cerrado, aunque no me costó encontrar otro acceso. Allí, entre dos contenedores de basura, la puerta de servicio estaba encajada, y entré sin hacer ruido. En la oscuridad de los bastidores resonaban las voces que venían del escenario. Me fijé en la cantidad de vestuario y atrezzo que tenían los actores. La obra debía desarrollarse en una época pasada, porque vi armas que los hombres ya no usaban habitualmente. Cogí uno de los aceros que estaban apoyados contra la pared y lo contemplé. De cerca era una burda imitación, pero desde la posición del espectador la réplica debía parecer una espada de verdad debido al efecto del brillo del metal.

De repente, uno de los actores apareció corriendo y se quedó mirándome. Era un hombre menudo y de rasgos marcados, muy joven a mi parecer. Apenas iba vestido con una especie de calzones blancos, supongo que venía dispuesto a enfundarse alguno de los disfraces. Sus ojos verdes estaban clavados en mi figura cuando dijo «Los enamorados pueden andar sobre las telas de araña que se mecen en el tibio calor del verano, así de leve es la ilusión». Sin detenerse, sonrió y giró la cabeza buscando algo entre las perchas a la vez que decía «Ahora debo salir a escena, incluso el amor más fuerte debe ser postergado cuando el escenario te llama. ¿Estarás luego por aquí?». Al decirme eso tornó la cabeza hacia mí, pero no alzó la mirada del suelo. Aún tengo la impresión de que me hubiera obedecido si le hubiera dicho que no saliera a escena, pero me limité a decirle tímidamente «Sí». No sé porque le contesté aquello, supongo que no me esperaba la pregunta. La velada transcurrió como estaba prevista: recogí el alma ante el estupor del público asistente y la guie por la senda que abandona esta realidad. Ya era madrugada cuando volví del otro lado. Él me esperaba en la puerta de la sala con una cazadora de cuero bastante ajada y una cara de cansancio que no afectaba a su aire juvenil. Anduvimos por una avenida en silencio durante un tiempo indeterminado. A esas horas la ciudad parecía un laberinto de asfalto en el que se escuchaba el rugido del minotauro sin que nunca llegase a hacer acto de presencia.

— ¿A dónde vamos? —le dije en alguna esquina, presa de la curiosidad.

— A donde tú quieras.

— Pero ya vamos en una dirección.

— Vamos a donde quieres ir, aunque aún no lo sabes.

No volvimos a intercambiar palabras tras este breve diálogo. El paseo acabó en la puerta de un antro de muy pocos metros cuadrados, sucio y con cucarachas correteando por los estantes. En una

esquina, un pequeño televisor emitía porno. Daba la sensación de que el barman había estado viendo alguna cadena local hasta que llegaron los primeros clientes y dejó al televisor fuera de control. «¡Oh! Como amo los lugares bohemios» dijo el joven actor al poner un pie en aquel tugurio. A mí me dio la impresión de que era lo único que se podía costear con lo que sacaba de la obra, me costaba creerme que alguien amase un sitio así. Saludó al camarero, que era un hombre calvo que pasaba los cincuenta, tenía pinta de tener la misma higiene que el negocio que regentaba y cuyos dedos, que estaban exageradamente hinchados, evidenciaban un claro problema circulatorio.

Pidió un infame whisky barato, lo quiso solo con hielo. Siempre he pensado que lo hizo para reforzar su imagen masculina frente a mí, ya que ese licor se asemejaba más a un desatascador industrial que a una bebida espirituosa. Lo cierto es que cada vez que posaba sus labios en el vaso su expresión era de gusto, al igual que le brillaban los ojos cada vez que me miraba.

— Háblame de tu trabajo —me dijo al acabar la primera copa. Antes de acudir a la cita pensaba que mi superioridad como ser ancestral le impresionaría tanto que sometería sus palabras a la mías. Lejos de ser así, el actor, con toda la picardía de su oficio y la soberbia inherente a su juventud, llevaba las riendas del encuentro.

— Mi trabajo es simple, recojo las almas de los muertos y las llevo al otro lado —contesté henchida de orgullo y soberbia. — Qué curioso, tenemos el mismo oficio.

— No digas tonterías, tú te limitas a dar discursos desde lo alto de un escenario, y yo cuido de que las ánimas lleguen bien al próximo mundo.

— ¿Qué diferencia hay entre el público y el muerto? Aquel que se sienta en el patio de butacas a contemplar una representación olvida su nombre, olvida su familia, olvida sus problemas y abandona temporalmente su vida para entrar en el fantástico mundo del teatro y la obra representada. ¡Cuántas veces he sido un desterrado veronés y al día siguiente un príncipe danés!

— Te debo confesar que aquella argumentación me provocó ganas de sacarles las tripas y asfixiarlo con ellas.

— ¿Osas compararte con un ángel de la muerte? Lo tuyo es solo literatura, lo mío es lo que da sentido a la vida.

— La vida no tiene más sentido que el que le demos nosotros, y eso, amor mío, es literatura. No sé cuántos vasos de whisky engulló, fueron muchos, pero su aspecto era el de un hombre sobrio, sobrio pero muy cansado. Salimos del bar y volvimos andar sin rumbo, o eso me pareció a mí. Anduvimos durante un buen rato, cruzamos una gran avenida mojada por la llovizna que había caído mientras estábamos en aquel nauseabundo antro. Un gato negro se nos fue a cruzar y al vernos salió corriendo. Recuerdo perfectamente el olor a tierra mojada y como las farolas eran faros en aquel naufragio urbano. Finalmente, arribamos en silencio a una estrecha calle donde estaba la entrada a un local de moda.

— ¿Entramos? —me preguntó, a lo que respondí, también preguntando, que qué se hacía en aquel lugar—. Bailar, lo que es algo que odio.

— Entonces, ¿por qué íbamos a querer entrar?

— Es el único sitio que a esta hora te pone algo de beber.

Estuvimos en aquel angosto y oscuro salón hasta que empezó a amanecer. Él no se separó de la barra a pesar de que alguna que otra chica se acercó a darle conversación. Su actividad se limitó a beber y a girar su cabeza cada cierto tiempo para mirarme y guiñarme un ojo, no hablamos nada.

Había estado tan ofuscada con aquel soberbio e impetuoso joven que no me había dado cuenta que su luz se estaba apagando, apenas le quedaba brillo para unas pocas horas. «¿Vamos a mi casa?

Allí tengo algo más de whisky», no sé por qué le dije que sí, a fin de cuentas, el único que bebía y

disfrutaba del alcohol era él, supongo que yo no tenía nada que hacer y quería vengarme de una noche en la que había sido víctima de una continuada falta de respeto.

Su apartamento estaba en un viejo barrio al que había que subir superando unas grandes cuestas. En la travesía pasamos por varios miradores desde los que se podían contemplar toda la urbe en su extensión bajo el sol naciente. La luz del amanecer se desparramaba sobre los edificios como si fuera sangre, me pareció que la ciudad estaba agonizando bajo la dictadura del astro rey. La casa del joven actor era un descuidado trastero decorado por la mano de un artista, no hacía falta más que echarle un vistazo rápido para llegar a esa conclusión. Era un lugar pequeño, pero cada centímetro estaba perfectamente colocado para emitir un aura bohemía: cuadros, libros por todas partes y una gran colección de vinilos con su correspondiente tocadiscos. Dijo «Bienvenida a mi palacio», y se apresuró a poner un disco. Los altavoces rugieron un «Won't you come over to the window, my little darling, I'd like to try to read your palm. I used to think I was some kind of gypsy boy before I let you take me home».

Sin servirse en un vaso, cogió una botella medio vacía de whisky y se sentó en el jergón. Yo lo hice también, no por estar junto a él sino porque no había otro lugar en donde reposar.

— Mira, esto son todas mis pertenencias: un montón de libros, baratijas que aspiran a ser arte, discos y un viejo álbum de fotografías —al decirme esto se inclinó y lo sacó de debajo de la cama. No había fotografías, eran todos recortes de prensa de hace muchos años. Hablaban de obras que habían sido representadas en muchas ciudades y habían tenido una gran acogida—. Estos eran mis padres —dijo señalando dos caras que se repetían en la mayoría de las imágenes de los artículos—. Murieron hace cinco años en un accidente de tráfico, es lo único que me queda de ellos.

Yo estaba callada, no puedo decir que me diera lástima, nosotros no tenemos sentimientos. Aunque hubiera querido expresar algo, no hubiera sabido que decir ante esa situación. De pronto, me sorprendió susurrándome «Dame un beso». Al escuchar esta petición me encolericé. No se habla en ese tono ni con esas palabras a un ser celestial, pero aun así me contuve ya que, según las normas divinas, yo no puedo herir ni matar a nadie porque alteraría el curso natural de los acontecimientos ya escritos —en realidad eso lo supongo yo, no existe una explicación que justifique la norma—. Lo miré con intención de escupirle en la cara, pero al fijarme en sus ojos vi que no mentía: lo que más deseaba en este mundo era ser besado por la santísima muerte. Entonces vi el cielo abierto, mi venganza estaba dispuesta. Dicen que las peores guerras y las mayores barbaridades se han hecho en nombre del amor.

— ¿Quieres un beso mío? ¿Por qué la reina de los muertos debería besar a un niñoato pobre, sin talento y que tiene como palacio la casa de una cucaracha?

— Pídeme lo que quieras y lo haré, no deseo otra cosa en la vida que probar los labios de la Parca.

— Quiero que bajes al patio y le prendas fuego a esa roñosa colección de recortes de prensa. El chaval miró al suelo, bebió un sorbo de la botella, se levantó y abandonó la casa. Me asomé a la pequeña y una única ventana del apartamento y esperé a que el actor apareciera en escena. Lo hizo e intentó en varias ocasiones prenderle fuego al álbum con un mechero, pero el plástico apenas se chamuscaba. Sin mirarme en ningún momento, lo tiró dentro de una papelera y se volvió a meter en el edificio para, a continuación, salir con un taco de octavillas publicitarias que introdujo también dentro de la papelera. El papel ardió con mucha facilidad, y el cubo metálico se transformó en unos segundos en una hoguera. El actor volvió a los bastidores de su casa y, de pie frente a mí, me señaló sus labios con el dedo índice de la mano derecha.

— Por mí has perdido tu pasado, ¿aún quieres un beso? —le espeté sorprendida.

— Ahora más que nunca —respondió sin pensarlo ni un segundo. Mi venganza parecía haber quedado en saco roto, yo no entendía nada y me estaba enfureciendo.

— Bien, tendrás tu beso, pero tu pasado no es bastante, quiero también tu futuro.

— El futuro no existe y el pasado es solo una ilusión. Ahora mismo solo quiero un beso tuyo, lo demás no tiene valor para mí.

Pensé que simplemente se estaba engañando a sí mismo, pero ahora creo que era yo quien se estaba engañando. Por mucho que lo intentaba no conseguía hacerle daño, la fragilidad de la mortalidad se mantenía firme frente a la inmortalidad que yo representaba. Le grité «¡Rompe la botella y córtate las venas con los cristales!» y, sin decir nada, así lo hizo. Ahí estaba él, de pie con las venas abiertas llenando el suelo de sangre y con el dedo índice de la mano derecha señalándose los labios. Su luz se apagaba para siempre, un ángel de la muerte que venía a por su alma abrió la puerta del apartamento. Mi plan llegaba a su fin, así que lo besé victoriosa al tiempo que su piel se volvía cada vez más pálida. Me miró con los ojos ya casi idos antes de caer de bruces al suelo. Me senté en la cama esperando a que el alma dejase el cuerpo, normalmente el ánima abandona la carne con una expresión de horror y dolor, nunca se ha visto más miedo que el que sufre un mortal al ver que su estancia en la tierra ha llegado a su fin. No quería perderme el espectáculo para poder decirle que la muerte había vencido a la vida, pero no, el espíritu se levantó del suelo tras ser extraído por mi compañero y, dejando atrás su cadáver con una sonrisa de oreja a oreja, me guiñó un ojo antes de marcharse con al ángel de la muerte que había venido a buscarle.

Inmediatamente todo el peso del mundo cayó sobre mí. Me vi a mí misma como el ser más solitario y desgraciado de la eternidad. Mi primera sensación era de derrota, me pareció que la vida había vencido a la muerte desde la aceptación de la propia finitud de la mortalidad. Luego pensé que vida y muerte eran parte de la misma cosa. Al final concluí que los sentimientos habían vencido al ostracismo de quienes mantenemos una existencia sin dudar del origen de nuestros actos.

Durante días recorrí abatida las calles de esta ciudad: rondaba el teatro por si algún actor volvía a reconocirme, de noche entraba en el infame bar únicamente para conseguir sentirme sola entre la multitud, y posteriormente iba a la discoteca donde me apoyaba siempre en el mismo hueco de la barra donde estuve con el actor. Con las primeras luces del alba regresaba a casa del él, allí me sentaba en la cama mientras las horas pasaban y el cuerpo de lo que había sido aquel joven se descomponía. Nadie lo había echado de menos. La última madrugada que estuve en aquel apartamento me fijé en un libro que estaba sobre la mesilla. Se titulaba *Don Juan* y decidí llevármelo. Se puede decir que en ese instante nació mi amor por la literatura y por la humanidad. Desde entonces a los encargos posteriores empecé a acudir maquillada y con mis mejores galas con tal de dar una buena impresión al alma de turno para facilitarle el viaje hacia el otro lado.

III CIELO

La luz entraba en la habitación como si fuese una mariposa batiendo sus alas. Debían ser cerca de las diez de la mañana cuando abrió los ojos. En la boca, seca en su grado máximo, tenía un regusto a ron y a tabaco. Incluso, si prestaba atención, podía detectar un ligero toque de tequila de algún chupito de la madrugada anterior. Había caminado bastante desde que salió del bar acompañada por Pablo... o Pedro... o como se llamará el estudiante de medicina que había conocido al inicio de la noche. Lo único que tenía puesto al despertar era su camiseta y no veía en las tinieblas de la habitación rastro de su ropa. Se retiró las sábanas con la misma habilidad que un cirujano realiza una intervención, no tenía intención de despedirse del futuro doctor. Debajo la cama encontró todo lo que le faltaba y con prisas, pero con cuidado de no hacer el más mínimo ruido, salió del dormitorio. Cerró la puerta con suma delicadeza, pero al girarse se encontró en un salón donde un hombre de unos cincuenta años tomaba un café sentado en el sofá. Al percatarse de su presencia, la miró sorprendido y levantó la mano para darle los buenos días. Desde el otro extremo de la casa alguien preguntó a voces:

— ¿Con quién hablas, Antonio?

— El niño, que ha vuelto a traer invitadas a casa.

— ¡Ha salido al padre!

— Manuela, no empecemos...

Aprovechando la trifulca doméstica, Sara se deslizó hasta la puerta de la casa sin la intención de despedirse de nadie. Ya en la calle sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. —Su puta madre, qué vergüenza— pensó al mismo tiempo que buscaba el móvil en sus bolsillos. Tenía cerca de trescientos mensajes, quince actualizaciones de Facebook y veintitrés notificaciones de Instagram, y eso que apenas hacía cinco horas que se había conectado para no descuidar su vida «social». Se olió la ropa para confirmar lo que ya sospechaba: necesitaba una ducha y un café cuanto antes. No reconoció la calle ni la zona donde estaba, así que se dirigió a un quiosco cercano para preguntar cómo regresar a su barrio. Le llamó la atención ver la misma escena en la portada de varios periódicos y clavó su mirada en las fotografías. La imagen era la de un coche accidentado, con la puerta de conductor abierta y los asientos delanteros llenos de sangre. Los titulares eran diversos pero la noticia era la misma: habían asesinado a tiros a una prometedora política de uno de los nuevos partidos emergentes, que según las encuestas tenían posibilidades de hacerse con el gobierno en las próximas elecciones, y a su pareja, un poeta venido a menos pero aún en la primera fila del mundo cultural gracias a un exitoso poemario escrito hace más de veinte años y que, aún a día de hoy, era una obra de referencia en el ámbito intelectual. Cada periódico montaba su propia hipótesis, la policía pedía calma y el gobierno cautela ante lo que podía ser un atentado ideológico. —Esto va ser una noticia perfecta para el blog— se dijo a sí misma.

Sara rondaba los veinticinco, no medía más de uno cincuenta y no llegaba a pesar cuarenta quilos. Su piel era blanca lechosa pero sus ojos eran marrones oscuros como sus cabellos. Vivía sola en un diminuto apartamento pagado por sus padres a pesar de haber terminado la licenciatura de periodismo hacía más de dos años. El coste económico que suponía mantener a su hija fuera del hogar familiar valía la paz que traía su ausencia. Bipolar diagnosticada, poco medicada y muy dada a los excesos, pasaba los días escribiendo en un blog donde levantaba historias locales, la mitad de ellas eran exageradas y la otra mitad inventadas. No era un blog popular, no voy a engañar a nadie aquí, pero tenía cierta celebridad en el mundo adolescente de la ciudad desde que

destapó un caso de un profesor que había abusado de varios estudiantes en un colegio religioso. Tras ganar la fama por ser el primer «medio» en descubrir los abusos, le llovieron los correos electrónicos denunciando otros casos. Publicó todos y cada uno de ellos, aunque poco después tuvo que retractarse públicamente ya que un juez la condenó por injurias y calumnias. Ahora el blog vivía de historias de medio pelo.

Tuvo que hacer varios transbordos para conseguir llegar al agujero de treinta y cinco metros donde vivía. A priori, ese espacio podría parecer diminuto para una casa en la que debían caber la cocina, el baño y una cama, pero Sara había demostrado que no solo había espacio para el mobiliario básico sino también para un montón de objetos que cualquier otro humano en pleno uso de sus capacidades mentales hubiera catalogado como «basura». En una esquina del apartamento (literalmente solo tenía ocho) estaban apiladas más de veinte cajas de pizzas de un restaurante italiano que se encontraba en las proximidades. La inquilina había montado incluso su propio estudio con una mesita frente a la cama, donde colocaba el portátil (no cabía nada más). En la práctica, cualquier objeto susceptible de ser usado de cenicero bajo ese techo era un cenicero, por lo que absolutamente todo estaba a rebosar de colillas de cigarrillos. De la única lámpara de la sala había colgado un cordel a modo de tendedero que llegaba hasta la barra de las cortinas. La ropa que estaba allí llevaba seca más de una semana por lo que, si nos atenemos a la función del cordel, podríamos decir que también hacía las veces de armario. Sobra decir que todas las prendas estaban limpias, pero su ubicación había hecho que estuviesen impregnadas de un fuerte aroma a habitación nada ventilada y a tabaco barato.

Al entrar lanzó la chaqueta sobre la cama y dejó las llaves en la cima de la montaña de cajas de pizzas. Se sentó sobre el colchón, encendió un cigarro y levantó la pantalla del ordenador para ver qué había ocurrido por en su ausencia. Durante la siguiente hora se puso al día en las redes sociales y se hizo y publicó un *selfie* al que acompañó de la siguiente palabra: «Viernes». Aplicó a la fotografía todos los filtros que el programa le permitía para evitar que se le notara el maquillaje de la noche anterior y las ojeras de tamaño industrial con las que había despertado. Tanto era así que vislumbrar una figura humana en esa foto tenía la misma dificultad que hacerlo en un test de Rorschach. A pesar de esto, fue cuestión de pocos minutos que la imagen superara los cien «Me gusta» y le cayeran a la autofotografiada decenas de piropos. Sara no tenía amistades, pero le bastaba esa vida virtual en las redes sociales (e ir a ver quién se dejaba querer por los bares) para no necesitar más contacto humano y, además, tener bien alta la autoestima (o por lo menos ella quería pensarlo así).

¿Saben esas cosas que tiene la vida que parece que todo está entrelazado? La teoría del caos puede ser un buen ejemplo que se acerca a lo que quiero decir. Esta teoría habla de la causalidad, pero en esta historia también hay casualidad, una mezcla explosiva y estúpida de ambas. El blog «Lo que la ciudad calla» iba a sacar a la luz lo que a la postre desencadenaría un resultado de diez muertos. Desde su «oficina», Sara buscó publicar un punto de vista diferente de la noticia de los asesinatos de la joven política y del poeta (las primeras noticias lo daban por muerto), pero los medios sensacionalistas ya habían montado todo tipo de hipótesis rebuscadas, algunas tanto que rozaban lo ridículo. El país entero estaba expectante: ella no era nadie, por mucha proyección que hubiera podido tener, y él solo era un intelectual más, pero otra cosa sería si se demostraba que las muertes habían sido provocadas por razones ideológicas. De ser así, la cosa se podía poner fea en un ambiente que ya estaba caliente debido a un más que inminente cambio de ciclo político. A lo largo de la mañana los medios se hicieron eco de un comunicado proveniente del partido de la fallecida: Mateo Rosas estaba malherido, pero no muerto como la prensa había anunciado horas antes. Este hecho hizo «clic» dentro de la mente de nuestra periodista y fue

cuestión de minutos, y de mucha literatura, que «Lo que la ciudad calla» publicara su particular hipótesis. El blog aseguraba que el atentado había resultado fallido ya que, según su razonamiento, el pistolero debía haber entregado una amenaza y nunca haber hecho uso de la violencia. Sin embargo, algo ocurrió durante el suceso que hizo que el arma se disparase accidentalmente alcanzando mortalmente a Marta Rivas. Después de esto el pistolero perdería los nervios y abriría fuego contra el coche que estaba intentado huir. Lo grandioso de esta hipótesis sobre el atentado es que era cierta en su totalidad. Según el hilarante relato contado por el blog, gente del partido de Marta Rivas y la propia candidata habían buscado el apoyo del poeta por ser un referente en el mundo intelectual y en la izquierda más conservadora, dos sectores que no terminaban de ver con buenos ojos los nuevos movimientos emergentes. Mateo Rosas se había mostrado escéptico ante la indefinición de las propuestas que traían las nuevas agrupaciones políticas y, por ello, había rechazado las numerosas peticiones de su pareja para, si bien no participar de forma activa, al menos apoyar públicamente al partido. Ante la proximidad de las elecciones —quedaba menos de un año— la joven política se había reunido con el secretario regional para hablar sobre la necesaria adhesión de todo apoyo posible. Las encuestas le daban posibilidades de gobierno y cada voto debía ser ganado a cualquier precio. Marta Rivas —de buena familia, estudiante licenciada con honores, tan brillante como influenciable debido a una personalidad nada fuerte— propuso al secretario un plan que les haría ganar grandes apoyos, aunque este conllevarse engañar y manipular a su pareja: a la salida de un recital que daría la próxima semana (a la que iría en pleno los miembros más importantes a nivel regional con intención de buscar la fotografía con el poeta) uno de los policías afines al partido, haciéndose pasar por un matón, amenazaría de muerte pistola en mano a la futurible diputada. Lo que provocaría (o eso esperaban) que posteriormente Mateo Rosas se posicionara de forma activa a su favor.

¿Qué salió mal? La hipótesis de Sara —que desconocía los detalles de los hechos, pero que, por puro azar, acertó con todo en mayor o menor medida— era que el coche era de Marta Rivas, que esta, presa de los nervios, bebió más de la cuenta durante la velada poética, lo que provocó una disputa en el exterior del local con su pareja por ver quien conducía. El ímpetu del poeta hizo que no hubiera otra opción que la de que fuera él quien se sentara en el asiento del conductor. El policía —que como actor amateur dejaba mucho que desear— fue directo hacia el asiento del piloto —como tenía planeado— y, al ver ante él a Mateo Rosas, se puso nervioso por la salida del guion que tan rigurosamente mal había aprendido. Respondió rodeando el coche, ya tembloroso por esta improvisada acción, y al ponerse ante Marta Rivas, e iniciar la actuación, se vio sorprendido cuando el poeta reacciono moviendo el coche en un intento de zafarse de la amenaza. Tras un primer disparo accidental, y ver la cara ensangrentada de su compinche en la desafortunada pantomima, apretó otra vez el gatillo en un estado de enajenación mental pensando que sería más fácil arreglar la situación si nadie podía reconocerlo.

Nadie con un raciocinio común —ni aún con la mayor capacidad imaginativa del mundo— hubiera podido montar con los datos conocidos una historia así, que a priori resultaba ridícula e indemostrable. Pero Sara tenía una mente enferma poco medicada que podía llegar a estados realmente delirantes. Es curioso, ¿verdad? Que un delirio estuviera mucho más cerca de la verdad que la propia realidad construida por todos. En cualquier caso, solo es otra parte más de una mecha múltiple que ya había empezado a arder y que iba directa hacia la explosión de una gran tragedia. Imagino que si la bloguera hubiera sabido que este post iba a desencadenar una serie de sucesos que provocarían una desafortunada escena en diez meses y cuatro días, en un callejón a la una de la mañana, en la que un matón le estaría partiendo la tráquea con una sola mano, quizás no lo hubiera escrito. Sara podía ser una persona mentalmente inestable, pero apreciaba su vida.

Aquella noche, al volver a revisar el blog, no vio nada fuera de lo común: unos cientos de visitas, una decena de comentarios (de todo tipo) y algún que otro mensaje privado (de la misma naturaleza que los comentarios). Nada anormal, nadie le hacía caso a excepción de un público adolescente y posadolescente de corte «friki».

No podía dormir y decidió salir a la calle a pasear un poco. Fumaba, revisaba las redes sociales y andaba escuchando música a través de los auriculares de su smartphone. Eso la relajaba e — irónicamente— la ayudaba a encajar en el mundo. Publicó dos *selfies* en lo que duró su paseo y se cayó una vez por no ver un escalón de la calle al estar atenta al móvil. Con la rodilla magullada y blasfemando a gritos, se sentó en un banco de un pequeño parque del barrio para fumarse otro cigarro. Ya era medianoche y no había niños por los alrededores. Aquel sitio sin la luz del sol y la presencia de los críos pasaba a ser un lugar siniestro, como si el perder su funcionalidad diurna le despojara del sentido de su existencia. Entre calada y calada se intentó imaginar dónde estaría y a qué dedicaría su vida dentro de unos años, pero no conseguía vislumbrar nada. Como el parque durante la noche, también ella se encontraba fuera de lugar. La simple pervivencia en su actual estilo de vida empezaba a no bastarle. La rutina en la que había convertido su día a día —escribir en el blog y salir a emborracharse—no tenía cabida en la ficción social, la sociedad no tenía un lugar para ella. Sentirse así no favorecía el control de su bipolaridad, lo que le provocaba malas rachas que empezaban a tener una periodicidad preocupante.

Un cigarro veía venir al siguiente al compás que marcaban las lágrimas que caían de sus ojos. Alguien dijo una vez que la soledad era algo con lo que solo los poetas y los escritores pueden lidiar —e incluso amar—, Sara no estaba en ninguna de esas dos categorías. Tampoco lo estaba en la de suicidas, por eso aún continuaba respirando a pesar de que, para ella, la vida era algo que ya había perdido todo su atractivo. El smartphone sonó anunciando que había recibido un email. Al abrirlo pudo leer que la página web que alojaba su blog le había retirado el último post por entender que ya era reincidente en publicar noticias falsas o infundadas y que, salvo que tuviera pruebas o argumentos sólidos, no le dejarían publicar información que pudiera ser objetivo de denuncias o demandas. «Estupendo» dijo al mismo tiempo que se desperezaba en el banco donde estaba sentada. Se limpió las lágrimas con las mangas del abrigo y escribió un escueto nuevo post en el que se disculpaba ante sus lectores por lo que ella llamaba «censura mediática». Como consecuencia, anunciaba el inicio de una cruzada para esclarecer el atentado a la que llamaba a unirse a todos sus seguidores. No era la primera vez que invitaba a sus lectores a montar una causa contra algo, a menudo era escasa la participación y con resultado más cómico que útil (en todas las ocasiones no faltaba quien acusaba al gobierno o a la propia CIA de estar detrás de todo).

Una fina e intensa lluvia hizo acto de presencia. Sara se puso la capucha y dejó atrás el parque. El agua contra la cara le hizo sentirse viva, al contrario que la ciudad, que tornaba oscura y fría. Cada vez estaba más mojada y, como quien ya no tiene nada que perder, decidió improvisar el camino de vuelta al piso. Por primera vez en meses una sonrisa se le dibujó en su rostro. La ciudad era un animal herido que buscaba incansablemente una presa, pero hoy no sería ella, y eso lo sabía Sara, que empezó a bailar bajo la cortina de agua en pleno estado de euforia. Por la cabeza comenzaron a rondarle recuerdos de hace años, de personas que compartieron parte de su vida con ella en una época en la que todo era más sencillo. A pesar de haber tenido numerosas relaciones medianamente estables (independientemente de su duración), se preguntaba si lo que había sentido por sus parejas era amor o era otra cosa a la que erróneamente había llamado así. En cierta medida era algo que la atormentaba ya que, si era el primer caso, pensaba que el amor estaba sobrevalorado. Y si lo que pasaba es que aún no había sentido lo que era el amor real,

temía que ya no lo fuera a sentir nunca. Y mientras pensaba todo esto, corría y gritaba bajo la lluvia.

Media hora después llegó al apartamento totalmente empapada. Se quitó toda la ropa y abrió el grifo de la ducha. Luego puso a calentar una olla de agua para echar en ella una sopa de sobre que había comprado en el supermercado chino de abajo. El envoltorio estaba en mandarín por lo que en realidad desconocía el contenido exacto del paquete, pero, calada hasta los huesos como estaba, tomaría de buen gusto cualquier cosa caliente fuese lo que fuese. Al girarse para ir al diminuto baño miró a su alrededor, pensó que había superado los límites de salubridad mínima y que mañana sería un buen día para limpiarlo todo. El smartphone anunció a gritos la llegada de otro email. Lo buscó entre el montón de ropa mojada y al encontrarlo leyó el correo: «Yo tengo la prueba que necesitas para demostrarlo todo».

IV CIELO

Como si se tratase de una película en blanco y negro en la que el papel del protagonista fuese interpretado por Humphrey Bogart, Sara se había citado con el «señor X» en un bar de mala muerte, poco iluminado y peor cuidado. El negocio debía haber sido abierto hacía unos cuarenta años, allí solo trabajaba un camarero que, muy probablemente, sería el propietario vista su avanzada edad. La barra tenía marcas de vasos fueron apoyados hace mucho tiempo, lo que era síntoma evidente de que nadie pasaba el paño por ahí desde, quizás, la fiesta de inauguración del local. Las mesas eran de metal y tenían manchas de óxido por todos lados. Sobre ellas yacían unos servilleteros de plásticos que llevaban lustros sin ser rellenados. Aun así, era el único bar en la zona que abría hasta el alba, lo que le aseguraba clientela fija.

Según acordaron, el encuentro debía producirse a las cuatro de la mañana. Curiosamente, el señor X —a falta de un nombre oficial, así llamaba Sara a la persona anónima que aseguraba tener una pista fundamental en la investigación sobre el atentado— quería haber quedado en una plaza central a mediodía, pero a la bloguera no le pareció un lugar ni un momento adecuado para tal ocasión. Os equivocáis si pensáis que lo que buscaba era un decorado al más puro estilo detectivesco, la cabeza de Sara había empezado a elucubrar una especie de historia conspiratoria y, por eso, pensó que sería mejor encontrarse bajo el amparo de la madrugada y el anonimato que concede la noche.

Había llegado con antelación y se había pedido un vaso de cerveza para que la espera fuera más llevadera. Sentada en una mesa cerca de la entrada, se puso a actualizar las redes sociales. Navegando por la red había encontrado una fotografía en la que aparecía el rostro de Albert Einstein junto a una cita que probablemente nunca dijo. La compartió a pesar de las sospechas que tenía sobre su veracidad, su muro tenía que sugerir que era una chica preparada y culta o su blog no sería tomado en serio (o eso pensaba ella). De repente, se sentó en su mesa una chica que podría haber sido un personaje en cualquier película de Tim Burton: su piel era pálida, tenía ese color común entre los cadáveres recién fallecidos; en contraste con aquella blancura, resaltaban sus parpados y sus labios que estaban totalmente pintados de púrpura; la ropa que se había endosado era oscura y calzaba unas botas enormes que debían pesar más que ella, y eso que sufría un claro trastorno alimenticio que se traducía en una más que evidente obesidad. Su edad era un misterio, era joven sí, pero las toneladas de maquillaje que llevaba y un cuerpo tan poco definido hacían imposible deducir sus años.

— Eres Sara Duque... ¿no?

— Sí, ¿tú eres quién me ha escrito? Sí, qué tontería, si no porque ibas a saber quién soy yo a esta hora y en este sitio... —titubeó la bloguera, visiblemente nerviosa. Ambas se miraron sin estar muy seguras de qué hacer a continuación.

— Me llamo Alicia. Sigo tu blog mucho, ¿sabes? Me parece que escribes cosas necesarias. Ojalá hubiera más gente como tú.

— Gracias, gracias... Pero has venido a contarme algo, ¿verdad? —dijo Sara entrecruzando los dedos de manera impaciente.

— Sí, sí... La noche que ocurrió lo del asesinato de esa política volvía yo de un sitio, de estar con los colegas, sí... Cuando me encontraba a un par de minutos de llegar a mi casa, vi una pelea entre varios hombres. Dos tíos metieron a otro a empujones en un coche. Entre tanto zarandeo, me fijé que al que habían hostiado se le había caído el teléfono. Pensé «¡Tía! Nunca te pasa nada bueno y

ahora tienes un móvil nuevo para ti». Esperé a que el coche se fuera y cogí el teléfono del suelo. La pantalla estaba reventada, ¿sabes? El móvil era un ladrillo, pero era mejor que la mierda que tengo yo. Así que, al llegar a casa, me puse a cotillearlo. No había nada, tía, qué mierda, ¿eh? Hasta que encontré varios SMS de ese mismo día... qué antiguo el nota, ¿eh? La cosa es que era una especie de monólogo con otro número, que no estaba guardado, en el que le decía algo así como «La he cagado», «¿Qué hago?», «¡Responde, hija de puta!» y cosas así. El último mensaje era del otro número. Le daba una dirección y una hora... que era aquella calle donde los vi a la hora que los encontré...

— Y todo eso... ¿cómo enlaza con mi historia?

— En las noticias del día siguiente pusieron una imagen grabada por la cámara de seguridad de un cajero. Según el telediario, habían captado al presunto asesino huyendo a pocas calles de donde fue el tiroteo. Se veía bastante chungo, pero lo reconocí, era el tío que metieron en el coche. Así que, como todo me olía a chamusquina, me dio por llamar desde mi teléfono al número que envió los SMS, ¿y sabes qué, tía? Va y me responde una diciendo que es no sé qué de un partido político de esos. Me preguntó la gilipollas que quién era yo. Le colgué, la verdad es que estaba cagada, tía.

— La hostia.

— Luego vi tu blog, lo veo todos los días ¿eh? Y digo ¡tía, qué casualidad!

— ¿Me dejarías el móvil para verlo?

— ¡Claro! Mola mazo, es viejo, pero tiene sus cosillas guais.

— Oye... aquí no hay mensajes.

— Claro, lo he formateado, el mío iba fatal y le he puesto mi SIM.

Se citaron a la tarde siguiente para poner en claro lo ocurrido. Aquel no era el momento ni el lugar por muy hollywoodense que fuera la escena, además las dos chicas estaban tremendamente cansadas. La idea era trabajar desde casa de Sara, pero cuando ambas se sentaron en la cama (no había otro sitio donde sentarse) la diferencia de peso provocó un efecto balancín de parque —de esos que suben y bajan, pero en este caso la parte que sube se quedó arriba, y la que baja abajo—. Así que, por comodidad, buscaron una cafetería con wifi y comenzaron a montar la historia desde allí. Sara sentía que ya tenía el Pulitzer en las manos, y Alicia que por fin hacía algo útil en su vida. Lo cierto es que pasaron las horas y la historia estaba exactamente en el sitio donde la dejaron la madrugada anterior. Incluir en la entrada del blog lo del teléfono y lo del hombre metido en el coche sería meramente anecdótico si no había pruebas tangibles sobre aquello. Y no es que ambas formaran el mejor equipo de investigación del mundo, pero era menester que Sara soportara a Alicia ya que era la única testigo que podía conectar el partido con el asaltante. Se preguntarán ustedes por qué la bloguera le daba crédito a la gótica de extrarradio cuando perfectamente podía haber sido una mentira de esta para sentirse mínimamente importante, la respuesta es fácil: a Sara le daba igual que lo que contase Alicia fuera verdad o mentira. Había construido un bulo sin ninguna base empírica —el cual, una vez lanzado, ya se creía ella misma—, por lo que la calidad de la información que pudiera añadirle le era indiferente siempre y cuando sirviera para ayudar a hacer más verosímil la historia a ojos de los lectores del blog.

El principal problema es que ya no había SMS que demostraran la hipotética conexión entre el asesino y el partido. Por suerte, el teléfono de Alicia tenía registrado el número al que el supuesto asaltante había enviado los mensajes. Así que, tras varios cafés y ni una sola nueva línea escrita, decidieron buscar una cabina y descubrir quién estaba detrás de aquel número. Sara tosió para aclarar la garganta y despejar los nervios. Tardó varios minutos en sentirse dispuesta para enfrentarse a la llamada, mientras tanto su compañera estaba en silencio para no disturbar la

concentración de su estimada bloguera. Decidida, se abalanzó sobre la cabina y, muy dispuesta, cogió unas monedas de su bolsillo, pero tras unos segundos moviendo la mano de un lado para otro descubrió que la cabina solo aceptaba tarjetas de prepago. Tuvieron que dar varias vueltas para encontrar un estanco y conseguir una. Otra vez frente a la cabina, y temblando de nervios — es fácil ser valiente detrás de una pantalla, la cosa se complica cuando hay que tener contacto con el contrario—, cogió el teléfono, introdujo la tarjeta prepago y marcó el número.

— Julia Vázquez, secretaria del candidato Emilio Luna, ¿en qué puedo ayudarle?

— ...

— ¿Sí?

— ¿Está contenta con su actual teléfono?

— ¿Qué?

— ...

— ¿Oiga?

— ¡Putá! —gritó Sara antes de colgar. A continuación, le explicó a su compañera que interrogar al investigado con una conversación sin sentido era una manera de extraerle información sin que este sospeche. Pero aquella explicación no era más que una excusa improvisada para maquillar el poco control que tenía sobre la presión y los nervios, que a menudo le provocaban respuestas agresivas ante situaciones de estrés.

Ahora tenían dos nombres y con eso bastaba para iniciar la investigación. Al día siguiente la pareja se volvió a encontrar para seguir indagando sobre la relación entre aquellas personas y el tiroteo. Ojeando la prensa en busca de algún dato que les pudiera ser útil, Alicia encontró una escueta noticia recogida en varios periódicos locales que anunciaba la muerte de un policía en su domicilio. Dicho agente se encontraba realizando la limpieza rutinaria de su arma reglamentaria cuando, accidentalmente, se le disparó alcanzándole la cabeza. El adverbio «accidentalmente» es un eufemismo muy usado por los medios de comunicación cuando un miembro de los cuerpos de seguridad del Estado decide suicidarse. La prensa solo había publicado sus iniciales, «L.M.P», y que era viudo y no tenía hijos ni parientes cercanos. La noticia estaba acompañada de una fotografía del agente fallecido sacada del anuario policial. Al ver la imagen, Alicia no tardó en reconocerlo como el supuesto asaltante del poeta y la joven política. El problema es que les fue imposible saber más de lo que la noticia decía: ante las pesquisas de la pareja, los medios de comunicación se limitaban a responder que era una publicación de agencia y que no tenían más datos.

Entre café y café idearon un plan: gastarían el último efectivo que les quedaba en comprar un gran ramo de flores que estuviera acompañado de una nota que pusiera «Leonardo, tus compañeros no te olvidan», acudirían con él comisaría a comisaría con intención de encontrar la del tal «L.M.P» y, con el pretexto de dejar las flores dentro, sonsacarían la información que pudieran. Para Sara todo era evidente: tras meter por la fuerza al policía en el coche, lo llevaron a su casa y lo mataron emulando un suicidio.

Al tercer intento —de la primera y segunda comisaría las habían echado sin hacerles mucho caso— dieron con el centro del policía «accidentado». La conversación con el agente de la puerta no hubiera sido definida como brillante si algún analista en oratoria la hubiera escuchado, pero sí que fue eficiente ya que consiguió lo que buscaba:

— Buenas, traemos un ramo de flores encargado por su comisaría para un compañero fallecido.

— No me consta que tuviéramos que recibir nada.

— Sí, a la memoria de Leonardo M.P.

— ¿Leonardo? Por Dios, si lo vi ayer —respondió conmocionado el agente.

— ¿¿¿Al que tuvo un accidente con el arma???

— Anda, ese era Luis, estaba de baja por no sé qué problema. ¿Quién dices que ha enviado el ramo aquí? Llevaba meses sin pisar la comisaría.

— Sus compañeros...

— ¿Sus compañeros? ¿En la tarjeta dice que se llama Leonardo?

— Nos habremos equivocado cuando imprimimos la tarjeta... bueno, trabajamos con... ya sabes, esos chicos con retraso que necesitan un empujoncito para hacer algunas cosas. Arman un jaleo cada vez que hacen algo, pero la administración incentiva muy bien sus contrataciones.

— ¿El chico con retraso ha confundido el nombre o el lugar de entrega? Porque si es una cosa te cojo el ramo, si es la otra no.

— Mejor vuelvo a la floristería a ver si aclaro todo esto...

El policía había empezado a sospechar que había algo raro en todo aquello hasta que se mencionó al chico con retraso y se fijó en Alicia, que estaba justo detrás de Sara. Lo cierto es que, a ojos de alguien desconocido, Alicia podía pasar por alguien no muy normal.

— Disculpa, chica, podéis dejar el ramo dentro, pero por favor dile a tu compañera que no toque nada.

— Para no tener problemas ahí dentro, ¿podrías decirme los apellidos del muerto? Que ya bastante confusión hemos tenido aquí.

— Mmm... no los recuerdo. Espera que lo consulto con el walki. ¿Martín Palencia? Vale, sus apellidos eran Martín Palencia. De todas maneras, ya están avisados los compis de que vas a dejar esto dentro.

Lo que vino después fue fácil. Al llegar a casa se limitaron a escribir el nombre en Google, localizar su perfil en Facebook, recabar información a través de sus fotos y la de sus contactos y, en menos de una hora, ya tenían suficientes datos personales para ir tirando del hilo. A continuación, y gracias a esa gente que expone su número de teléfono de manera visible en las redes sociales, hicieron unas llamadas en las que Sara se hacía pasar por una empresa que debía retirar las pertenencias del difunto de su apartamento a petición de los herederos legales. Por un error administrativo — esto decía la supuesta trabajadora — había habido un error al escribir el domicilio y se llamaba a la persona X porque era el número que había dejado los herederos por si necesitaban ayuda o alguna aclaración sobre el fallecido. El primero al que llamó no tardó ni treinta segundos en colgar, seguramente por desinterés más que por sospecha, pero la segunda persona a la que telefoneó dio la dirección en un intento de ser lo más útil posible. A la mañana siguiente Sara, Alicia y un cerrajero se presentaron en el primero A del número treinta y tres de la calle Quince de octubre.

El cerrajero vino tras la llamada de una cliente que decía haber perdido las llaves de su casa y, sin indagaciones de ningún tipo sobre la veracidad de los hechos, abrió la puerta a las dos investigadoras. El apartamento olía a cerrado, pero no daba la impresión de que la vida se hubiera detenido dentro de aquellas paredes. Todo estaba perfectamente ordenado, pero una ligera capa de polvo indicaba que no se limpiaba desde hacía unos días. Lo único que estaba removido era la cocina, ahí, según los periódicos, se había hallado el cadáver del policía. Una de las paredes y el frigorífico estaban llenos de sangre seca.

No esperaban encontrar ninguna pista fundamental, daban por hecho que los asesinos habrían peinado el piso eliminando cualquier rastro incriminatorio. Su idea era hallar algo aparentemente insignificante que hubieran podido pasar por alto y que a ellas sirviera para conectar los datos que ya tenían. Algo que en principio fuera un elemento sin la suficiente importancia como para que los que estaban detrás de toda la conspiración lo hubieran obviado en su limpieza del apartamento. Su

esperanza se basaba en la posibilidad de ser más listos que los otros. En realidad, casi todo en la vida se basa en ser más listos —o más rápidos— que alguien.

El salón estaba decorado con decenas de fotografías, en todas aparecía el agente con la misma mujer. Había de varios tipos: desde viejas fotos en blanco y negro, pasando por varias instantáneas de Polaroid, hasta unas de hace unos años que ya empezaban a amarillear. Podría ser la exposición de la vida de una pareja, desde que nace hasta que muere en algún momento desconocido. Aparentemente estas imágenes son totalmente intrascendentes para la historia, pero aquel salón impactó a las dos investigadoras. Aquella habitación era un cementerio que había atrapado imágenes de un tiempo desaparecido, y, al igual que esos santos cuya osamenta es expuesta en catedrales, los trozos del cadáver que es el pasado se mostraban a quienes estuvieran allí.

Buscaron por todos lados con la sangre helada, pero no encontraron nada que relacionara al policía con el partido ni con el asesinato de la joven política. Tras dar varias batidas sin éxito alguno, Alicia le comentó a Sara que quien hubiera registrado la casa pudo haber anulado toda prueba incriminatoria. Sara asintió, llevaban una hora de rastreo intensivo y no habían logrado nada. Pero Alicia continuó hablando y encendió la luz de la esperanza:

— Ellos no tuvieron prisa para preparar la casa y puede que por eso no encontremos nada, pero... por la desesperación que se veía en los mensajes de textos... seguro que el tío estaba solo.

— ¿A dónde quieres llegar? Ya sabemos que no estaba acompañado, me dijiste que en las imágenes de la tele solo aparecía él. — Sí, eso digo. La ciudad es enorme, posiblemente el tío fue en coche a donde la armó. No iba a coger un bus, ¿no? Pero luego huyó, las cámaras del cajero lo pillaron saliendo por patas a varias calles de donde la lio parda...

— Lo que significa que pudo entrar en pánico y pensar que era más fácil correr que ir a por el coche que, tal vez, estaba situado en un lugar demasiado expuesto —dijo asintiendo Sara.

— ¿Y si el coche sigue allí?

Siempre hay algo de cierto en las fábulas, en este caso en la de la tortuga y la liebre. En aquel instante se pusieron a investigar si la hipótesis era probable —era necesario verificar la existencia del coche y, además, confirmar que el vehículo había sido desplazado hasta la zona del tiroteo aquel día—. Si esto era así, solo les quedaba esperar que allí hubiera una pista y que aquellos que estaban detrás de todo no hubieran llegado antes que ellas. Pasaron cerca de cuarenta minutos hasta que encontraron en un cajón una carta abierta de una empresa de seguros de automóvil. Aunque en el interior del sobre no había nada, este por sí solo era un indicio. Sara procedió de igual manera que lo había hecho en la comisaría y en la búsqueda del domicilio del agente: fue cuestión de buscar el número de la empresa y llamar haciéndose pasar por otra persona, en este caso el fallecido. Necesitó hacer cuatro llamadas antes de que uno de los trabajadores de asistencia telefónica, saltándose todos los protocolos de seguridad y de protección de datos, no quisiera complicarse con la historia rocambolesca que Sara le estaba contando y le facilitase el número de la matrícula del automóvil asegurado.

Esa misma tarde se personaron en la zona del tiroteo. No tardaron en encontrar el vehículo muy cerca de la puerta del pub que acogió el recital antes del fatídico desencuentro. Era un pequeño Panda blanco, bastante viejo y repleto de basura. Esperaron hasta que el local cerró y no pasara nadie por las cercanías. A esas horas todo parecía muerto: la avenida se diluía en el horizonte asemejándose al cuerpo inerte de una enorme sierpe, y los semáforos eran como lúgubres crisantemos que se pudrían allá en lo alto. Con la ayuda de un adoquín suelto consiguieron romper una ventana y abrir la puerta del coche, no sin antes representar la escena cómica de la noche con Sara lanzando en múltiples ocasiones el pedrusco contra el cristal y este repeliéndolo sin mucho

esfuerzo. Tuvo que venir la oronda Alicia para, con un tiro con más fuerza que precisión, hacer añicos a la primera el cristal de la ventana.

V TIERRA

Tras salir de la UCI, en la que estuvo internado una buena parte de su estancia hospitalaria, Mateo Rosas —aún en coma— recibió muchas visitas de amigos y conocidos, pero nunca acudió ningún familiar, lo que me hizo a pensar que no debía tener ninguno cercano. La habitación era un jardín hecho de ramos de flores que traían las visitas y llegaban por mensajería durante los primeros días. El ambiente multicolor transmitía una sensación de alegría fingida y de vida, pero con el paso del tiempo aquello se transformó en un cementerio de flores secas, salvo aquellas que eran de plástico, que aún mantenían sus ridículos tonos entre tanto gris. Al principio, la prensa se había agolpado en la entrada del hospital, pero, pasadas unas semanas, el interés fue disminuyendo paulatinamente. Una noche, un noticiario de una de las principales cadenas de televisión del país comunicó que la policía había mandado al juez un informe en el que se atribuía el asesinato de Marta Rivas a un perturbado mental que se encontraba en busca y captura. Con el caso «resuelto» el interés mediático desapareció. Desde entonces las visitas al hospital fueron cesando hasta que nadie volvió para ver al poeta que aún seguía en coma.

Perdí mi capacidad para apreciar el brillo de vida de los humanos poco después de la madrugada que ingresaron a Mateo Rosas. Ya tampoco podía detectar a otros ángeles de la muerte y, como descubriría más tarde, ni mi propio amado podía verme. Me quedé con la duda de si me había reconocido cuando lo conocí en el pub o si simplemente me confundió con otra persona. Había roto una ley sagrada y supongo que estaba empezando a pagar las consecuencias.

No sé cuántas estaciones pasaron, pero al final solo quedó un cuerpo sobre una cama y el ruido de la máquina de respiración asistida. Desde que entramos en el hospital, los días se iban entre el vaivén de las enfermeras que daban los cuidados básicos al convaleciente y comprobaban su estado. Me entretenía leyendo los libros que iba robando de otras habitaciones y, cuando no había nada nuevo que leer, miraba a través de la ventana intentando comprender el funcionamiento de la ciudad. La perspectiva desde mi posición era la mejor para apreciar el verdadero rostro de la vida moderna: la gente no tenía nombre e iba de un lado para otro con prisas, se detenían en los escaparates con rótulos brillantes y gastaban su dinero en aquellos negocios. Todo era velocidad, el ritmo dependía de la hora, aquello era una visión grotesca que me provocaba asco por el género humano, luego giraba la cabeza y lo veía a él y pensaba «aquí yace la última esperanza de la humanidad». No te voy a negar que, desde que dispararon al poeta, había transformado mi amor por los humanos en un sentimiento de total desprecio. En el fondo esperaba que esto solo fuera un enfado pasajero. Había días que salía a pasear por los viejos y algo sucios pasillos del centro, empecé a distinguir de lejos lo que sucedía en cada habitación solo por el número de personas que se acumulaba en ellas. Si había familias enteras, es que acababa de nacer un nuevo miembro, o bien uno de ellos estaba a punto de dejar este mundo. Si por lo general había poca gente, es que el enfermo no estaba tan enfermo o, tal vez, que no tenía parientes o relación con estos. La asistencia de los familiares era siempre un indicador fiable.

Una tarde, estaba dando una vuelta por el hospital cuando terminé perdida en una habitación lejos de la nuestra. Ahí, una mujer de mediana edad dormía en un sillón como buenamente podía, sus ojeras mostraban que no descansaba mucho últimamente. En la cama convalecía un chaval. No sabría decirte cuantos años tenía, pasaba por esa etapa en la que un adolescente empieza a ser hombre y es difícil acertar su edad solo por el aspecto. Estaba enchufado a varias máquinas, y su color de piel era extremadamente pálido. Tenía puestos unos grandes auriculares verdes, que

estaban conectados a un pequeño teléfono móvil. Le quité los cascos por mera curiosidad y me los puse, solo quería saber que escuchaba:

*Completamente solo
bajo un sol abrasador
grité al perderlo todo
y no reconocí mi propia voz*

En ese mismo instante, un hilillo de sangre empezó a emanar de la nariz del chico. Me asusté y me apresuré a devolverle los auriculares y a dar un paso atrás. Uno de los aparatos empezó a lanzar un desagradable pitido intermitente que despertó de golpe a la mujer, que entró en estado de histeria y comenzó a gritar como una loca. El personal médico llegó en cuestión de segundos, pero poco pudo hacer. No me quedé a ver el final, la escena me había provocado un sentimiento de culpa que me hizo abandonar rápidamente el lugar. Esa noche fue la única vez en aquellos meses que salí del recinto hospitalario. Fue por necesidad, sentía como si los cimientos del edificio se estuvieran cayendo sobre mí. Pasé las horas deambulando por las calles cercanas. Había una zona, justo detrás del hospital, que estaba llena de casitas bajas. A diferencia de la parte de la avenida, esta parecía tener un ambiente más suburbial. Me perdí entre sus esquinas, las luces que brillaban en las grandes vías aquí eran oscuridad. Volví al amanecer mucho más abatida de cómo había salido. Por primera vez, cuestionaba mi propio lugar en el mundo. Durante una eternidad me había limitado a cumplir mis obligaciones, entre la que estaba el recoger el alma indicada para llevarla al otro lado, labor que siempre entendí como encomiable. Si el hombre es un producto de Dios, su muerte y abandono de este mundo es un momento crucial para completar el ciclo existencial, o eso pensaba yo. En este tiempo había estudiado detenidamente los movimientos de los mortales dentro del hospital y, aquella noche en la calle, me di cuenta de que el humano vive una existencia inmortal, en el sentido de que no tiene concepción de la finitud de su vida. No les importa mínimamente nada más que el día a día. Las acciones cotidianas del hombre, lejos de ser coherentes con unos compromisos mínimos éticos y morales, están sujetos a una lógica mercantil que ellos ni entienden ni quieren entender. En el hospital me fijé en que hay un tipo de persona que, ante la adversidad, decide ir a la capilla a rezar, a pasar las horas con las rodillas clavadas en la madera con un rosario entre las manos. No sé más de Dios que trabajo para él y, aunque nunca lo he visto, no creo que se dedique a escuchar pacientemente entre imágenes y velas. Supongo que, de estar en algún sitio, estaría en el otro lado, pero nunca me había atrevido a pasar de la frontera.

La cuestión que me rondaba la cabeza era: si al hombre no le importaba el propio hombre, ¿qué estaba haciendo yo allí? Aturdida y cansada, regresé a la habitación del poeta y me senté a contemplar el único sentido en aquel caos.

Había días que con las enfermeras llegaba un médico a comprobar la evolución de Mateo. Una tarde de algún mes en el que llovió todos los días, llegó el equipo sanitario con el responsable médico permitente. Todos tenían el semblante serio, parecían que iban hacia su propia ejecución. El jefe dijo «Qué lástima, a mi mujer le gustan sus libros» e hizo un gesto con su mano izquierda. La enfermera más joven, con una evidente cara de circunstancia, hizo el intento de moverse, pero los nervios la habían dejado paralizada. Un enfermero que estaba a su lado la apartó con cuidado y comenzó a apagar todas las maquinas que estaban conectadas al poeta. El médico exclamó en tono sobrio «Son las doce y diecisiete minutos del dos de noviembre, procedemos a retirar la ventilación asistida... a ver cómo le cuento esto a mi mujer». Pero el poeta no se iba a ninguna parte porque siguió respirando por sí mismo. Aquello sorprendió a los presentes. Por lo que supe

posteriormente, su pulmón derecho estaba muy dañado debido al accidente posterior al tiroteo, los médicos no comprendían como llegó vivo al hospital. Lo mantuvieron conectado a las máquinas por ser quien era, pero no tenían ninguna esperanza de que despertara del estado comatoso. Cuando la presión mediática disminuyó hasta el punto de que ya nadie recordaba el siniestro atentado, procedieron a desconectarlo con el resultado que os he contado.

Ante la inesperada supervivencia del poeta, el responsable médico decidió reducir drásticamente la cantidad de morfina que le era administrada. El equipo sanitario se retiró para esperar alguna imprevisible respuesta. Yo estaba sentada delante de él, en una vieja butaca blanca, contemplando la escena. No sabía si algún ángel aparecería para acabar el trabajo que yo no terminé. Si eso acababa siendo así, tampoco sabía que sería de mí, que negué los mandatos divinos por encapricharme de unos ojos azules. Pero el tiempo pasó y nadie vino a por el alma del poeta ni a apresar al ángel traidor. Todo siguió igual durante algunas lunas hasta que, en la hora más oscura de una madrugada, abrió sus grandes ojos azules, que estaban inyectados en sangre, y susurró con un hilo de voz: «Duele».

Las siguientes jornadas las pasó mirando al techo, con la boca medio abierta y sin decir una palabra. Una mañana en la que despertó con una apariencia ligeramente más serena, pero un color de piel tan pálido que quién dijera que ese cuerpo estaba vivo, exclamó «¿Qué día es hoy?». Yo me encogí de hombros y se hizo un silencio incómodo, luego me acerqué y le pregunté cómo estaba, pero él no podía oírme. Su pregunta iba dirigida a él mismo y, cómo era lógico, no se supo contestar. Me levanté y salí de la habitación buscando alguna referencia, pero no encontré nada. Recorrí algunos pasillos hasta que vi a un anciano leyendo un periódico en una sala de espera. Se lo robé cuando se despistó un segundo y salí corriendo riéndome a gritos como una adolescente. Si alguien en todo el hospital pudo escuchar mis carcajadas, tuvo que morir literalmente de miedo. Me esperé a que el poeta se durmiese y dejé el periódico sobre la cama. Al despertar ojeó la portada y se dijo a sí mismo «Cinco de marzo, joder», yo asentí con la cabeza como si me estuviera hablando a mí. Él se puso a llorar desconsoladamente. En un intento por animarlo, inicié un estúpido monólogo dramático, aun a sabiendas de que él no podía escucharme: «Ella ya está en el otro lado, no te preocupes, está descansando en paz. Tú te preguntarás porqué todavía sigues aquí... pero no tengo respuesta para eso...». Entonces la que comenzó a llorar fui yo. Él, con cara de cansancio, se pasó la palma de la mano por su cabeza como colocándose la piel en el cráneo. Su cara evidenciaba un claro cansancio, sus ojos azules parecían grises, su expresión dejaba entrever un fuerte dolor interno y, a pesar de todo, seguía vivo sin que nadie pudiera explicarse el porqué. Le dieron el alta médica varios días después. Cuando Mateo Rosas salió por la puerta del hospital, nadie lo esperaba, ni amigos ni prensa. Posiblemente era mejor así. Había envejecido veinte años en el periodo que estuvo postrado en la camilla y, además, tenía numerosas secuelas y dolores que le obligaban a estar diariamente ingiriendo unas dosis de morfina que hubieran tumbado a un elefante. Una de las secuelas era una cojera por la pérdida de movilidad de la pierna derecha, lo que hizo que necesitara de un apoyo para andar. Además, le habían prohibido fumar por tener un pulmón casi inutilizado, lo que hizo enfurecer al poeta cuando escuchó la preinscripción médica.

Cambió la muleta que le habían dado por un bastón de empuñadora metálica —sin duda alguna, mucho más elegante— en una farmacia vecina al centro hospitalario y se hizo con unos cigarros y un mechero en el primer quiosco que vio. Al encender uno y darle la primera calada, se puso a toser asfixiándose, aunque eso no evitó que se lo fumara entero. A pesar de su condición, Mateo estaba dispuesto a llegar andando hasta su domicilio. Anduvimos unos minutos, yo no sabía cuánto de lejos estaba su casa, pero a la velocidad que desplazaba y el hecho de que se asfixiaba al

mínimo esfuerzo hacían de la misión algo imposible. Al final desistió, paró a un taxi y le indicó su dirección.

Vivía en un bloque de pisos en pleno centro. La fachada del edificio parecía no haber recibido una capa de pintura desde la posguerra. Aunque su interior estaba en buen estado, la apariencia exterior era de un inmueble abandonado. El apartamento estaba situado en un segundo sin ascensor y esa distancia vertical le costó más de veinte minutos superarla. Al llegar se detuvo frente a la puerta del apartamento como con miedo de abrirla. Ya desde el rellano era perceptible un olor desagradable a putrefacción y a aire viciado. Cuando se decidió a girar la llave y abrir el portón, vi que la entrada daba a la cocina, la cual había sido usada la mañana antes del atentado y no había sido limpiada. El cubo de basura estaba volcado en el suelo, hediendo como también lo hacía el frigorífico. El olor era insoportable, pero él se mantuvo quieto en la oscuridad. Habían cortado la luz y el agua tras varios meses de impagos. A las ratas no se las veía, pero estaban allí, las escuchaba correr de un lado para otro. Habían entrado en estado de pánico, no esperaban la llegada del dueño de la casa ni de la Parca con él.

Vislumbré una en el pasillo y la perseguí hasta el salón. La sala era pequeña y muy escueta, aparte de varias estanterías llenas de libros, un sofá y un televisor, había un pequeño piano de pared. Sobre el sofá estaba los restos de lo que una vez fue un gato. Había acabado sus días siendo alimento para las ratas, quizás después de morir o, tal vez, cuando la falta de comida lo debilitó lo suficiente como para no poder defenderse de las alimañas. Sus excrementos estaban por todas partes.

La rata a la que perseguía se dio la vuelta y, adoptando una pose rampante, me plantó cara. Le hice pagar su osadía rompiéndole el cuello y lanzando su cadáver por la ventana. Aparentemente, las otras se batieron en retirada o se ocultaron en recovecos apartados de mi vista. El salón, como núcleo central de la casa, tenía dos puertas, una al baño y otra al dormitorio. Curiosamente este era un poco más grande que el propio salón y había sido adaptado también como despacho —el poeta había colocado junto a la cama un escritorio lleno de montañas de papeles.

Como pude, ayudé al inquilino de aquel triste apartamento a devolverlo a la normalidad todo lo que fue posible. La verdad es que no parecía afectado por el regreso, padeció impasible el estado del inmueble y el descubrimiento del cadáver del gato. Poco después, y al poder conocerlo lo que pude conocerlo como testigo invisible de su vida, descubrí que Mateo era de esas personas que llevan la procesión por dentro. Las ratas habían hecho un destrozo mayúsculo: habían devorado todo el cableado que habían encontrado a su paso; destrozado muchos libros y documentos; y lo peor, habían anidado en varios lugares del piso, aunque me encargué personalmente de ejecutar el desahucio. Al anochecer todo estaba medianamente decente, salvo la ausencia de luz y agua que sería algo que solucionaría el inquilino al día siguiente. Esa noche la única luz que brilló fue la de un puñado de velas que dieron al lugar un aire de santuario taciturno. Sentada en el sofá junto a él, me sentía como si las ratas que acababa de matar me comiesen por dentro, como si la vergüenza de estar a su lado estuviera quemándome los intestinos. Todo era verdaderamente ridículo, más que nada porque él no me veía. Luego se sentó en la banqueta y sustrajo una partitura manuscrita de un montón que estaban sobre el piano. Al coger el papel pude leer «Serenata a Dylan. Un gato con sombrero» y vi que la composición estaba inacabada. Por lo que supe posteriormente, aquellos huesos de felino mordisqueados que habíamos encontrado sobre el sofá pertenecían a lo que fue en otro momento Dylan. El gato fue un regalo de Marta hace dos años, bromeaban a menudo con que, con aquellos bigotes que tenía, debía quedarle muy bien un sombrero de copa. Nunca había visto nadie hacer sonar un piano y me quedé inmóvil frente al instrumento. No sé cuánto tiempo pasó desde que el poeta empezó el recital, pero la luna abandonó la ventana

dejando paso al alba. Tras acabar el concierto se desplazó torpemente al dormitorio. Los ángeles no duermen así que empecé a ojear la librería hasta que escuché varios gritos en el piso de al lado. Me deslicé por la ventana hasta la alledaña. Ahí me encontré con una chica joven, vestida con un chándal barato y las orejas llenas de piercings, discutiendo a gritos con un adulto que olía a alcohol. En una de estas el hombre levantó la mano y golpeó a la adolescente de tal manera que esta dio un giro sobre sí misma y cayó de cara contra el suelo. Aquel animal la enganchó de su larga melena negra y la arrastró en dirección a una habitación. Ella, sangrando por la nariz, se intentaba zafar de las manos que la agarraban mientras hacía por ponerse de pie, cayendo una y otra vez de rodillas. Al entrar en la cuarto el hombre cerró la puerta, pero yo ya estaba dentro. Lo que pasó a continuación solo reforzó mi sentimiento de asco por el ser humano. No merece la pena que cuente con detalles lo que ocurrió, imagínate caer ardiendo al más profundo de los infiernos y preferirás eso a sufrir lo que se sufrió la chica en ese dormitorio. No es necesario que describa aquello, no, pero debía contaros la primera vez que vi a Sofía, quien a la postre sería una de las piezas fundamentales en los últimos días de Mateo Rosas.

VI TIERRA

Tras la salida del hospital, los días se fueron sucediendo en jornadas idénticas entre ellas. Mateo se levantaba de la cama después de toda una noche de insomnio, apenas comía algo y engullía cantidades ingentes de café. Fumaba, o por lo menos lo intentaba, eso era lo que más hacía, el tentativo de fumar. A pesar de tener un pulmón destrozado, consiguió cogerle el truco para no morir al echarse un cigarrillo. Se pasaba el día leyendo y, de vez en cuando, hacía el amago de escribir, pero no escribía nada. Luego, cuando anochecía, bebía una copa del primer licor que encontrase en la cocina y se iba a dormir, o a intentarlo. A eso había quedado reducida la existencia del poeta, todo era un intento de algo.

No recibió ninguna visita en las primeras semanas, no sé si es que sus compañeros y amigos no sabían que ya no estaba hospitalizado (desde que llegase del hospital no lo había visto llamar a nadie) o simplemente porque, aun respirando, ya estaba muerto para el resto del mundo. Una tarde de un viento huracanado dos personas se presentaron en la puerta del apartamento. Uno era un hombre de unos cincuenta años, poca estatura, calvo y con una barriga prominente. La otra era una mujer relativamente joven, bien vestida, con aires anticuados pero llamativos. Por cómo se saludaron entendí que se conocían. El hombre redondo lo abrazó sin mediar palabra, pero ante los quejidos de dolor del poeta lo soltó, no sin antes darle dos besos. Ella, conteniendo como podía las lágrimas, lo besó en la mejilla y le puso una mano en el hombro. Había algo en los ojos de la mujer que me inspiraban desconfianza, como si ocultase algo. Puedes llevar la máscara que quieras, pero en los ojos se refleja el alma, y esa nunca engaña.

Los tres se sentaron en la mesita del salón, la conversación comenzó de manera protocolaria —¿cómo estás?, ¿cómo va todo?, ¿podemos hacer algo por ayudarte?—. La mujer, como si estuviera en su casa, les propuso tomar un café y se fue directa a la cocina a buscar los utensilios pertinentes. La reunión se encaminó hacia su objetivo principal —Sabemos que aún estás de duelo, pero ahora más que nunca te necesitamos. Hazlo por ella, por su memoria. No nos amilanemos ante la violencia—. El café llegó en pleno monólogo dramático del hombre redondo. El poeta callaba, supuse que nadie más que él habría leído tragedias clásicas en aquella habitación y, desde luego, la que estaba declamando aquella caricatura viviente no estaría a la altura de las mejores. Supongo que ese es el problema cuando se quiere hacer política de la literatura (o literatura de la política). El poeta asentía, pero no se percibía en él ningún sentimiento proveniente de las palabras de su interlocutor. Se sirvieron el café, por instantes — imagino que por la pausa— la conversación se desvió hacia el estado de la clasificación de la liga de fútbol, y con ese tema se exaltaron los dos. Yo que pensaba que estaba empezando a entender al género humano, ahí me di cuenta de que no era así. Tras unos minutos volvieron a lo importante.

El hombre redondo y la mujer siniestra querían que Mateo Rosas participara activamente en la campaña del partido. A un mes de las elecciones la presencia del poeta como mártir de la causa —superviviente de un atentado en el que murió su pareja— y como referente intelectual —su poemario de hace más de veinte años lo colocó en la cima de la cultura nacional, desde entonces mantiene su estatus de intelectual público a pesar de no haber publicado nada más de notoriedad — sería un enorme revulsivo para las encuestas, que arrojaban un resultado menos favorecedor ahora que hace unos meses. No le ocultaron que un estudio encargado por el partido le otorgaba a este un porcentaje considerablemente mayor de votos si el «viudo» de Marta Rivas, e intelectual

sacrificado por la causa, apoyase públicamente y de manera activa al partido. Qué curiosa es la retórica, el hombre redondo llevó la conversación a un extremo tal que llegó a alegar que su agrupación comprendía que el poeta no participase como candidato en las listas debido a su estado de salud y a todo lo que había pasado, pero entendían que Mateo le «debía» aquel apoyo a su pareja —expareja— y al país entero. Le dio la vuelta a todos los argumentos hasta hacer parecer que el poeta era el deudor y el partido el que estaba sacrificándose no teniéndolo como candidato. Retórica, política, oratoria, charlatanería, llámalo como quieras, lo que estaba claro es que al poeta le estaba entrando por una oreja y saliendo por la otra. Lo siniestro de los políticos es que siempre tienen un plan B para todo y ningún escrúpulo moral. El hombre redondo se vio derrotado y fue a tocarle la fibra moral a su objetivo. Le preguntó a Mateo si había leído la prensa de los meses que había estado en coma o, si acaso, había hablado con algún familiar de Marta. La respuesta fue que apenas había leído por internet que la policía culpaba a un desequilibrado del atentado y que aún no lo habían arrestado, lo que le partía el alma y por eso no quería saber más sobre el tema. Aludió también a la mala relación con la familia de Marta, que era muy conservadora y nunca vio con buenos ojos su noviazgo con él ni la carrera política de ella en un partido con ese perfil popular, por lo que no había tenido contacto con ellos en años. El hombre redondo suspiró, cogió de la mano al poeta —el escenario estaba preparado y los actores situados— y le dijo que Marta murió estando embarazada. Alegó que la familia había mantenido privado el informe de la autopsia, pero que un contacto del hospital se lo había filtrado al partido (dijo como trece veces que era un contacto de confianza). Ni Shakespeare podría haber preparado un acto así. Lo que os puedo asegurar es que la tragedia, sin dejar de ser tragedia, tomó aires patéticos cuando Mateo Rosas, visiblemente enfadado por haberse sentido víctima de una estafa, cogió su bastón de empuñadora metálica y, en medio de un ataque de ira y una tos asfixiante, empezó a agitarlo a modo de sable intentando darle al hombre redondo. Pudiera ser que el poeta fuera un hombre que vivía del pasado —de sus éxitos antiguos y de una moral y una ideología ya obsoleta en estos tiempos— pero tonto no era. ¡Ay! Si hubiese sabido quienes eran ellos en aquel momento, hubiera sacado mis garras y mis colmillos emponzoñados para darle un agónico final a estos dos visitantes, pero aún no lo sabía y simplemente me limité a ver como el poeta los echaba de la casa a gritos. A pesar de esto, todo había salido como aquella funesta pareja lo había planeado. Esa misma noche Mateo Rosas llamó al hombre redondo para volver a abroncarlo y, tras escuchar varias disculpas aderezadas con lágrimas escandalosas, ponerse a disposición del partido todo lo que su estado actual se lo permitiese.

Después de colgar salió a la terraza a fumar, aquel día iba a romper la rutina de la copa nocturna. La calle estaba en silencio y, desde la perspectiva del balcón, la vía parecía un río de luz que se perdía en los intestinos de la ciudad. Nos apoyamos en la baranda y nos pusimos a mirar a la nada, aunque supongo que por definición mirar la nada es no mirar, cosas del lenguaje. Se puede decir que sufríamos el vacío existencial de cuando no se sabe quién es uno. El problema principal al que se enfrentaba Mateos Rosas era al definitorio: si la concepción personal de cada uno se forma con la relación que tiene con el otro, ¿cómo saber quién eres, o qué eres, si estas fuera de la sociedad? Recluido en su propia torre de marfil, sabía quién había sido antes del tiroteo, pero no tenía ni idea de quién era aquel Mateo Rosas que había vuelto del hospital. Así, a mi manera, me encontraba yo. Desprovista de mi función original, que estaba definida —recoger almas y llevarlas al otro lado—, ahora simplemente me limitaba a vagar entre la nada —si ya no podía recoger almas, las almas eran nada y, por consiguiente, yo era nada.

En medio de la crisis, inmersos como estábamos en la profundidad del silencio urbano —ruido de coches y gritos a lo lejos—, se escuchó una voz proveniente del balcón del apartamento de al

lado. Ahí estaba Sofía, vestía un pijama blanco que parecía no haberse lavado nunca, tenía un mechón de pelo que le caía sobre un ojo y unas ojeras bastante remarcadas. Cuando una adolescente parece una mujer hecha y derecha, sabes que algo no va bien ni dentro ni fuera de ella.

— ¿Tienes un cigarro para mí?

— Pensaba que tu piso estaba vacío... —replicó el poeta.

— Lo mismo pensaba del tuyo.

— Sí, he estado fuera unos meses. Vacaciones pagadas por la Seguridad Social, podríamos decir.

— Sí, no se te ve especialmente bien.

La conversación se alargó por más de cuatro cigarros. Sofía le contó que sus padres habían muerto hace dos años y que el hermano de su madre la había adoptado. Se habían mudado al apartamento actual el otoño pasado porque el tío había abierto un negocio varias calles más abajo. El poeta no escatimó detalles sobre su historia —incluso lo ocurrido hoy con el hombre redondo—. Supongo que ambos se desahogaron inmersos en una insoportable e incesante humareda de tabaco. No creas que hubo algún tipo de tensión sexual no resuelta entre los dos vecinos, aquello no fue más que una especie de improvisada sesión de terapia psicológica en la que ambos fueron paciente y doctor. Ella se despidió diciendo que ya era tarde y mañana debía ir al instituto, lo que dejó desconcertado a Mateo que, en su pensamiento, le había echado bastante más edad. Sofía se marchó entre risas, diciendo tener diecisiete años. Me sorprendió, nunca imaginé que alguien pudiera mantener la risa entre sus habilidades sufriendo lo que sufría dentro de su casa.

No es que me alegrase ser testigo de la relación de amistad que surgió entre ellos. No te miento si te digo que creo que estaba celosa de ella, pero la verdad es que apreciaba una gran mejora en la imagen y la salud del poeta cuando ambos estaban juntos. Los cigarros nocturnos en la terraza fueron costumbre diaria, aunque no siempre coincidían. Cuando se juntaban eran frecuentes las consultas académicas de Sofía, que el poeta siempre resolvía con actitud paternalista. Me llamó la atención el hecho de que al principio se podían pasar minutos y minutos sin hablar mientras consumían sus cigarros, luego eso cambió. Hasta el último de sus días de vida ninguno pisó la casa del otro, todo el contacto era a través de los balcones. Literalmente, era una amistad «a distancia» de balcón a balcón —apenas treinta centímetros separaban el uno del otro.

Una noche, a los pocos días de haberse conocido, Sofía se asomó corriendo al escuchar al poeta. Le dijo que lo había visto en un periódico, no podía ocultar los nervios provocados por el infantil orgullo de conocer a alguien famoso. Intentó disimular la sonrisa nerviosa, pero no lo conseguía. Solo abandonó esa mueca cuando le dijo que lo sentía por la muerte de su pareja (me desconcertó que le diera el pésame ahora y no cuando se conocieron y el poeta le contó la historia del asalto). Por lo visto, el partido había mandado una nota de prensa en la que anunciaba la «milagrosa» recuperación de Mateo Rosas y su integración en el proyecto político. Los principales medios de comunicación habían aprovechado para recuperar la historia y preparar un reportaje —casi todos en clave sensacionalista— del atentado. Así que, al día siguiente del anuncio del partido, Sofía vio la cara del poeta en la portada de algún periódico y se quedó perpleja. Hasta esa mañana él era solo «Mateo, el vecino raro que suministra tabaco y entretenimiento nocturno».

Aquella madrugada se pasaron las horas hablando de literatura y poesía, no es que Sofía tuviera mucho que decir sobre el tema, pero rebosaba del ardor adolescente de quien descubre un nuevo mundo y quiere saber todo sobre él. Por otra parte, Mateo Rosas encontraba en esas charlas un motivo para recordar que era humano. Desde su regreso del hospital se había limitado a sobrevivir los días, no parecía haber sufrido lo que había sufrido ni perder lo que había perdido. Era como si, a pesar de no haber muerto aquella fatídica noche en que yo me negué a realizar mi

trabajo, algo se hubiera apagado dentro del poeta para siempre. Sería imposible negar que aquellas vigiliias en el balcón le devolvían esa aura de humanidad, como si el hablar de literatura le llenase el vacío que ahora había dentro de él. Tan pronto retornaba al interior del apartamento, la oscuridad y la pesadumbre volvían a apoderarse de su persona.

Esa noche ella le preguntó sobre sus poetas preferidos y yo no pude más que acercarme a ellos con la misma, o más, curiosidad por todo lo que estaban hablando. Por entonces pasaba el tiempo devorando la biblioteca de Mateo y, aquel día, estaba ocupada con un poemario que se llamaba *Poesía en forma de rosa*. Lo que me impresionó de aquel libro fue el hecho de que el autor tuviese menos fe en la humanidad de la que tenía yo. A la pregunta de Sofía, Mateo respondió con un largo silencio, al que puso final con un escueto «Yo». La chica, primero sorprendida y después tomándose a broma, le espetó un «¡Anda ya!». El poeta le argumentó que entre los poetas no había humildad, que no merecía la pena escribir si uno no era capaz de producir lo que él pensase que era lo más excelente en aquel momento. «Eso no significaba» —decía— «que no se aprecie el trabajo de los demás, pero la poesía debe ser la representación de la realidad social en la que se vive, proyectada desde la óptica del propio autor, pero siempre lanzando un mensaje universal». La chica asintió, aunque le dijo no había entendido nada. Le preguntó sobre cuántos libros había escrito él, a lo que Mateo Rosas respondió «Trece, pero, en honor a la verdad, todos son un solo libro. Antes de que tu nacieras publiqué *Donde no pasan las horas*. Me llevé unos cuantos premios literarios, saqué un buen capital, no tardé en entrar como profesor en la Universidad... luego no he conseguido hacer otra cosa que no sea el mismo libro una y otra vez. Aun así, cada vez que saco un poemario nuevo todos dicen que es una maravilla. Es como si criticar el nuevo trabajo fuese echar piedras sobre el santo *Donde no pasan las horas*. Supongo que, al fin y al cabo, todo esto no es más que un negocio». Sofía no entendía nada, ni yo, para qué mentir, pero en las palabras del poeta se apreciaba resignación. Se hizo el silencio, Mateo entró y salió del apartamento con un libro entre sus manos «Después de mí, me quedo con este». Era una edición barata, de bolsillo, la portada amarillenta me hizo pensar que llevaba muchos años con él. «Este poeta escribió poco, pero lo que hizo pasó a la historia. Luego, siendo un chaval aún, se quitó del medio, fue el más inteligente del gremio» «¿Una temporada en el infierno? Me gusta el nombre» «Te lo presto, pero lo quiero de vuelta».

Las horas pasaban y a Sofía no parecía importarle el hecho de que tuviera que irse en unas horas al instituto. Por su parte, Mateo tampoco mostraba signo de preocuparle aquello lo más mínimo. Supongo que la necesidad humana de dormir es un lastre vital que algunos no se toman en serio. La velada acabó tras media cajetilla de tabaco, mucha conversación y una promesa de Sofía: ella también se iba a hacer poeta. Sin duda alguna, experiencias anómalas no le faltaban. Una temporada en el infierno era lo que le sucedía a la chica en su casa. Su tío, que ahora ejercía de tutor, le había robado parte de su adolescencia y le había marcado el cuerpo y el alma. Debido a la empresa que había montado —un taller— y al negocio al que realmente se dedicaba —nada bueno—, apenas pisaba el piso, pero cuando lo hacía a menudo llegaba apestando alcohol, totalmente fuera de sí. Curiosamente, cuando estaba sobrio, la trataba de forma paternal, incluso pareciera que existiera un amor familiar entre ellos, pero no era así cuando bebía. Lo sé porque el día a día en el piso de Mateo Rosas se me hizo rutinario y empecé a pasarme mucho por la casa de al lado, donde la energía adolescente de Sofía, que ahora compartía mi afición por la literatura, me transmitía alegría (obviamente, solo si el tío no entraba en escena). Incluso le llegué a coger cariño a aquella chica, lo que os llevará a preguntaros por qué no le separé la cabeza del cuerpo a su torturador. La respuesta era fácil: por miedo. Había alterado el curso natural de los acontecimientos al dejar vivo a alguien cuya alma debería estar en el otro lado. Aparentemente no

había habido consecuencias más allá de la pérdida de mis cualidades, pero me aterraba la idea de que cualquier otra acción mía provocara que vinieran a arreglar todo el desaguisado que estaba formando. Estaba muy a gusto junto a mi amado poeta y no iba a jugármela por nada del mundo. Ay... que inocente fui pensando que había alterado los hilos de la historia. Hay una certeza innata en este mundo: todo lo que está vivo morirá. Ese axioma es indisociable a la condición humana, por mucho que yo hubiese intentado evitarlo.

VII TIERRA

Aquella tarde se había concertado una entrevista entre Mateo Rosas y un afamado periodista de uno de los principales periódicos del país (curiosamente la cita había surgido a petición del partido y con un medio ideológicamente muy afin...). El poeta no parecía especialmente nervioso, estaba como siempre. En los momentos en los que nadie le molestaba era como si se sumergiera en las profundidades de su yo interior y entrara en un estado cercano a la catatonía. Se había vestido al modo «he-calculado-cada-cosa-que-llevo-al-milímetro-tanto-que-parece-que-ha-sido-todo-improvisado-pero-no-es-así». Una de las cosas que más me impresionó siempre de él fue el hecho de que tardara en arreglarse mucho más que yo. No sé cómo lo hacía, ni usaba maquillaje ni apenas tenía pelo que peinar.

Se había puesto para la ocasión una camisa a cuadros (debía amar las camisas, su armario casi reventaba de tantas que tenía) y unos vaqueros de esos ajados que ya se venden así (otro misterio de la humanidad que nunca llegué a comprender). Su vestimenta era casi juvenil, tanto era así que, en condiciones normales, aquel look le hubiera restado algunos años a sus cuarenta y tantos, pero en su actual estado no: tenía una tos incesante, su palidez, sus ojeras, cada día perdía más pelo, no se parecía en nada a aquel hombre imponente que conocí hace unos meses. Asumo que sus penurias físicas eran consecuencias de mi acción, pero supuse que era mejor estar así que muerto. Ahora pienso que tal vez fui una egoísta, supongo que el amor es así...

La entrevista se iba a llevar a cabo en el salón del piso del poeta, por comodidad para este y porque, básicamente, salir de casa era toda una odisea para Mateo. Si podía, evitaba abandonar su apartamento siempre que fuera posible. La compra de alimentos y productos básicos la solía ordenar, aunque es cierto que había días en los que iba una cafetería cercana y otros en los que daba un pequeño paseo. Pero allá donde fuese siempre le acompañaba su bastón, el dolor de un cuerpo roto y una asfixiante tos (y cigarrillos y cigarrillos).

El entrevistador era un hombre menudo, de avanzada edad, aunque aún se mantenía bien físicamente. Tenía una frondosa cabellera gris bien engominada y un enorme bigote de color ceniza. Le acompañaba un fotógrafo bastante joven. Hubiera apostado a que aquel chico era un becario, sin duda alguna. No podía esconder la inseguridad que desprendía en cada movimiento: al llegar no supo si saludar con la mano o no al poeta, dudó si sentarse o no sentarse, no hizo más que preguntar cómo quería el entrevistador las imágenes... La soberbia de este no ayudó a disminuir sus nervios. «Perdona al chaval, la crisis económica nos ha afectado a todos» dijo el periodista, a lo que Mateo Rosas respondió mirando al chico y devolviendo la mirada al entrevistador como si no le importase ni las palabras de uno ni la torpeza del otro. «Antes de empezar la entrevista, ¿cómo está? En la redacción sentimos su pérdida como nuestra, lamentamos profundamente lo ocurrido» —Mateo carraspeó, bebió un trago de agua y dejó el vaso sobre la mesita del salón— «Estoy bien, gracias. Le agradezco su consideración» «Bien, si no tiene inconveniente, pondré la grabadora e iniciaremos la entrevista».

Lo que salió de aquel encuentro fue publicado a la semana siguiente. Aunque sesgado, recoge de manera adecuada las palabras del poeta:

— **Rafael Portillo:** Estamos en casa del poeta y profesor Mateo Rosas. Su salón podría ser, por la cantidad de libros, una biblioteca municipal. Hay un piano también, que le da un toque bohemio y canalla. ¿Está trabajando actualmente en algo?

— **Mateo Rosas:** La verdad es que no. Desde que volví del hospital no he encuentra todavía una

estabilidad que me permita escribir. Estoy poniendo muchas cosas al día y espero con paciencia que aún mejoren las heridas que, ya cerradas, siguen ardiendo por dentro. El caso es que, antes de que todo esto pasara, estaba inmerso en un proyecto...

— **Rafael Portillo:** Ya que saca usted el tema del hospital... ¿cómo se sintió cuando despertó y se enteró de todo?

— **Mateo Rosas:** Bueno, le estaba hablando de un proyecto literario que creo que podría ser bastante más interesante que la monotonía de alguien postrado en una cama. ¿Qué piensa usted? Es como echarse una siesta y despertar siglos después y ver que el mundo ha cambiado completamente... y no para bien. Fue bastante traumático, como se puede imaginar.

— **Rafael Portillo:** Imagino. Lo cierto es que no han pasado siglos sino diez meses. Los asesinos de su mujer siguen vivos y libres...

— **Mateo Rosas:** La policía confirmó que fue obra de un maniático...

— **Rafael Portillo:** Vale, digamos que por un momento le damos veracidad a la palabra de la policía, ¿no tendrían culpa determinados agentes políticos por haber creado un clima de tanta tensión con vistas a las próximas elecciones? ¿No es el partido que ahora gobierna el que llamó a parar a su agrupación política, y a la de su mujer, con todas las armas posibles? Hubo quien pudo entender de forma literal lo de «con todas las armas posibles».

— **Mateo Rosas:** A ver. En primer lugar, Marta era mi pareja, nunca llegamos a formalizar nada en el aspecto matrimonial. Con esto no quiero decir nada, solo que debemos hablar con propiedad y...

— **Rafael Portillo:** Es cierto. Perdona.

— **Mateo Rosas:** ...y cuando habla de «mi» partido, era el partido de Marta. Por ella, y porque ahora creo que debe haber un cambio político a todos los niveles, estoy participando en su campaña, pero yo no soy un intelectual orgánico, solo soy un ciudadano que cree que ha llegado la hora de hacer algo.

— **Rafael Portillo:** Entonces ¿usted cree que, directa o indirectamente, la política no ha tenido nada que ver en su atentado?

— **Mateo Rosas:** Pues tal vez sí, pero la policía tiene suficiente información para no errar en su investigación. Por otra parte, pensaba que esto iba a ser una entrevista sobre cultura y proyectos políticos relacionados con ella.

— **Rafael Portillo:** Sí, es cierto. Solo estamos hablando un poco de política. Vayamos a lo importante. Se le describe como un hombre nocturno, taciturno, amante de los bares y las mujeres. ¿Es así el escritor o solo personaje?

— **Mateo Rosas:** Se puede decir que quienes tenemos un perfil público siempre proyectamos una especie de caricatura de nosotros mismo. Mire, el poema como expresión es un artificio, por tanto, como producción proveniente de un yo biográfico plasmado en un yo poético, todo se transforma en ficción en cuanto el poema es escrito. Independientemente de la carga autobiográfica que pueda tener el texto, el poeta no es el protagonista del poema. Esa es la magia de la poesía, la posibilidad de que cada lector pueda hacer suyo el texto.

— **Rafael Portillo:** ¿Ese planteamiento no es un poco hipócrita? Es decir, hablo desde el punto de vista literario. Que el poeta se abstraiga del poema dándole toda la responsabilidad al lector es como si un cocinero achacara el éxito o el fracaso de su plato al cliente. Por ejemplo, es imposible intentar comprender la poesía de Celan sin saber nada de este.

— **Mateo Rosas:** En ese sentido sí, pero creo que la poesía contemporánea ha de ser poesía para la gente normal. Se ha de huir de la sacralización de la figura del poeta, en otros términos, se podría hablar una «vulgarización» de este y de su poética.

— **Rafael Portillo:** ¿No sería eso rebajar la poesía a un mero producto de entrenamiento?

— **Mateo Rosas:** No, ni mucho menos. Estamos hablando de la poesía.

— **Rafael Portillo:** Ha sido usted quién ha hablado de vulgarizarla.

— **Mateo Rosas:** Sí, pero en términos relativos, no de forma literal.

— **Rafael Portillo:** El poeta Bernardo Beltrán siempre defendió la idea de que el poeta era un ser anómalo dentro de la sociedad y, por tanto, toda la producción de este no podía ser consumida por cualquiera. Una definición un tanto elitista, sin duda, pero si hay algo que no se le puede achacar es que no viviera acorde a lo que predicaba. ¿Es esa diferencia en la concepción del arte poético el origen de su mala relación con él?

— **Mateo Rosas:** ¿Vivió acorde a lo que predicaba? Vivió en un constante suicidio. Mire, no me gusta hablar mal de los que ya no se pueden defender, por eso no voy a gastar saliva en hablar de ese impresentable. Alguien que se pasaba el día en las casas de putas y tenía serios problemas con el alcohol no puede ser ejemplo de nada. Nadie hablaría hoy en día de él si no hubiera muerto tan joven. Esto es solo un extracto de la entrevista. Esta fue bastante extensa y sí, volvieron a retomar el tema político. De hecho, el titular de la entrevista fue «Mateo Rosas, el poeta que lo perdió todo por la política» y, en cierto modo, sí que fue así. En cualquier caso, con la publicación se había iniciado el uso de la imagen y la figura de Mateo Rosas como activo del partido. Era curioso, si el atentado no hubiera sucedido, el radio de influencia de Mateo nunca hubiera pasado de intelectuales y gente del campo cultural. Ahora todo el mundo lo quería, quizás porque era visto como un personaje de una novela: el romántico poeta al que el tirano le arrebató el amor de su vida y él se vengó uniéndose a la resistencia. A semanas de las elecciones, el apoyo del poeta era para el partido una bocanada de aire fresco en pleno sprint final hacia el gobierno. La entrevista me estaba aburriendo hasta que apareció la pregunta que nombraba a Bernardo Beltrán. Nunca antes había oído su nombre. Me sorprendió el tono de Mateo al responder a la cuestión, era evidente que sentía una gran animadversión por él. No fue hasta mucho después que supe quién era aquella persona a la que tanto parecía odiar. Por lo visto, cuando Mateo Rosas se empezó a juntar con la *crème de la crème* intelectual y publicó su famoso poemario, la crítica lo trató como una especie de mesías literario que había venido a revolucionar el estancado y antiguo panorama lírico nacional. La verdad es que, independientemente de la calidad de su obra prima, parece bastante poco probable que un escritor novel y veinteañero hubiese llegado al parnaso cultural sin el apoyo de sus nuevos amigos. Por supuesto, como en toda historia que hay un héroe también hay un villano, y ese era el tal Bernardo Beltrán. Por lo que dicen, tenía una gran pericia lírica y un enorme desparpajo que sacaba a relucir desde el programa de radio que dirigía. Lo cierto es que nunca publicó ningún poemario y no existe ninguna fotografía de él, todo lo que sé es porque lo leí en recortes de periódicos de varias hemerotecas que visité, por lo que te puedes imaginar que no sé mucho. Lo único que te puedo decir con certeza es que fue la incómoda e inseparable sombra de Mateo Rosas hasta que murió con solo veintidós años.

A esta entrevista le sucedieron muchas más. Mateo empezó a escribir a diario columnas de opinión en varios periódicos e, incluso, acudió varias veces a la radio y a la televisión. La gente hablaba de él por internet, las ventas de sus libros —que ya se habían disparado tras el atentado— volvían a tocar techo, le ofrecieron un ascenso en la Universidad (aunque aún continuaba de baja) ... Aparentemente todo iba viento en popa.

Aquella actividad no revitalizó la vida del poeta sino, más bien, la «deshumanizó». Es decir, de tanto acudir a los medios de comunicación se empezó a mezclar la persona con el personaje, la realidad con la ficción, el corazón con la mente. Su carácter agrio se potenció y comenzó a responder a cualquier interacción como si fuese una divinidad que atiende a sus seguidores

mortales. Se podría decir que el personaje del poeta superviviente era la única razón por la que la persona de Mateo Rosas seguía existiendo. Al volver a casa retornaba la apatía, la desidia, un sinsabor por la existencia, en definitiva: la duda de estar realmente vivo. Solo en aquellas vigiliadas en las que coincidía con Sofía en el balcón volvía a emerger, de allí donde estuviese, el antiguo Mateo Rosas. De esto era consciente el poeta. A menudo se preguntaba en voz alta por su propia condición mental. Yo sufría porque lo veía sufrir, sufrir de la peor de las maneras, golpeado por su propia condición humana, por su finita mortalidad.

Una madrugada que acababa de volver de una entrevista televisiva, se echó un vaso de una ginebra cuyo nombre siempre me costó pronunciar y se sentó en el sofá. A ese vaso le siguieron varios. Normalmente, cuando bebía nunca pasaba de una copa. Era como si temiese que su fortaleza mental se debilitase por culpa del alcohol y, aprovechando la ocasión, lo atacasen los demonios que lo acechaban. Pero esta vez no tuvo control sobre lo que bebía. Cuando ya estaba visiblemente borracho, empezó a hablar solo. Lo cogí varias veces de las mangas de la camisa, lo intenté llevar a la cama, pero él ni se inmutó. Tan frágil que parecía en su estado y, aun así, mostraba una fuerza desmesurada para una figura tan ajada. Fuera de sí, inició un monólogo dramático que, de haber sido representado en algún gran teatro, se hubiera llevado una ovación de varios minutos. Pero yo no estaba en un patio de butacas y, a la vez que él se rompía, yo me quebraba al mismo ritmo. Era un soliloquio sí, pero el público al que iba dirigido estaba compuesto por un solo individuo: Dios.

Era curioso escucharlo, se había declarado ateo en todas y cada una de las entrevistas en las que participó, pero supongo que aquella noche había que echarle la culpa a alguien. Me hubiera gustado abrazarlo y decirle «Si tienes que culpar a alguien, culpame a mí, yo me he saltado la ley divina más importante: lo que está vivo debe morir». Pero para Mateo en aquella habitación solo había dos personas: Dios y el mismo. Aunque no sé cómo es el Jefe, ahí esa madrugada no había nadie más que nosotros dos. Imagino que no suele entrometerse en asuntos personales de humanos, o quizás sí, a saber...

Las palabras del poeta se grabaron a fuego en mi memoria «Tú, tormento de los cobardes, excusa de los poderosos, razón de los perdidos, ¿no temes tu propia desaparición? Aquellos que predicán la negación de tu existencia solo refuerzan con su verbo tu esencia, no se puede rechazar algo sin admitir el concepto, pero... ¿y si es el propio hombre el que duda de estar vivo? La consciencia de la identidad individual podría ser un error de nuestra naturaleza, reforzado por la invención del espacio temporal. De ser así, ¿no te acobarda la posibilidad de que el hombre descubra que no es nada más que un cúmulo de experiencias destinadas al vacío, y que su vida es solo un aglomerado de acciones que son nada porque nada es la finitud dentro del infinito? ¿No te da miedo desaparecer con él? Mis dedos son los límites de la prisión donde esta cautiva mi consciencia, mis ojos son los focos que proyectan la realidad que construye mi mente, pero... si se apagan las luces, si mis dedos se desvanecen, ¿qué habrá entonces? Una enorme e inabarcable oscuridad que necesita de un cerebro para tener forma. Eso eres tú, lo mismo que nosotros, nada, un trozo de nada siendo pensado».

Fue horrible, casi me desmayo, esas palabras se enroscaron en mi cuello y me lanzaron al suelo arrastrando conmigo una docena de libros de un estante que estaba detrás de mí. El poeta ni se inmuto, seguía declamando con el vaso en la mano. Qué horror, ¿qué era yo? Podrían ser ciertas sus palabras, yo no era más que una funcionaria divina que tenía la rutinaria orden de llevar las almas de la tierra al otro lado, y ya ni eso. Por tanto, yo no era nada: si ya no podía servir al hombre, yo no existía. ¿Y Dios?, nunca lo había visto, lo daba por cierto porque algo tendrá que haber en el otro lado, ¿no? No puede ser que todo el trabajo que llevaba haciendo toda la

eternidad no tuviera razón de ser. Pero la única certeza era que yo nunca había visto a Dios, ni el otro lado, mi mundo solo era una programada sucesión de idas y venidas adulzadas con aquel placer mortal, descubierta tan tarde, que era la literatura. De repente, me vi asolada por un pensamiento terrible: ¿no seré yo misma literatura? Me levanté y asumí que aquella crisis había sucedido por culpa del «infesto» monólogo que había representado tan vivamente Mateo Rosas. Cogí el primer libro que tuve a mano, *La luna y las hogueras*, y golpeé con él varias veces la cabeza del poeta. Quedó aturdido en el suelo y, como pude, lo enganché de los brazos y lo llevé arrastrando a la cama.

Sentada en el colchón, contemplé su rostro aún lleno del sutil maquillaje del set de televisión al que había acudido horas antes. Me imaginé como sería hace treinta años, siendo un adolescente, corriendo por las plazas, dándole patadas a un balón, soñando con lo que fuese que soñase en aquellos tiempos en los que conjeturaba sobre su adultez. Luego quise figurármelo en la universidad. Primero lo situé en una biblioteca enterrado bajo una montaña de libros, pero después pensé «menudo tuvo que ser este» y lo dibujé en mi cabeza pasando de fiesta en fiesta, suspendido mil exámenes, tardando diez años en acabar lo que debería haber acabado en cinco. A continuación, lo supongo unos años atrás, cuando la vida va perdiendo fuelle por agotamiento o desilusión, y lo veo atrapado en la monotonía. Aunque rápidamente me aborda un pensamiento que me sugiere que alguien tan maravilloso seguro que habrá tenido una vida extraordinaria. Mi cabeza cambia de registro, y lo figuro de tertulia en tertulia, entre veladas literarias y actos culturales, una vida envidiable, sin duda. Casi sin darme cuenta, descubro que yo también sé hacer literatura. En aquel momento me propuse escribir un libro, este libro, en el cual contaría mi historia con Mateo Rosas.

Le di un beso en la mejilla y lo dejé durmiendo la mona. Inmediatamente me puse a ordenar el salón, que había quedado como un campo de batalla, y, al acabar, me asomé al balcón y contemplé las estrellas. Soñé con pasearme por la superficie de alguna, después recordé que había leído en algún libro que el sol era una estrella, por lo que desistí de mi ensoñación intergaláctica, no quería acabar siendo una montaña de ceniza angelical. Como ya había hecho muchas veces, me dio por pasar de terraza a terraza y contemplar a Sofía durmiendo. Nosotros no tenemos sentimientos, pero algo se partió dentro de mí cuando la vi así.

Llevaba un tiempo sin encontrarse con Mateo en la terraza. No es que se vieran cada día, pero sí que eran varias noches a la semana las que solían coincidir. Me fijé que había llenado las paredes de su cuarto de folios llenos de intentos de poemas —de dudosa calidad la mayoría, en mi opinión—. La encontré atrincherada en su pequeña cama, tenía la nariz hinchada, un ojo totalmente morado y el labio partido. Su pijama estaba teñido de sangre seca, como también lo estaban la almohada y las sábanas. Aquellas heridas no eran recientes, supuse que eran la causa de que no la hubiésemos visto últimamente. Roncaba fuertemente debido al estado de su nariz, parecía que se asfixiaba. Vomité por el balcón. Nosotros no tenemos sentimientos, pero en ese instante una repugnante sensación invadió mi cuerpo. Sentí asco por la especie humana, asco y odio. Al principio veía a Sofía como un incordio en mi relación con Mateo. Más tarde, cuando se interesó tanto por la poesía, empecé a verla con ojos curiosos. Ahora era alguien cercano a mí en tanto que, junto con Mateo, conformaba el eje de mis días. Ciertamente, podría decir que ya era como de mi familia.

Me dirigí al salón. Ahí, sobre el sofá, estaba su tío. Tenía aspecto de estar drogado, veía la televisión como si no pudiera separar la mirada de la pantalla. Contuve mi rabia, le escupí en la cara y volví al dormitorio. Me recosté junto a Sofía, la abracé con un brazo y, con la mano del otro, le acaricié el pelo.

VIII TIERRA

A menos de una semana de las elecciones, el partido le pidió a Mateo Rosas que preparase un discurso que levantase el espíritu de los votantes. Este debía ensalzar las virtudes nacionales y la necesidad de un cambio de rumbo político. Escribir por encargo era algo que cualquier escritor con talento odia, más todavía si tiene que ser un texto publicitario, que a fin de cuentas era lo que era un discurso político. Las palabras que debía preparar serían leídas en el acto regional por el cierre de campaña, el cual tendría lugar dos días antes de la jornada electoral. En él se juntarían lo mejor de cada casa: intelectuales trasnochados, políticos que se habían cambiado la chaqueta por ver más posibilidades en el nuevo partido, artistas que buscaban su minuto de gloria... y una larga lista de oportunistas y gente que no tenía nada mejor que hacer.

En su juventud Mateo había militado en varias formaciones, pero en su época universitaria había abandonado toda convicción política para situarse en una postura más pragmática: el poeta estaba convencido de que los males que afectaban a la sociedad tenían su origen en las prácticas abusivas del neoliberalismo, por lo que la resistencia al sistema —decía— debía ser realizada desde el propio individualismo para ser, luego, exportada al colectivo. Sinceramente, creo que él se veía a sí mismo como una paradoja, sospecho que ya llevaba muchos años pensando que su posicionamiento no era más que una forma de sumisión ideológica. A fin de cuentas, era el mismo neoliberalismo el que le llenaba los bolsillos año tras año con la venta de libros que había escrito y que se vendían más por el nombre del autor que por el contenido de la propia obra. En cierta manera, le atormentaba la idea de ser parte del problema, de no poder creer y enarbolar ningún gran relato, de no saber quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Añoraba el romanticismo del puño en el alto, de las banderas rojas, de los himnos, las canciones de los cantautores... pero, aunque quisiera, ya no podía creérselo. Me costó comprender que para el hombre el tiempo es lineal y, cuanto más se acerca al final, con más perspectiva va viendo las cosas.

A primera hora de la tarde que os hablo, Mateo se desplazó hasta una emisora de radio para ser entrevistado. Tras finalizar el encuentro, y ya con los micrófonos apagados, mantuvo una charla informal con el entrevistador. Este acusó a la obra del poeta de «flácida» y «dócil», ya que —siempre según el criterio del periodista— en sus letras no se apreciaba esa fuerza intrínseca subversiva que todo texto lírico debía contener. Recuerdo las palabras perfectamente: «De Baudelaire a Machado, de Hernández a Celaya, la fuerza que clama contra lo impuesto se encuentra ahí, en sus letras, pero cuando llegamos a usted y a su generación no hay nada, solo historias personales de bares, putas y madrugadas. Es como si os hubierais rendido, como si fuerais consecuencia de un sistema que se erige invencible».

Supe poco después que todas las entrevistas a las que acudía Mateo Rosas estaban negociadas para ser dirigidas hacia el aspecto de víctima política, de tal manera que, aun hablando de literatura, el poeta siempre debía parecer un héroe, un mártir por la causa. En esta ocasión se encontró con un periodista que acató las órdenes de sus superiores, pero no se calló cuando los micrófonos se apagaron. Mateo no se mostró molesto, parecía como si estuviera acostumbrado a aquella crítica. «El sistema se cambia desde dentro» apostilló el poeta, dando por concluida la charla.

Al volver al apartamento, se sirvió un vaso de ginebra y se sentó a intentar elaborar el texto que le habían pedido desde el partido. Era consciente de que, a pocos días del acto, no le quedaba mucho tiempo para hacer un discurso que pasara a la historia. Aun aspirando únicamente a

ensalzar los valores que pregonaba el partido para engatusar el voto de los electores, no era capaz de poner una sola frase sobre el papel. Había hecho el intento de escribir en numerosas ocasiones desde que había vuelto del hospital, casi todos los días se sentaba a fumar en el salón con una libreta en las manos, pero nunca se le ocurría nada que escribir. No sería diferente esta vez. Entonces pensó en buscar un discurso grandioso en alguna novela y adaptarlo para el evento. Por lo visto, era una práctica habitual en el mundo cultural que, lejos de ser vilipendiada por puro plagio, era motivo de elogio por demostrar una cultura suficiente para llevar este acto a cabo. Tras pasar casi media hora ojeando libros encontró uno que pareció ser de su agrado. No recuerdo el título, pero era algo así como *Los discursos de Victor Hugo*. Mateo parecía convencido de que había dado con la clave, así que desistió en la idea de hacer un borrador en la libreta y cogió directamente el ordenador portátil. Su método de trabajo se basaba en transcribir el texto completo en un documento y, en otro, copiaba las frases que viera oportunas y las adaptaba. Al primer archivo lo llamó «Discurso en la asamblea» y al segundo «Adaptación discurso». Comenzó su ajuste así: «Señores: Vengo a apoyar la proposición del honorable M. de Melun» - «Señores: Vengo a apoyar la candidatura del honorable Emilio Luna». No te creas que modificó mucho el texto, ¿eh? Se limitó a quitar frases y cambiar nombres de personas y lugares. Al final quedó una arenga prácticamente carente de sentido, pero con sentimiento. Había logrado su objetivo: un discurso político.

Justo cuando el poeta había puesto el punto y final, se escuchó un enorme estruendo al que prosiguieron varios gritos provenientes de la calle. Ambos corrimos hacia el balcón, una vieja furgoneta había atropellado a una chica justo en frente de la puerta de nuestro edificio. La escena era dantesca, el cuerpo ensangrentado de la joven había quedado hecho un amasijo de carne y tendones tras el vehículo. Una señora mayor se había desmayado al ver el resultado del atropello. La gente de la calle gritaba desesperada pidiendo auxilio. Cuando empecé a empatizar con los humanos, descubrí que la ciudad era un animal de apetito insaciable, aquel atropello reafirmó aquel pensamiento. Hay un dicho entre los hombres —*la vida es un suspiro*— que no terminé de comprender hasta que vi a la chica sobre el asfalto. El suspiro ya había sucedido para ella. Con total impasibilidad, como si estuviera viendo una obra de teatro, Mateo se quedó contemplando el resultado del accidente. Sin inmutarse, sacó su teléfono móvil y pidió una ambulancia. Un poco después llegó aullando, como pregonando la muerte, el vehículo medicalizado. El personal sanitario se limitó a certificar lo que cualquiera de los ya presentes sabía: el fallecimiento de la atropellada. En el palco del teatro, Mateo se encendía un cigarrillo. Los atardeceres desde aquel balcón no eran precisamente bellos, las vistas se limitaban a la fachada de hormigón del edificio de enfrente. Corría una brisa fresca en una tarde bastante calurosa, de esos días en los que la primavera quiere disfrazarse de verano. De vez en cuando, el poeta se apoyaba en la baranda para ver cómo seguía la representación. Poco a poco todo volvía a la normalidad mientras la noche pedía paso. En la calle ya nadie se acordaba de que en aquel lugar acababa de morir una chica. Pase lo que pase, la vida colectiva no se detiene nunca. Cuando la luna se hizo visible, al poeta le dio por salir de su apartamento. Buscó el pub más cercano —que era un irlandés con la música a todo volumen— y se pidió un trago. Allí estaba él, asfixiándose por la caminata, tremendamente cansado, sin saber muy bien qué hacía apoyado en la barra. Sus ojos azules brillaban en la oscuridad. Me senté en una silla frente a él y me quedé contemplándolo. La última esperanza de la humanidad se desmoronaba por días. El estrés que le había traído el activismo a favor del partido lo estaba destrozando. Siempre me pregunté si lo que le motivó a aceptar trabajar con ellos fue la memoria de Marta o si, simplemente, se lo tomó como una venganza personal. Lo que sucedía en esa cabeza, esa singularidad única, era un misterio para

mí.

Bebía a sorbos la copa, jugueteaba con un cigarrillo sin encender, miraba al infinito como pensando algo, tosía, tosía mucho. Del enorme bolsillo derecho de su cazadora sacó sus gafas de leer y del izquierdo un libro en formato de bolsillo (nunca mejor dicho), era *Si una noche de invierno un viajero*. Debía ser una de sus novelas preferidas porque siempre la andaba consultando, sobre todo cuando estaba sin hacer nada. Yo leería aquella obra mucho después, ahora pienso que le debía gustar tanto porque, de alguna manera, aquellas páginas recogen toda la ontología de la literatura. En el televisor del bar estaban echando un partido de fútbol, al llegar al descanso un noticiero empezó a dar la actualidad. El presentador comenzó a hablar de las próximas elecciones del domingo y de lo igualado que estaban los comicios. Sobre el tablero se debatía, independientemente de las ideologías, los modelos de la vieja política y la nueva. A efectos prácticos, y probablemente por la necesidad de adaptarse para la supervivencia electoral, al final diferenciar la vieja y nueva política se había vuelto difícil, por no decir imposible. Entre los partidos con posibilidad de alcanzar el gobierno estaba el de Marta Rivas, el mismo al que ahora apoyaba Mateo. Las encuestas y previsiones lo posicionaban como el tercero más votado pero muy cerca de los dos primeros. El poeta dejó la lectura y clavó sus pupilas azules en la pantalla del televisor. Luego, con total desidia, volvió a la novela.

Retornó al piso ya de madrugada. No tardó en encenderse un cigarro en el balcón. Sofía salió al escucharlo fuera. Llevaba un pijama morado que le daba una apariencia más infantil de la que en realidad tenía. Se movía torpemente en un intento de evitar el dolor que le punzaba en varias partes del cuerpo. Su cara aún estaba marcada por los golpes, pero había recuperado el ojo que tan hinchado había tenido días atrás. Mateo le preguntó por las señales de su rostro, ella le contestó pidiéndole un cigarro.

— Son las dos de la mañana y en unas horas tienes que ir al instituto. ¿No deberías estar ya en la cama?

— Siempre me dices lo mismo: dormir está sobrevalorado, ¿no? —replicó ella.

— *Touché*. ¿Te ha pasado un tranvía por encima?

— Una broma demasiado macabra para hacerla hoy, ¿no? Me han contado lo del atropello de esta tarde.

— *Touché*.

Mateo siguió preguntándole por las marcas de su rostro. Al final Sofía se quedó sin salidas retóricas y terminó contándole que su tío a veces bebía un poco y se ponía violento, pero que normalmente era un buen hombre. El poeta guardó la compostura, pero se le veía notablemente encolerizado. La conversación continuó siguiendo los trámites discursivos de aquel que invita a una víctima a denunciar, pero esta, por diversas razones (entre las que está pensar que sus lesiones no son suficiente justificación), no cree que sea para tanto. Ahora pienso que el miedo de Sofía era acabar en un centro de acogida, sin duda hubiera sido mejor así.

Cuando la conversación empezó a transformarse en discusión, la chica, que se negaba a darle importancia a su situación, hizo con las manos lo que con la lengua no podía hacer: se quitó el pijama y se quedó desnuda ante Mateo. Las barras de las barandillas y la poca luz solo dejaron ver al poeta un gran moratón oscuro en el torso y varios mordiscos. Dos destacables: uno en un hombro y otro en el pecho derecho. Mientras la niña se volvía a poner el pijama, le dio un ataque de ansiedad y acabó tirada en el suelo con la cabeza entre las rodillas, moviéndose adelante y hacia atrás, lloraba y parecía que se asfixiaba, era como si no les llegase aire a los pulmones. Aquella fue la única vez que vi a Mateo llorar, lo hacía de forma silenciosa, mirando el cielo, apretando con una mano la baranda y con otra el cigarro que se consumía a sí mismo. La escena

era digna de una tragedia clásica. Por un lado, el héroe impotente, cuyo estado físico actual le impedía tomar ninguna medida. La verdad es que, incluso en su mejor versión, el cuerpo del poeta hubiera podido ser partido por la mitad por alguien con un poco de corpulencia. Por el otro, el tópico de toda historia de príncipes y princesas, la joven atrapada en su castillo. En esta ocasión el pelo de nuestra particular Rapunzel no sería suficientemente largo ni nuestro héroe suficientemente héroe. No se trataba ni de coraje ni de miedo, solo era la asunción de la incapacidad de dos personas para cambiar la dirección del viento.

En un momento dado Mateo dejó a Sofía gimiendo en el suelo de su balcón y se metió en su casa. Al volver el poeta la llamó en voz baja, ella lo ignoró o, tal vez, simplemente no lo pudo escuchar en su abstracción ansiosa. Mateo Rosas podía ser un genio a nivel poético —eso decían las viejas críticas literarias que tenía guardadas en su apartamento—, pero descubrí que a nivel empático era un patán. Curiosa contradicción, que sobre un papel alguien pueda simular sentimientos con tanta habilidad y, después, no sea capaz de comprenderlos o reproducirlos socialmente. En otra gran demostración de esto de lo que te hablo sacó el bastón por la barandilla y le dio varios golpes a la chiquilla para que le hiciera caso. Sofía también ignoró los toques hasta que el poeta intensificó la fuerza. Él le preguntó si le dolían mucho las contusiones, ella dijo que sí. Mateo le contó que tomaba diariamente morfina por el intenso dolor que le había quedado remanente de las heridas del atentado y le ofreció una bolsa de plástico con varias capsulas. Ella la cogió sin dudarle. Le prometió que solo las tomaría para dormir el tiempo que le durase el dolor y que le devolvería las que sobraran cuando se recuperase.

Retomaron la conversación como si nunca hubieran sucedido los minutos anteriores. Mateo le preguntó a Sofía sobre lo que pensaba hacer cuando acabase el instituto, a lo que ella le respondió que no tenía ni idea: «supongo que trabajar donde pueda» apuntilló.

— ¿Y la Universidad? —dijo el poeta sonriendo.

— Eso no es para gente como yo.

— ¿Cómo tú?

— Sí, ya sabes, yo no valgo para eso. Casi no he salido de la ciudad. Por no conocer no conozco ni el mar. Sí, fui de pequeña con mis padres, pero no lo recuerdo, así que como si no lo conociera.

— El mundo está a cincuenta metros, solo tienes que girar la esquina y andar hasta que tus pies no puedan más. Ambos hicieron un trato que cerraron con un apretón de manos entre balcones: a partir del lunes siguiente ella iría todas tardes a casa de Mateo para que le preparase para ir a la Universidad. A cambio, cuando lo lograra y empezara el curso universitario, Sara le escribiría una carta cada semana contándole como le iba.

Yo me frotaba las manos, pensaba ser una alumna invisible y empaparme de todos los conocimientos que el poeta le transmitiera a la chica. Ya me imaginaba yendo con Sofía a la facultad, viviendo las aventuras como las que había escuchado de boca de Mateo, conociendo a los primeros amores de Sofía, viéndola crecer y, de vez en cuando, retornaría con mi amado poeta para decirle al oído que nos iba bien a las dos y que yo no dejaría que eso cambiara. Aquella ensoñación sucedió durante la madrugada del martes, el próximo lunes debían empezar las clases particulares, el domingo eran las elecciones, el viernes el cierre de campaña, el domingo me cazarían, el viernes ambos dejarían este mundo. La vida está escrita, los aciertos y los errores se repiten en un constante ir y venir cíclico: durante toda la eternidad no separaré el alma del cuerpo de Mateo Rosas cuando era mi deber hacerlo, una y otra vez el poeta conocerá la traición del partido y de su amada, en una infinita sucesión de existencias seré condenada al destierro en el ostracismo más doloroso. Y, en cada una de esas vidas, no me arrepentiré de mis actos.

Al volver al interior del apartamento tras despedirse, Mateo vio el ordenador portátil y se acordó

del discurso. Debía enviarlo para que dieran el visto bueno desde el partido y así lo hizo, solo que el cansancio y el sueño le metieron prisa y mandó el documento equivocado. A la mañana siguiente el becario que debía comprobar los textos que iban a ser leídos no entendió el de Mateo Rosas, pero como venía de un literato, que además era uno de los protagonistas de la velada, no se atrevió a cuestionarlo ni a avisar a ningún supervisor, así que lo dio por bueno. Ahí estaba el texto que Víctor Hugo pronunció en la asamblea francesa hace un siglo y medio, dispuesto para ser leído el viernes en el último acto de campaña. Allá donde esté, debería sentirse orgulloso de que sus palabras hayan sido validadas para ser declamadas en una jornada política tanto tiempo después de haber sido escritas.

IX CIELO

Los días iban transcurriendo en una sucesión de hechos nimios y unas expectativas cada vez más decadentes. Sara había reescrito la entrada del blog con una argumentación actualizada tras la madrugada en la que asaltaron el coche. Los datos aportados no eran gran cosa, pero fueron suficientes para que, sin que los administradores del sitio web la tomaran en serio, le permitiesen conservar el post. Lo cierto era que en el automóvil solo habían encontrado una fotografía de la ya no futurible diputada Marta Rivas. Aquello no bastaba para unir hilos —además de que no había manera de hacer creíble la historia desde el momento en el que aparecen las palabras «coche, piedra, ventana»—, pero aun así la aportación de la fotografía y del coche (omitiendo la manera en la que se accedió a él) fueron suficientes para mantener en línea la entrada en el blog. Después de esto se limitaron a esperar a que todo se encarrilase y las partes tomaran cartas en el asunto: el partido amenazarlas, la prensa citarlas, la policía actuar. Nada de eso pasó. Simplemente la vida continuó con total normalidad. El post se llenó de comentarios de todo tipo, pero de ahí no pasó la repercusión del reportaje.

Los primeros días, tras actualizar la noticia, se atrincheraron en casa de Sara. Habían comprado latas de conservas como para aguantar un invierno nuclear y habían reforzado la escuálida puerta del apartamento con todo lo que habían podido poner para entorpecer la entrada (que no era gran cosa). A pesar de que la casa era extremadamente pequeña, ninguna de las dos daba un paso sin llevar un cuchillo en la mano —se daba la cómica situación de que entre los utensilios de cocina solo había del tipo de untar mantequilla— por si alguien entraba de manera inesperada. Pero nadie entró. El blog registró un número de lecturas similares al de publicaciones anteriores —incluso ligeramente un poco más bajo, seguramente porque era un tema que estaba saturando la red— y las interacciones estaban en la misma línea.

Al principio se escuchaba dentro de las paredes del apartamento grandes discursos debido a la euforia de quien cree que acaba de cambiar el mundo, pero luego llegó el silencio que viene de la mano de la frustración. El atrincheramiento duró tres días y medio. Decidieron ponerle fin cuando entendieron que nadie se había fijado en ellas y que era imposible seguir comiendo comida enlatada de baja calidad en un apartamento de esas dimensiones. Sara comprendió que toda la historia que habían montado se mantenía únicamente concediéndole veracidad a las palabras de Alicia y sabía que eso era insuficiente para provocar un escándalo que consiguiera una repercusión mediática de grandes dimensiones. La cuestión era: ¿qué hacer ahora? El registro del coche solo había aportado una fotografía que venía a reforzar la culpabilidad del asesino, pero eso era algo que ya tenía claro el equipo de investigadoras. No había forma de inculpar al partido ni probar la colaboración de Marta Rivas. En la imagen fotografiada se veía a la joven política apoyada sobre una vieja Vespa, con una sonrisa de oreja a oreja y un jersey azul sobre los hombros. Era el último eslabón de la cadena de pistas, investigar más la figura del policía muerto con los medios que disponían era inútil.

A Sara le atormentaba la misma cuestión desde que encontraron la instantánea en la guantera: ¿por qué usar una fotografía casera y no un recorte de prensa? Para ella este hecho reforzaba el argumento de la existencia de una estrecha colaboración entre todas las partes, aunque para demostrar aquello sabía que debían encontrar a quien estuvo detrás de la cámara. Entonces Alicia tuvo una idea «Vayamos directamente al hospital a buscar a Mateo Rosas y vamos a contarle todo lo que sabemos. Si nos cree, nos ayudará con toda esta mierda». Sara rechazó el plan con varios

argumentos, a cada cual más insustancial, que ella misma refutaba de manera que, a la quinta excusa, se autoconvenció. Localizar el centro donde estaba siendo atendido el poeta fue fácil, no era ningún secreto para los medios de comunicación. La máxima preocupación de la pareja de investigadoras era la posible vigilancia del recinto hospitalario por la policía —se supone que el pistolero aún no había sido detenido y, quién sabe, podría volver a terminar su trabajo— o por el propio partido —quizás el blog había tenido más repercusión de la que pensaban y las estaban esperando.

Decidieron acudir al hospital al mediodía con la intención de aprovechar el caos sistemático del cambio de turno de los médicos. Se colocaron en la acera de enfrente de la entrada para otear el horizonte en un intento de localizar alguna anomalía en la rutina de la puerta principal. Allí solo había gente hablando, gente que entraba y salía, gente que fumaba, había gente con caras tristes, había gente con los rostros alegres y también había dos hombres que no pasarían de veintipocos años. Llamaban la atención por su gran tamaño y su piel blanquecina, llevaban trajes oscuros y sus rostros eran inexpresivos. La pareja de negro paraba a quien quisiera entrar en el edificio.

— Mira esos dos —dijo Sara mientras sujetaba la manga derecha de Alicia con evidente nerviosismo.

— ¿Tú crees que son guardias? No parecen muy agresivos.

— Lo hacen para guardar las formas, tenemos que encontrar alguna manera de entrar sin que nos vean.

— ¿Estás segura, tía? No sé, no me parecen peligrosos.

— Hazme caso. No son molinos, son gigantes.

— ¿Qué?

— ¿Qué de qué?

— Da igual, dos cojones, yo los distraigo y tú entras.

— Confío en ti.

Lo que sucedió a continuación pudo provocar muchos tipos de reacciones: asombro, risas, vergüenza ajena, lástima... en cualquier caso, Alicia consiguió que Sara entrase sin que nadie se percatase. La gótica poligonera de gran tamaño circunferencial cruzó la avenida y se apoyó en una de las columnas de la entrada del hospital. Se quedó mirando a los hombres de negro y se fijó en que estaban identificados con una tarjeta en la solapa, así que entendió que la cosa iba en serio — hasta entonces no terminaba de estar de acuerdo con Sara sobre la dificultad de entrar en el edificio—. Miró a la cara a uno de ellos, que le devolvió la mirada. Ella le hizo gesto con la cabeza para que se fueran a una calle alejada al centro sanitario, él cambió su rostro inexpresivo por una cara de confusión, ella se puso nerviosa y se sacó —poco disimuladamente— un pecho y volvió a hacer gestos con la cabeza. Él se puso rojo y empezó a mirar hacia otro lado, ella se enfureció —ni le gustaba que la rechazasen sexualmente ni quería defraudar a Sara— y se fue para atrás para coger carrerilla. Imagínate una chica vestida de negro, que medía más de ancho que de alto, corriendo hacia dos mormones y una anciana —recién operada de las caderas— que estaba intercambiando palabras con uno de ellos. Imagínate ahora a la anciana rodando por las escaleras exteriores, a uno de los mormones sangrando copiosamente por el nuevo agujero que se había hecho en la cabeza al caer contra la puerta y al otro, con Alicia sobre él, recibiendo una decena de arañazos en la cara. La gente, que no había entendido nada de lo que acaba de suceder, gritaba y grababa con los móviles la escena —una de las grabaciones se hizo viral en YouTube—. La pobre anciana, que estrenaba cadera y se encontraba aullando en medio de la acera con la nueva prótesis rota, fue ignorada por completo.

Sara no tuvo problemas en entrar por la puerta, ni si quiera en adentrarse en las entrañas del

hospital, ya que todos los trabajadores de la recepción habían salido al escuchar los gritos. El problema principal con el que se encontraba nuestra intrépida reportera era que estaba en un edificio de más de doce plantas, dividido en varias zonas —muchas de acceso restringido— y no tenía ni la más remota idea de dónde encontrar a Mateo Rosas. En una de las muchas vueltas que dio se topó con una consulta abierta sin nadie dentro. Entró e intentó usar el ordenador del médico, pero sin la clave le fue imposible sacar información de él. De repente escuchó el ruido lejano de la cisterna de un baño y una puerta cercana que se abría y se cerraba. Se encontró sentada en la silla del doctor sin posibilidad de salir sin que la vieran y buscó en la habitación algún recurso para escapar de aquella incómoda situación. Se fijó que junto a la ventana había un perchero con una bata médica y, al verse acorralada por los pasos que provenían del pasillo, se la puso. Dos segundos después apareció un médico de unos sesenta años. Tenía una enorme barba gris y unas gafas que evidenciaban que el portador padecía serios problemas de vista. El previsiblemente doctor titular de la consulta se encontró frente a frente con Sara y la miró de arriba abajo:

— ¿Tú quién eres? ¿y qué haces aquí?

— ¡Hola! Me llamo Inés, soy la nueva residente en prácticas. He venido a presentarme.

— ¡Ah! No sabía que iban a llegar nuevos residentes... ¡pues bienvenida! ¿No tenías una bata más corta?, esa la arrastras por el suelo. Y era verdad, la bata le quedaba a Sara ridículamente grande, pero no tuvo que contestar a la pregunta porque, en ese preciso instante, se presentó una señora que tenía cita.

La mujer, de unos ochenta años, saludó de manera familiar al médico. Este le presentó a la nueva residente que, por instantes, estaba enrojeciendo de vergüenza y de ira ansiosa. Los nervios le estaban haciendo temblar y una sensación de frío le había congelado todas las articulaciones del cuerpo. «Por favor, coja una silla» dijo el doctor, Sara fue a irse cuando se dio cuenta que la anciana ya estaba sentada y el requerimiento era para ella.

— Bueno, doctor, llevo todo el día con un dolor aquí en la barriga, me falta el aire ¿sabe, usted?

— No se preocupe, que la va a atender nuestra nueva residente, especialista en este tipo de dolencias —exclamó el médico antes de girar la silla y clavar la mirada en el ordenador en un intento de abstraerse de todo lo demás.

Sara sentía cómo la rabia se iba apoderando de sus emociones, pero hizo un intento por salir del paso para evitar acabar en comisaría por una serie de delitos nada leves. Puso cara seria, apoyó una pierna sobre la otra y le preguntó a la anciana «¿Ha estado en África o un país tropical últimamente?», a lo que la buena mujer respondió girando la cabeza. El silencio inesperado había roto la conversación posible que Sara había imaginado y tuvo que improvisar con lo primero que le vino a la cabeza «Tampoco sería descartable cáncer, sí sí, tiene usted lo mismos síntomas que mi abuela cuando le pillaron ese tumor en el estómago... ¡dos kilos pesaba el cabrón cuando se lo sacaron!». El médico, que apenas estaba prestando atención, se alarmó al escuchar la palabra «cáncer» en lo que era para él era un claro cuadro de gases. La escena se complicó bastante cuando el médico de familia le recriminó a la «nueva residente» una falta total de profesionalidad y esta, a gritos, le exigió un debido respeto como licenciada en medicina. Ajena al debate clínico, la anciana lloraba desconsolada sin parar de repetir «cáncer, cáncer». Media planta del hospital se congregó al escuchar las voces. Sara se vio obligada a cambiar su discurso ante el nuevo público y acusó al médico de no tomar en serio su diagnóstico por ser ella mujer y él hombre. El doctor, ya fuera de sí, tuvo que ser sacado de la habitación por varios colegas para ser tranquilizado, momento que aprovechó Sara para buscar en el ordenador el expediente de Mateo Rosas y encontrar dónde estaba siendo tratado. —La cosa se complica, entrar en una habitación de

la UCI no debe ser fácil— pensó.

Abandonó la planta sabiendo que sería cuestión de minutos que se dieran cuenta de que no había ninguna nueva residente y avisaran a la seguridad. Siguiendo las indicaciones sin quitarse la bata (que iba arrastrando casi como si fuese un vestido de novia) consiguió llegar a la puerta principal de la unidad de cuidados intensivos. Ahí un cartel avisaba de que el paso estaba restringido y solo podía acceder el personal sanitario autorizado. Una vez dentro se encontró con varias galerías de pequeñas habitaciones y un constante ruido eléctrico proveniente de la multitud de soportes médicos que estaban por todos lados. A priori no vio a nadie por los pasillos ni en el mostrador, así que anduvo varios metros hasta que se fijó en un cuarto que tenía la puerta abierta. Le llamó la atención que en el resto de habitaciones solo estaba el paciente, pero en aquella había una butaca donde dormía una mujer. Era la madre del muchacho que estaba sobre la cama conectado a varios aparatos que lo mantenían con vida. El chaval tenía alrededor de la cabeza unos auriculares que reproducían música de manera ininterrumpida. Se detuvo frente a la pareja (y, aunque no la viera, también frente a esa Parca insumisa que se me había sublevado) para contemplar la escena. Le asaltó la incertidumbre de qué haría su madre si ella estuviera en el lugar de aquel adolescente, lo cierto es que no se la imaginaba velándola. Un escalofrió le atravesó el cuerpo, pensó que era por aquella duda, pero no, no era por eso. Un hilo de sangre brotó en ese instante de la nariz del niño, que empezó a sufrir espasmos. Las máquinas enloquecieron al mismo tiempo que la madre cuando se dio cuenta de lo que sucedía.

Aquel escándalo alertó al equipo médico de guardia, que salió de todas partes. Sara tuvo que esquivarlos para evitar que se percataran de que no debía estar allí o, peor, que le requiriesen su ayuda. Cuando dobló la esquina, se encontró de frente con la habitación del poeta. Habían pasado varias semanas desde el tiroteo, pero Mateo Rosas no parecía tener mejor aspecto que entonces. El problema de entrar a escondidas en la UCI con la intención de intercambiar información con un paciente que está en coma es que sales como has entrado: sin información nueva. Sara no conocía el estado del poeta —la prensa nunca tuvo acceso a su expediente médico y lo que publicaban eran conjeturas de todo tipo—, por lo que, cuando lo vio, intentó despertarlo dándole golpes en el hombro y bofetadas. Tanto fue así que de estar despierto le hubieran hecho bastante daño, pero no estaba despierto.

Presa de los nervios, se puso a llorar sobre su pecho. Al levantar la cabeza, escuchó pasos que venían hacia la habitación con cierta velocidad. Se asomó tímidamente por el marco de la puerta y vio a dos hombres ataviados con el uniforme de la empresa de seguridad que iban directos hacia ella. Como quien no quiere la cosa, encarriló el corredor hasta el final, donde había una ventana. Sin mirar abajo, se lanzó de espaldas rompiendo el cristal. Sin embargo, la huida fue en balde ya que no iban tras ella, los guardias giraron en el pasillo para ir a la habitación del muchacho. La madre, en pleno ataque de ansiedad, había empezado a golpear a los médicos, que no habían podido hacer nada por salvar la vida de su hijo. Se puede decir que Sara tuvo suerte: la UCI estaba en un entresuelo entre el segundo y el primero; justo debajo de la ventana había aparcado un coche de mantenimiento; y la bata que llevaba se quedó enganchada por un instante a los cristales rotos que aún seguían sujetos al marco de la ventana, lo que ayudó a amortiguar la caída. El resultado de la caída fue varios cortes, que necesitaron unos cuantos puntos de sutura (obviamente no acudió a ese hospital), y un fuerte dolor en la cadera.

Aquella noche se vieron en casa de Sara, cuyas heridas la tenían casi inmovilizada, para analizar la situación. Alicia había tenido la suerte de que los mormones fuesen de poner la otra mejilla y de que los servicios médicos del hospital hubieran salido a ocuparse de la anciana obviando a la agresora, que no dudó en darse a la fuga. Sara sugirió una nueva estrategia: secuestrar a Julia

Vázquez, la secretaria que estaba al otro lado del número de teléfono que habían conseguido del móvil del pistolero. La idea echó para atrás a Alicia, que, aunque admirase a Sara, no veía en ellas un equipo profesional de secuestradoras. Así que contrarresto la propuesta con una sugerencia que no suponía usar la fuerza. La fotografía de Marta Rivas encuadraba a ella y a una vieja Vespa, por lo que, posiblemente —siempre según el pensamiento de Alicia—, esa matrícula podría ser una pista. Sara sopesó las palabras de Alicia, intentó volver a sugerir el tema del secuestro y terminó aceptando la idea de su compañera.

Empezaron buscando por Google, pero el rastreo de la matrícula no arrojó ningún resultado. A continuación, probaron llamar a la policía local para ver si lograban conocer el nombre del propietario de la motocicleta. Tampoco tuvieron éxito. Derrotadas, pidieron unas pizzas y cenaron en silencio. En un último intento buscaron en internet el modelo de la Vespa y, una vez localizado, lo cotejaron con varias webs de compra-venta. Se pasaron un par de horas llamando a anuncios antiguos y preguntado sobre la matrícula, al final localizaron un viejo anunciante que coincidía con el número que buscaban. Según este, hacía ocho años que la había vendido. Les contó que no recordaba el nombre de a quien le traspasó la moto, pero que la había visto últimamente varias veces por la televisión, que creía que ahora tenía un puesto en uno de los nuevos partidos emergente.

El antiguo propietario describió a la compradora como una chica relativamente joven, morena y delgada. Por lo tanto, tenían que descartar que la Vespa fuera de la propia Marta Rivas, ya que esta era rubia. Realizaron una búsqueda por hemerotecas y redes sociales y, en menos de una hora, supieron que Julia Vázquez era quien había comprado la motocicleta. Descubrieron que había sido compañera de Marta Rivas en la facultad, amigas íntimas en realidad. Estaban convencidas de que acababan de encontrar un punto débil del enemigo.

X CIELO

El plan estaba claro, la ejecución no. La idea era abordar a Julia Vázquez cuando estuviera sola. El problema principal es que no sabían dónde vivía ni dónde localizarla. Tampoco conocían nada sobre ella, únicamente que estaba metida en la conspiración de manera activa y que era amiga de Marta Rivas. Las dudas las agobiaban: ¿lamentaría tanto la muerte de su compañera de facultad como para volverse contra el partido?, ¿no sería un error de estrategia avisar al enemigo de que ellas lo sabían todo?, ¿una acción así no significaría meterse voluntariamente en la boca del lobo? Tuvieron que pasar casi dos meses hasta que vieron la oportunidad de forzar el encuentro. El contacto tendría lugar en un acto convocado por el partido para dar apoyo a un colectivo de un barrio de la periferia. Entre los asistentes estaba confirmada Julia Vázquez. Alicia y Sara discutieron sobre qué pasos debían tomar para afrontar el abordaje. Descartaron la idea de hablar con ella allí porque, tanto para bien como para mal, montar un espectáculo llamaría demasiado la atención y en esas circunstancias no tendrían muchas vías de escape. Así que retomaron el pensamiento inicial de seguirla hasta su casa después del acto... o hasta donde fuera luego. Habían acordado ataviarse para la ocasión para pasar desapercibidas. Pensaron que, como era un encuentro en la periferia y era en apoyo a un barrio, tendría algo que ver con algún tema laboral. Por lo que ambas se endosaron unas camisetas rojas y un par de palestinos que habían comprado en un puesto ambulante. Vestida de esta manera, Alicia parecía un tomate, un tomate que estaba ligeramente pasado. Sin los kilos de maquillaje, se podía apreciar que la chica sufría de un más que vistoso acné posjuvenil. Al apearse del último bus compraron un par de litros de cerveza para terminar el disfraz —literalmente era por esto, a ninguna de las dos le gustaba. Tardaron cerca de una hora y media en alcanzar la plaza donde tenía lugar el acto. Tuvieron que hacer tres transbordos de metro y coger un par de autobuses para llegar al lugar de celebración. Había empezado a anochecer y Sara se preguntaba cómo iban a volver a casa si aquello se alargaba y no hubiera transporte público hasta el día siguiente. Cuando llegaron al sitio, en el que debía de haber unas treinta o cuarenta personas como mucho, un hombre de tamaño considerable, que al parecer velaba por la seguridad del encuentro, les pidió que se marchasen sin crear problemas. Sara le recriminó al vigilante sin uniforme el intentar echarlas de un acto en un espacio público al que, además, habían venido a apoyar. Mientras discutía se percató de que pasaba algo raro, aquello no era una celebración obrera. Una enorme pancarta apoyada en un muro decía «El barrio está con Jesús. Nosotros también queremos una parroquia». En aquella plaza solo había dos tipos de personas: gente de avanzada edad y jóvenes con jerséis anudados sobre la cintura y mucha gomina en el pelo. Con esa fauna era inevitable que, nada más llegar, la pareja de investigadoras se transformara en el centro de atención. La agrupación política de Marta Rivas, aun admitiendo una clara tendencia ideológica de izquierdas, se declaraba un partido del pueblo (otro más), por lo que cualquier nicho de votantes era bueno, aunque este volviera a ser un sector desagradable tras la jornada electoral. La pareja se retiró a unos bancos, que estaban a unos cuarenta metros, y escucharon desde ahí el mitin político. Varios minutos después localizaron a su objetivo entre la comitiva. Julia Vázquez era la secretaria de Emilio Luna, por lo tanto, no había iniciado su carrera como activo político, pero de unos meses para acá había asumido la portavocía del partido regional. Desde entonces participaba eventualmente en los diversos actos que su jefe realizaba en la calle. Cuando la celebración terminó, Julia se quedó hablando con un par de personas. Ese fue el

instante en que Sara, habiendo dejado ya la litrona abandonada en el banco, se acercó y se presentó como «Juana, del periódico universitario La Estafeta». Le preguntó si le sería posible concederles una entrevista un poco más tarde, a lo que la secretaria y portavoz respondió con una risa fingida «¡Chica! Si son las once y media de la noche. Si quieres te doy un minuto y nos vamos, que mañana madrugamos y los compañeros me están esperando». La secretaria no perdió la sonrisa en ningún instante, tenía ensayado cada movimiento, cada gesto y cada palabra. No había dedos cruzados en su melena si la situación no daba lugar, no había guiño desperdiciado ni risa histriónica si el momento no era el adecuado. No fue diferente al atender a Sara, guardó toda la cercanía campechana que pudo, pero la insistencia de la entrevistadora de verse fuera de aquel lugar empezó a agotarla. Al final aceptó desplazarse a un bar castizo que estaba a apenas unos metros de la plaza. Sara y Julia Vázquez se sentaron en una mesa pegada a la puerta y Alicia, por algún motivo desconocido el cual nadie se interesó en preguntar, se apostó en la barra. La conversación sucedió tal que así:

— Empecemos... ¿Cómo está yendo la precampaña?

— Bueno, desde el partido no entendemos esto como un acto de campaña, o de precampaña, estamos aquí apoyando a un sector del pueblo.

— Sin duda. ¿Cómo han sido estos meses tras el atentado que sufrió su compañera Marta Rivas?

— La verdad que una se cansa de hablar del tema, es una pregunta recurrente en todas las entrevistas. Es duro que muera alguien tan joven y de esa forma. Duele, duele mucho.

— ¿Eran amigas?

— Cierto. Fuimos compañeras de facultad. Luego coincidimos aquí, ella haciendo política activa y yo trabajando para Emilio Luna, el candidato regional, como ya sabréis.

— ¿Le da veracidad a la hipótesis de la policía? Según ellos, el asaltante fue un trastornado que aún sigue ahí fuera.

— Confiamos en los cuerpos de seguridad del Estado, pero lo que sí es cierto es que, trastornado o no, la culpa del asesinato de Marta la tiene el clima político que ha provocado el gobierno.

— ¿El gobierno? No creo que el gobierno fuera tan torpe. Según los últimos sondeos, la muerte de su compañera les ha beneficiado. Han subido tres puntos en estimación de votos tras el atentado.

— No entiendo lo que quieres decir.

— Digo, los accidentes pasan, y con resultados imprevisibles, parece.

— ¿Qué está insinuando?

— Que todo tiene una razón de ser. La cronología del atentado es cuanto menos misteriosa: su candidata muere tiroteada; horas después, una testigo ve como obligan a un hombre a meterse en un coche; en el forcejeo, a este hombre se le cae el móvil; casualmente, el teléfono solo tiene un número registrado, que sorprendentemente es el de la secretaria de Emilio Luna; la policía declara al asesino desaparecido; muere accidentalmente un agente limpiando su arma en su vivienda; aparece una foto de Marta Rivas sobre una vieja moto (de usted, por cierto) en el vehículo del hombre al que metieron por la fuerza en un coche; este hombre resulta ser el agente muerto, que al mismo tiempo es identificado por la testigo, gracias al video de seguridad de un cajero, como el tirador que acabó con la vida de Marta Rivas. —Julia Vázquez no supo qué decir, estaba totalmente desconcertada.

— Solo dices tonterías, si pudieras probar algo hubieras ido a la policía. Todo esto es fruto de una mente enferma. Me voy.

— Tienes la oportunidad de redimirte, hazlo por tu amiga.

— Estás loca. —Si había una cosa que no soportaba Sara, y que la hacía enfurecer a sus niveles máximos, era que cuestionaran su salud mental. Así que, presa de la rabia, cogió el servilletero de

la mesa para golpear la cabeza de la secretaria. Alicia, que se estaba viendo venir la pérdida de papeles de su compañera, corrió desde la barra para evitar la agresión y, agarrándola del brazo, la sacó en peso fuera del local. Julia Vázquez se quedó dentro, a punto de sufrir un ataque de ansiedad, buscando su móvil en el bolso con las manos temblorosas.

Habían destapado la trama sin desvelar sus nombres. Lo que, a juicio de ellas, aún les daba tiempo para unir los hilos sueltos y poder hacer pública la verdad de los hechos. Los implicados en la accidental muerte de Marta empezaron a movilizarse en busca de aquellas dos chicas que sabían demasiado. Fue cuestión de minutos que localizaran el blog de Sara. Esta, por ego o por necesidad de afianzar la autoestima a través de su físico, tenía una foto suya con poca ropa —casi desnuda— en la cabecera del sitio. Los implicados no se explicaron como el post tenía tanta información. Pensaban que era algo imposible, ya que las personas que habían tomado cartas en el asunto se podían contar con los dedos de una mano y no había habido filtraciones. El cualquier caso, sabían que tenían que dar con ellas antes de que todo trascendiera.

La pareja de investigadoras huyó por las vías del tren y anduvieron durante horas hasta que llegaron al barrio residencial donde vivía Alicia. En realidad, nadie salió a buscarles, pero huyeron de aquella forma porque a la hora que habían conversado con Julia Vázquez ya no quedaban transportes públicos para volver a la ciudad y, para qué negarlo, porque estaban asustadas. Se recluyeron en casa de Alicia —vivía con los padres, los cuales se alegraron al ver que su hija tenía una amiga aparte normal— para buscar una nueva estrategia con la que afrontar el caso, que parecía estar en un callejón sin salida. Guardaron un perfil bajo hasta que, pasada la segunda quincena en la sombra, confirmaron que nadie las vigilaba. Sara volvió a su apartamento tras acordar con su compañera olvidarse del asunto hasta que apareciera algún elemento nuevo que les fuera favorable y pudieran aprovecharlo.

La vuelta a casa no fue fácil. El caso había sido el elemento central de la vida de Sara en los últimos meses, la había mantenido en sus cabales y le había aportado sentido a su existencia. Incluso la extraña compañía de Alicia le había reconfortado. Ahora ya no había nada, se sentía vacía, inútil, degradada de protagonista de la película de su vida a mera figurante. La primera noche salió a emborracharse a costa del universitario de turno. Y así se fueron clonando las madrugadas, una tras otra, sin repetir con el chico, pero con la misma soledad. Del partido no supo nada, o bien no la buscaban con la suficiente eficiencia o habían pensado que, a pesar de tener la información, no tenían pruebas directas. Así que, a efectos prácticos, era como no tener nada.

Por casa de Alicia todo seguía igual que antes de la investigación. Por las mañanas iba (cuando iba) a la escuela de adultos a ver si ese año era el año de finalizar sus estudios de bachiller. Las tardes las pasaba desnudándose delante de la webcam por cuatro perras (hay gente con gustos muy rebuscados) y, cuando anochecía, soñaba con suicidarse. No lo había llegado a intentar nunca, siempre le faltó valor o convicción. Había días que pensaba en llamar a Sara, pero jamás lo hizo. No es que las dos hubieran hecho amistad, o no por lo menos en los términos convencionales, pero para ambas la otra era lo más parecido que tenían a una amiga.

Unos meses después de todo eso, Sara empezó a verse de manera regular con un chico. El chaval era un abogado que realizaba la pasantía en un pequeño bufete del centro. Se conocieron donde se conocen los grandes amantes, en los bares. Es curioso como un bar puede ser la cuna de grandes filósofos, literatos y, de lo dicho antes, amantes (aunque, por lo general, la condición que uno obtiene allí suele durar lo que dura la melopea). La pareja no tardó en formalizar lo suyo, aunque fuese de manera verbal y con el hecho simbólico de dejar un cepillo de dientes en la casa del otro. Él trabajaba hasta tarde en el despacho y ella lo esperaba siempre tirada en el sofá del piso de él.

Lejos de cualquier reproche, lo mejor de cada día para ellos era el recuento que sucedía siempre alrededor de las nueve de la noche.

A pesar de la felicidad sobrevenida, la vida de Sara seguía siendo una sucesión de horas y días que no iban hacia ningún lugar. En realidad, así son todas las vidas, pero cada uno se las apaña para argumentar su existencia como quiere o puede, pero ella no. No es que no quisiera buscar una dedicación, es que aún le pesaba haber fracasado en su cruzada contra el partido. A él nunca le contó nada sobre aquello, pero había hecho una caja con todas las pruebas y los artículos que había redactado sobre la investigación por si un día desapareciera de manera involuntaria. La caja, que estaba en el apartamento de ella, estaba precintada y con el nombre de él puesto. Quizás Sara había visto muchas películas, quizás Sara seguía siendo bipolar, quizás Sara aún estaba paranoide con la idea de que en algún momento alguien del partido iba a aparecer y la iba a eliminar, quizás era un poco de todo.

Los meses se sucedieron. La nueva pareja era de esas que se toma todo con prisa: acordaron que ella se mudaría al piso de él en las próximas semanas, hablaron de boda, asumieron un futuro juntos, descuidaron toda precaución sexual y entonces el futuro juntos ya fue un hecho. El embarazo de Sara llenó de alegría a la pareja, de miedo a los padres de él —ambos de gran apellido y mayor cuenta bancaria— y de indiferencia a los padres de ella, que no respondieron al teléfono las siete veces que los llamó su hija para contarles la noticia. La pasantía no le generaba dinero suficiente para pagarse un piso adecuado para una pareja y un niño, pero los padres del joven abogado le habían prometido que les conseguirían un apartamento digno cuando naciera el bebé. Sara, que había encontrado un motivo por el que tener ganas de vivir, se imaginaba el futuro como aquella vida que nunca había pensado tener pero que ahora deseaba. Todo esto era comunicado minuto a minuto en sus redes sociales, que había dejado a un lado cuando optó por el perfil bajo, pero que, desde que formalizó su relación con él, había recuperado.

Tal y como estoy contando la historia te puede llamar la atención cómo puede cambiar la vida de una persona en un espacio de tiempo tan reducido. En efecto, la vida de Sara, la neurótica y bipolar, pasaba por momentos dulces. De hecho, quizás nunca hubiera sido tan feliz, pero este relato no trata de ella. Sara es solo es una pieza en una historia llena de extrañas coincidencias y de lo que la gente llama comúnmente «mala suerte». En aquel lapso temporal, desde que la pareja de investigadoras desapareció del mapa hasta que se acercó la jornada electoral, nadie se olvidó de olvidar y todo el mundo se mantuvo en silencio, pero la última semana antes de las elecciones no sería especialmente tranquila para Sara. Ya sabéis, dentro de poco un matón la estará estrangulando en un callejón oscuro, aunque para llegar a esa escena aún queda una serie de sucesos importantes.

A comienzos de abril —el mes más cruel— él había pedido la tarde libre para poder ir con Sara a ver un par de pisos en alquiler. Aunque aún era pronto, el solo hecho de querer adelantar el futuro era algo que motivaba a la pareja. Al acabar la visita decidieron tomar algo en una cafetería cercana. El sitio era una de esas cadenas modernas donde el café vale más que la cerveza y está todo el mundo en silencio mirando las pantallas de sus portátiles o de sus móviles o de ambos. Después de ordenar, se sentaron en la única mesa que estaba libre —no era casualidad que estuviese vacía, estaba frente a un televisor gigantesco que emitía un partido que nadie veía, pero todos escuchaban porque su volumen era desmesurado—. La pareja entrecruzaba las manos, se tocaban pie con pie, se sonreían, no dejaban de sonreírse, de clavar los ojos en los ojos del otro... hasta que el partido de fútbol fue al descanso y se inició el informativo. La noticia del día era que el famoso poeta Mateo Rosas había salido del coma y, estando en proceso de recuperación en su domicilio, había confirmado que participaría en la campaña electoral del

partido de su pareja asesinada. Al escuchar aquello Sara soltó a su prometido, sintió como el corazón se le iba a salir del pecho, se mareó y empezó a vomitar todo el café sobre el impoluto suelo de la cafetería de la cadena de moda. Luego, por primera desde que estaba con él, mostró su lado más desquiciado gritándole improperios al televisor y dándole puñetazos a la mesa. Como el amor es ciego, su acompañante se limitó a tranquilizarla pensando que quizás era una gran admiradora de Mateo Rosas y que sentía náuseas —literales— por el nuevo partido. En uno de los dos pensamientos acertó.

Sara no tardó en llamar a Alicia para que se vieran pasado unos días, antes tenía que pensar cómo iba a afrontar la situación. Esa madrugada no consiguió conciliar el sueño, cada vez que cerraba los ojos se le venían encima imágenes relacionadas con la investigación. Le faltaba el aire, le corría por la espalda un sudor frío que le congelaba las articulaciones, la taquicardia no la abandonaba. Ajeno a todo esto, él dormía plácidamente soñando con un futuro hipotético repleto de habitaciones color azul y risas de niños. Cuando el sol hizo acto de presencia, él se fue a trabajar y Sara se quedó mirando su figura ante el espejo, le costaba reconocerse en aquel pequeño cuerpo que había amanecido bastante ajado. La falta de reposo le había provocado unas enormes bolsas bajo unos ojos que estaban inyectados en sangre. En la otra parte de la ciudad Alicia había empezado la mañana llena de energía y felicidad, el reencuentro con su admirada compañera le había dado una razón para sonreír.

Se habían citado en casa de Sara para cenar el domingo de la siguiente semana. Aquella noche planeaban como abordar un encuentro con el poeta para contarle toda la verdad sobre la conspiración del partido. Con Mateo Rosas despierto, la oportunidad de acabar victoriosas esta contienda estaba al alcance de sus manos.

XI CIELO

La escena era concreta: tres hombres vestidos con chándales baratos estaban sentados en un banco situado en el exterior de la estación de autobuses. Un enorme cartel publicitario que estaba justo detrás de ellos anunciaba un nuevo detergente que prometía mejores lavados por menos precio. El trío contemplaba cómo el tráfico de la avenida se colapsaba por última vez aquel día. Los tres miraban hacia delante mientras se pasaban un cigarro al que le iban dando unas pocas caladas sin intercambiar la más mínima de las palabras. El más joven de ellos, cuya edad rondaba los cuarenta y cinco, se quedó mirando a un grupo de chavales que abandonaba la estación entre risas y jugueteos, por momentos su cabeza se llenó de recuerdos. Se puso de pie con un movimiento torpe e hizo un gesto a sus compañeros indicando que iba a la tienda de alimentación que estaba calle abajo. Volvió de ella con un par de cartones de vino y tres vasos de plástico, lo que provocó caras de felicidad en el banco. Bebieron en silencio hasta que anocheció. Miraban los coches pasar, el movimiento de los pasajeros al entrar y dejar la estación, cómo la ciudad se preparaba para dormir, aunque ellos sabían que la ciudad nunca dormía. El más joven del grupo se estiró, desencajó perezosamente sus adormecidos músculos y espabiló su alma. Las estrellas se habían colocado ya en sus puestos y la luna, ataviada con el traje de cuarto menguante, terminaba de dibujar la estampa taciturna con su luz pálida. Primero se despidió del hombre de la enorme barba gris y pocos dientes en la boca «Creo que lo aprendí: au revoir». Este le contestó alegremente con una sonrisa desdentada y un apretón de manos. A continuación, le tocó el turno al hombre de los ojos claros y la piel oscura, que se despidió con otra sonrisa y un «Ciao, bello».

El coche estaba aparcado a pocos metros del cartel publicitario, en una calle que apenas tenía movimiento. Allí abrió el maletero, se quitó el disfraz y recuperó la indumentaria que llevaba puesta antes de llegar. El traje le era incómodo para conducir, pero el chándal estaba demasiado sucio, no lo había lavado desde que adquirió la costumbre de salir de la oficina y venir al menos tres veces a la semana a pasar la tarde con los mendigos. Por algún motivo que desconocía, la mayoría de los sin techo que frecuentaban el lugar eran extranjeros, lo que hacía que él, que no tenía ninguna formación ni habilidad para hablar lenguas que no fueran la suya, no tuviera manera de comunicarse con ellos. En realidad, siempre sospechó que el poder disfrutar del silencio en compañía era el verdadero motivo por el que compartía las horas con aquellos hombres.

En la guantera tenía una carta del abogado de su exmujer. Le requería el chalet familiar y el pago de la hipoteca de este, así como la custodia de los niños. Junto a la carta estaba el último chequeo médico de su hijo mayor. No había indicios de células cancerígenas en su organismo, tras varios meses de quimio y cuatro intervenciones quirúrgicas parecía que esta vez sí se había vencido al cáncer. La enfermedad de su primogénito le había cambiado la vida, ahora todo era motivo de alegría y de calma. Que su exesposa le exigiera hasta el último céntimo le daba igual. Arrancó el automóvil y enfiló la autovía disfrutando cada bache, curva o túnel que hubiese en el camino.

Llegó sobre la una de la mañana a su pequeño apartamento, que a efectos prácticos era una especie de agujero poco iluminado ubicado en un barrio problemático. Cobraba cerca de cuatro mil euros mensuales entre su sueldo y algunos activos bancarios, pero con el divorcio apenas veía setecientos euros de aquellos ingresos. Quizás sería exagerado llamar ingeniería económica a lo que hacía este ciudadano anónimo, pero al final del mes siempre le sobraba dinero.

Al día siguiente llegó el primero a la oficina con su cotidiana puntualidad. Recogió los periódicos de la puerta y abrió la sucursal. Sentando en el sillón de su despacho comenzó a leer los titulares:

«Las elecciones más reñidas de toda la democracia», «El pueblo se pronuncia el próximo domingo. El resultado está en el aire», «Entre el populismo y la realidad. Incertidumbre en las próximas elecciones». Suspiró y exclamó «Vaya panorama». Este ciudadano anónimo, a pesar de llevar la alegría por bandera, odiaba su trabajo, odiaba su ciudad y a la gente que la habitaba, en el fondo odiaba a toda la humanidad, pero él no lo sabía. Lo cierto era que, aunque siempre llevase una sonrisa en la cara, se odiaba así mismo por ser parte del sistema que tanto detestaba. Es lo que tiene haber visto tan cerca la muerte y seguir viviendo, las cosas cotidianas se le antojaban ridículas, motivo de risa, algo insignificante. La sonrisa es el arma de los supervivientes.

La lluvia primaveral se dejaba ver por las vitrinas de la puerta del despacho. No había mucha gente en la sucursal y la carga de trabajo era rutinaria. Llevaba desconectado del mundo mucho tiempo y quiso investigar sobre aquel partido nuevo que estaba dando tanto de qué hablar. Por lo que ya sabía, le parecía que, si no fuera porque la situación del país era dramática desde la perspectiva social y económica, varias de las historias que había protagonizado esta agrupación emergente eran, cuanto menos, cómicas. —Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas— se dijo así mismo nuestro ciudadano anónimo al indagar en internet sobre la naturaleza y los actos del partido. Se dijo esto porque trabajaba en un banco y firmaba mensualmente unas cuantas ejecuciones hipotecarias, y por ello estaba obligado a sufrir día a día el llanto de las familias que se quedaban en la calle. Esto provocaba que envejeciera mucho más rápido por dentro que por fuera. Por tanto, pensaba que, si el nuevo partido prometía cambiar el infierno por el paraíso, había que escuchar sus propuestas antes de juzgarlo.

Mientras nuestro ciudadano anónimo reflexionaba sobre su vida y la orientación de su futurible voto, en el otro extremo de la sucursal un hombre que sudaba de manera exagerada se acercó a la ventanilla (que en esta oficina no era más que un mostrador apostado en un lateral del local). El individuo, que rondaría los sesenta años, llevaba unas gafas de pasta y una mochila grande. Parecía estar nervioso y totalmente absorto en sí mismo. Frente a él, la responsable de atender al público mascaba un chicle a la vez que perdía su mirada en dirección a la salida, como si, por mirar a la puerta que daba a la calle, su jornada laboral fuese a finalizar antes.

— Señorita, quisiera recuperar mis ahorros —dijo con un hilo de voz el hombre sudoroso.

—Claro, señor. Déjeme su identificación y veremos qué podemos hacer. Señor, según el ordenador, usted tiene cincuenta y tres mil doscientos y un euros invertidos en productos preferenciales y otros activos similares.

— Sí, sí, eso, por favor lo quiero todo fuera. No hay problema, ¿verdad?

— Claro, usted puede recuperar su dinero, cómo no.

— Gracias, señorita. Pensaba que lo había perdido todo, es que la prensa habla con lengua de serpiente...

— Mire, el director del banco está ahora ocupado, debe hablar con él. Calculo que, según los últimos arbitrajes, le corresponden unos quince mil euros por sus productos.

— ¿Pero no ha dicho que tengo unos cincuenta mil euros invertidos? —dijo el hombre que estaba sudando tanto que había empapado la camisa que llevaba puesta.

— Claro, todo en productos de inversión de riesgo. Si decide perder la inversión, eso es lo que hay.

— Pero señora, solo en hipoteca debo la mitad de lo invertido. Estoy a una semana de perderlo todo.

— Le entiendo, de verdad, pero las normas son las normas. Siguiendo, por favor.

— Pero oiga...

— Siguiente, por favor.

El hombre sudoroso tiró su mochila al suelo, la abrió y sacó una garrafa. Esta, que originalmente contenía agua, estaba rellena de un líquido oscuro. Con mucho esfuerzo, consiguió elevarla lo suficiente como para volcarla y meter la cabeza torpemente debajo del chorro que emanaba de ella. La garrafa era de ocho litros y el proceso de vaciado por su boca era lento, tanto que del inicial estupor general se pasó a la cólera.

— Se quita del medio, por favor. Tengo que cobrar la pensión, que ahora voy a ir al mercado —le espetó al individuo una señora mayor que estaba justo detrás de él.

Como todo empezaba a parecerle ridículo, intentó rociar con el líquido a la responsable de la ventanilla, que empezó a gritar y a lanzarle todo lo que podía. La fila de espera miraba incrédula, habían dejado de hacer comentarios para apartarse y grabarlo todo con los teléfonos móviles.

Cuando la grapadora golpeó en la cara del hombre sudoroso, este soltó la garrafa y sacó una caja de cerillas de su bolsillo. En ese instante se inició una cacería en la sucursal entre el perseguidor, que lanzaba cerillas encendidas a su presa, y la perseguida, que apenas podía correr con los tacones altos que llevaba puestos. Los gritos de un lado y otro del local se mezclaban como si fuera una orquesta infernal, solo la fila de espera se mantenía en silencio, contemplando y registrando el espectáculo. En un momento dado, la responsable de la ventanilla se tropezó y cayó al suelo. El cazador se acercó soltando una carcajada nerviosa, encendió una cerilla y se la posó en la blusa. No pasó nada. Repitió la operación, no pasó nada. Se encolerizó y probó a meterse fuego a sí mismo. Nada. Desde la fila de espera un chico vestido con un mono lleno de grasa le preguntó:

— Tío, ¿has comprado gasolina o diésel?

— Gasoil, que estaba más barato —replicó el cazador.

— El gasoil no es inflamable.

Nuestro ciudadano anónimo ojeaba la prensa y reflexionaba sobre los anuncios por palabras.

Siempre se preguntó si la mayoría de esos anuncios tenían un contenido serio o si el propio medio, al no tener demanda suficiente, rellenaba aquel apartado con el primer contenido que se le ocurriese al becario de turno. Los gritos eran audibles desde su despacho, aunque eran ininteligibles debido al tamaño del local. No era algo normal, pero cada cierto tiempo se armaba un escándalo a voces por lo que, en consecuencia, tendía a ignorarlos en la medida de lo posible. Le tenía cierta tirria a la responsable de la ventanilla así que, en este tipo de situaciones, intentaba no intervenir para que ella se ocupara de todo el problema. La verdad era que el poco aprecio era recíproco: a menudo su subordinada intentaba desplazar los problemas al despacho del director, pero no siempre los implicados aceptaban subir la contienda un escalón. Suele ser más fácil enfrentarte a un eslabón bajo que al superior de la cadena. Únicamente solía aparecer cuando los gritos llevaban demasiados minutos como para molestar al resto de clientes, pero aquel día se había levantado perezoso. No tenía intención de moverse ni aunque pidiesen explícitamente su presencia, pero no tardó en cambiar de opinión cuando escuchó golpes y cristales rotos. Al salir del despacho se encontró de frente con un hombre empapado en gasóleo lanzando cerillas a la encargada de la ventanilla, que también estaba recubierta de combustible. En ese instante alguien le explicó que el diésel no es inflamable y el pobre hombre, aun sabiendo que aquello ya era una causa perdida, siguió encendiendo y lanzando cerillas a su presa que, ya más tranquila al saber que no iba a acabar como Juana de Arco, intentaba incorporarse con el pelo lleno de fósforos chamuscados.

El ciudadano anónimo invitó al hombre a entrar en su despacho —le pidió que por cortesía no se sentará en una silla para no echarla a perder con el combustible— y le dijo a la responsable de la

ventanilla que se tomara el día libre, que ya algún compañero de mesa ocuparía su lugar. Una vez dentro dialogaron sobre el problema que había originado tal pandemónium: el pago de sus inversiones de riesgo y su próximo plazo hipotecario. El director de la sucursal le dijo que, muy a su pesar, la política del banco era la que ya le habían comunicado y que no podía hacer nada al respecto ya que cualquier acción que no se ajustara a las imposiciones del gobierno de la entidad sería anulada antes de ser ejecutada. Durante unos minutos ambos despotricaron contra los bancos y el sistema en general. Era curioso escuchar a un jefe del propio sistema económico cargando contra él mismo, curioso pero no paradójico ya que son las acciones, y no los verbos, las que mueven montañas. Esto lo sabía muy bien nuestro ciudadano anónimo, por ello cedía más dinero del que correspondía a la pensión de sus hijos, por ello le encantaba mimetizarse entre los mendigos. Entonces el hombre le dijo que se veía viviendo en su vieja furgoneta, alimentándose en los comedores sociales y surtiéndose del agua de las fuentes públicas. A esto le respondió el director preguntándole sobre qué tipo de furgoneta tenía. La verdad es que siempre había querido tener una y, además, estaba harto de aparcar su Mercedes Benz a varias manzanas de los mendigos para que no pareciera que era un loco, por lo menos no un loco corriente. Así llegaron a un acuerdo: el hombre empapado en gasoil aceptaba la oferta del banco para recuperar parte de sus inversiones de riesgo y nuestro ciudadano anónimo le compraba su vieja furgoneta por un precio bastante superior al valor actual del vehículo. De esta manera uno se libraba de gran parte de lo que le restaba de hipoteca y el otro ganaba un nuevo juguete.

Ahora el que meditaba desplazarse a vivir a la furgoneta era el director de la sucursal. Si no fuera porque afectaría directamente al nivel de vida de sus hijos, dejaría el trabajo y se iría a gastar todos sus ahorros en recorrer la costa, en brindar con desconocidos en cada parada y en dormir escuchando las olas del mar romper contra la orilla. Pero aquello no era posible: su exmujer no trabajaba. Ni quería ni tenía formación para buscar algo que igualase el sueldo actual del que fue su pareja, por lo que los hijos quedarían obligados a reducir su ritmo de vida y el mayor perdería el seguro médico privado que ya le había salvado una vez. Estar atado al sistema por ellos no era algo que le importase, pero eso no quitaba que odiase todo lo demás. Ahora, con la furgoneta, su espacio de libertad, aun siendo limitado, había aumentado considerablemente. Pensó en ir el próximo verano de campings —algo que no había hecho nunca— con sus hijos y, si ella quería, hasta con su exmujer, ¿por qué no?

Cuando dieron las tres dejó el despacho y, en la calle, contuvo la risa. Tenía que elegir entre volver a casa en su flamante Mercedes o en su nueva vieja furgo. Decidió volver en su coche, ya que tenía aire acondicionado. Aquel día el verano parecía querer adelantarse un par de meses y su nueva adquisición era un modelo demasiado antiguo para disponer de aquellos lujos. En su pequeño apartamento hizo lo que hacía todos los días, comió algo precocinado que guardaba en el congelador y luego se echó a dormir la siesta. Normalmente, cuando se despertaba, se iba a pasar el rato con los sin techo allá donde nadie podía reconocerlo, pero esa tarde se dio un paseo hasta la oficina para recoger la furgoneta. Al llegar abrió el viejo vehículo con el propósito de ver cómo podría adaptarlo. Había pensado meter una pequeña cocina y montar unos colchones para que pudiera dormir dentro toda su familia. Hizo un par de llamadas y concertó una cita con un taller, quería le revisaran la mecánica y le hicieran un par de cambios para llevar sus ideas a la práctica. Tenía la intención de sacar a sus hijos de la inhóspita ciudad todo lo que fuera posible, alejarlos del mundanal ruido de las avenidas y las prisas, que aprendieran lo que era vivir bajo un techo lleno de estrellas —y así, de paso, aprendía él también—. Se subió al asiento del piloto y le dio un ataque de risa, no se explicaba cómo podían hacerle feliz aquellas cuatro paredes oxidadas. Antes de arrancar llamó a su exmujer para decirle que este verano se llevaba a los niños lejos de

allí y que estaba invitada a hacer un viaje por toda la costa en una vieja tartana. La relación entre ambos se terminó a raíz de la enfermedad de su hijo mayor, la insoportable asunción de la imposibilidad de hacer nada contra el mal que a punto estuvo de matar a su primogénito los llevó a acabar con más de veinte años de convivencia, pero eso no supuso nunca un mal reproche de uno contra el otro. Era cierto que ella no quería perder su ritmo de vida y que no trabajaba, pero también era cierto que al nacer su primer hijo abandonó sus estudios y se dedicó a cuidar el núcleo familiar. Por ello, que los trámites de la separación estuvieran a cargo de los abogados era puro formalismo, a la madre de sus hijos nunca le negaría nada que pidiese (aunque lo pidiese todo).

Inesperadamente para nuestro ciudadano anónimo, ella dijo que le parecía buena idea. Tras colgar el teléfono le vibró todo desde el estómago hasta la garganta. Lo acaba de decidir: iba a vender su Mercedes y, con parte de lo que obtuviera, invitaría a sus amigos sin techo al restaurante más caro que encontrasen. Si no los dejaban pasar, pedirían la comida para llevar.

Consiguió arrancar al tercer intento, el rugido del motor sonaba tan fuerte que la música de los altavoces parecía tener la base hecha con aquel estrepitoso ruido. Puso rumbo hacia el taller donde había concertado la cita, estaba lejos de su domicilio, pero era de confianza. La conducción le estaba resultando molesta por la banda sonora del anterior propietario de la furgoneta, así que alargó su brazo hasta la guantera para ver si encontraba una alternativa a aquellas infames canciones. Debido a las dimensiones de la cabina, tuvo que quitarse el cinturón para poder llegar a ella. Con un ojo en la carretera y el otro en el interior del vehículo, consiguió sacar una funda con varios discos. Encontró algunas grabaciones de grupos que escuchaba cuando era joven, le hizo gracia y se dispuso a sacar uno de los discos cuando, de repente, sintió un fuerte golpe frontal. Había chocado con algo que, posteriormente, había caído bajo las ruedas provocando que casi volcase. Al no llevar el cinturón de seguridad, el impacto de la cara contra el volante fue inevitable.

Al bajarse se dio cuenta que sangraba copiosamente por la nariz, por el dolor que tenía pensó que probablemente estuviera rota. Mareado y desorientado escuchó los gritos de la gente que estaba en la calle. Al principio pensó que se alarmaban por verle a él lleno de sangre, después, al llegar a la parte trasera de la furgoneta, comprobó que no gritaban por él. Entonces la ciudad se desmoronó, todas las ventanas se abrieron como queriendo devorar a nuestro ciudadano anónimo, y el mar se alejó para siempre.

XII CIELO

Eran las nueve cuando Alicia llegó al aún piso de Sara —por poco tiempo ya que se iba a mudar en poco más de dos semanas—. Le llamó la atención ver que el minúsculo apartamento estaba casi vacío e insólitamente limpio, incluso su inquilina parecía mucho más reluciente. Durante la cena se pusieron al día con la vida de cada una, en realidad casi todo fue un monólogo de la anfitriona, la vida de Alicia no había sufrido ningún cambio significativo. Cuando esta se enteró de que su socia de investigación iba a ser madre, le dio un abrazo que casi le parte en dos. Sara le contó los planes que tenía de casarse en alguna playa donde no hubiera nadie más que los invitados y el mar, los posibles nombres que elegiría para su futuro retoño cuando supiera si era niño o niña, y que a final de mes se mudaría con su novio. Tras escucharla, Alicia no pudo evitar preguntarle —entre mordisco y mordisco al último trozo de una pizza que habían comprado para cenar— por qué no se olvidaba de la investigación y seguía adelante, «ética periodística» respondió Sara con gesto serio. Pero aquello no era verdad, la ética periodística le importaba bien poco, la realidad es que se había tomado el asunto como algo personal. Por su parte, los implicados en el tiroteo la habían identificado, pero al no volver a tener noticias suyas habían pensado que no era una amenaza, por lo menos inminente, y habían dejado de gastar recursos buscándola.

La anfitriona sacó una botella de whisky al finalizar la cena. Antes de que Alicia dijera nada, Sara se excusó «por brindar con una copa no pasa nada» y ambas rieron y no pararon de reír durante toda la noche.

— Cuando esto acabe, ¿qué vas a hacer? Aparte digo de venir a mi boda para que te busque un novio forrado y guapo como el mío.

— Me he propuesto acabar bachiller, luego, te vas a reír... pero creo que voy a estudiar periodismo... como tú.

— Pero bueno... ¿tú cuántos años tienes?

— Veintitrés.

— Te lo has tomado con calma, ¿no?

— Ya ves...

— Mejor tarde que nunca —concluyó Sara a la vez que le guiñaba un ojo a su compañera y levantaba el vaso para volver a brindar con ella.

A la tarde siguiente, cargando toda la información que tenían sobre la investigación, se fueron a la puerta de un estudio radiofónico donde habían anunciado que iban a entrevistar a Mateo Rosas. El estudio estaba en el bajo de un edificio de una de las avenidas principales de la ciudad. Frente a la puerta había una parada de taxis donde cinco coches esperaban clientes. La extraña pareja se posicionó en la acera contraria para no llamar la atención. El plan se basaba simplemente en detener al poeta y contarle todo lo que sabían. Sí, sonaba a un plan manifiestamente mal planificado, pero así son los planes preparados la noche anterior con una botella de whisky sobre la mesa. El calor y los nervios estaba haciendo sudar a las dos, de manera que todo el maquillaje blanquecino de Alicia empezaba a correrse dejándole un aspecto aún más extravagante —es la palabra menos hiriente que se me ha ocurrido—. En un momento dado un coche negro se detuvo frente a las oficinas de la radio. De él descendieron el poeta y su bastón y, de manera imprevista por la pareja de investigadoras, también Julia Vázquez. Sara esperó a que ambos entraran en el edificio y se dirigió hacia uno de los taxistas para pedirle que sintonizara con la radio del coche la emisora que iba a emitir la entrevista en directo. Mientras que se camelaba al taxista, su

compañera prestaba atención a la emisión esperando su conclusión. Le hizo un gesto a Sara cuando acabó, y esta, con alguna historia de las suyas, convenció al chófer de llevarlas a donde fuera el coche negro que suponía que iba a hacer aparición en unos instantes. El taxímetro corría con la promesa del conductor de hacer un descuento a la simpática y adorable chica que acaba de conocer. Pero aquel coche no hizo acto de presencia hasta veinte minutos después. La persecución ocurrió al ritmo pausado de un tráfico colapsado, y por esta causa, probablemente, los perseguidos no se percataron de su condición. El vehículo se detuvo frente a un edificio residencial para dejar al poeta, que esta vez se bajó sin compañía. Sara hizo el intento de salir del taxi y llamarlo a gritos, pero el conductor la cogió del brazo y le exigió cuarenta euros por el trayecto. Arruinada tras pagar, había perdido de vista a su objetivo que, fumando y a paso torpe, se había introducido dentro del inmueble.

En teoría no sería difícil localizarlo. Debería estar en algún piso de aquel edificio, así que se dirigió al telefonillo para probar suerte. Entretanto, Alicia cruzó la calle para ver si, por casualidad, el poeta se asomaba a la terraza. A unos pocos metros, en aquella misma acera, había una cafetería con algunas mesas fuera. Le llamó la atención el nombre «La cafetería del puerto», —¿Qué puerto? En esta ciudad no hay mar— pensó. Inmediatamente se fijó en un hombre que estaba allí sentando bebiendo a sorbos de una taza. Justo en aquel instante este se quedó mirando la otra acera, se percató de la presencia Sara y, dejando rápidamente la taza, se puso de pie. Alicia giró la cabeza para mirar a su compañera y la volvió a girar para fijarse en el hombre. Lo había reconocido, se acordaba de él, fue aquel vigilante del partido que las echó de la plaza la noche que habían ido buscando a Julia Vázquez. Era enorme, por lo que, a pesar del tamaño circunferencial de ella, no hubiera conseguido detenerlo de haberle hecho frente. Empezó a gritar el nombre de Sara con tanta angustia que parecía un cerdo chillando, los nervios no la dejaban vocalizar. Como veía que no era capaz de llamar la atención de su compañera, empezó a correr hacia ella gritando como una loca. El hombre había apartado un par de mesas que tenía en frente suya y se dirigía a cruzar la calle en dirección a su objetivo, que seguía probando suerte con los telefonillos. Nuestra investigadora dio la vuelta al escuchar los gritos, entonces todo pareció detenerse en el tiempo: Alicia estaba en mitad de la carretera corriendo hacia ella con la mano tendida, a unos metros se situaba un hombre al que reconoció en aquel mismo instante. Lo cierto es que, aunque el tiempo pareciera detenerse en las retinas de Sara, no se detuvo ni tampoco la vieja furgoneta que arrojó a Alicia pasándole por encima y destrozándole el cuerpo. Murió dejando un cadáver irreconocible. El hombre, que se había visto obligado a detenerse para no ser atropellado también, clavó sus ojos en los ojos de Sara y esta, sin perder un segundo, empezó a correr calle abajo.

El corazón le latía a tal velocidad que parecía que un millar de caballos desbocados corrían dentro de su pecho. No tenía ni idea de hacía donde huía ni a que distancia estaba su perseguidor, pero estaba segura de que sus pulmones no le iban a responder por mucho más. La mochila que tenía adosada a la espalda le pesaba varias toneladas, no obstante, llevaba ahí todos los documentos del caso y desprenderse de ella no era algo que estuviese dispuesto hacer. No sabía cuánto llevaba huyendo, quizás toda una vida. La gente que la veía correr pensaba que estaba loca por el gesto de pánico que los músculos de la cara habían dibujado en su rostro. Cuando ya no pudo más, se lanzó debajo de un todoterreno que había aparcado en un callejón con la esperanza de que el hombre del partido le perdiese la pista. Pasó los minutos bajo el coche con los pantalones rotos, sangrando por las rodillas, llena de la grasa y de la suciedad de los bajos del vehículo. Allí pasaron los minutos y nada más. Nadie cruzó aquella solitaria acera, salvo una vecina que estaba sacando a su perro y que no se percató de que había alguien escondido a su

lado. Perdió la cuenta del tiempo que estuvo escondida, llorando en silencio, apretando los nudillos y golpeando de rabia el asfalto. En la vida siempre hay que elegir, no hay opción buena y opción mala, cada posibilidad debe ser puesta en valor según las consecuencias inherentes a su elección. Sara pudo haber desaparecido con el que iba a ser padre de su hijo, amanecer cada día entre besos y abrazos, vivir en la tranquilidad de la rutina, pero no, eligió acabar lo que había empezado aquella mañana en la que supo del tiroteo de Mateo Rosas, eligió cargar contra molinos que resultaron ser gigantes. Ahora, con la certeza de que no habría una segunda oportunidad, se volvía a encontrar derrotada. Ellos sabían que no había abandonado el intento de sacar a la luz la historia y eso era algo que no podían permitir.

Desde su escondite escribió con el móvil la que, pasase lo que pasase, quería que fuera su última actualización del blog: «A vosotros que habéis seguido mi trabajo durante estos años. Esta será mi última entrada pase lo que pase hoy. Acabo de ver como mataban a mi amiga cuando intentábamos avisar al poeta Mateo Rosas de la conspiración. No puedo más, ya no quiero seguir en la trinchera. En el anterior post tenéis toda la historia, está en vuestras manos difundirla. Sois la última esperanza de la verdad. Sinceramente vuestra, Sara». El blog se había mantenido en *stand by* desde el encuentro con Julia Vázquez en el acto del partido, así que muchos de sus seguidores habían dejado de estar atentos a las actualizaciones. Aun así, la historia empezó a correr por internet siendo compartida por decenas de personas en menos de media hora. A pesar de su rápida expansión, no dejaba de ser otra historia más en las entrañas de las redes sociales porque, aunque fuera muy goloso armar un escándalo con esta información a varios días de las elecciones, el relato presentaba muchas lagunas: la autora no concretaba como había obtenido la información del origen del complot, tampoco había desvelado el nombre de la supuesta testigo ni aclarado dónde ni cómo obtuvo la fotografía que probaba la relación entre Vázquez y el tirador. Así que aquel texto se perdió en el infinito de internet pese a que terminó siendo compartido más de mil veces. Te vas a preguntar por qué Sara no informó de todo esto a su novio, el abogado. La respuesta es fácil: lo que había sido su vida hasta ahora no era lo que ella quería para su futuro. Por lo tanto, no iba a permitir que el pasado contaminase su nuevo proyecto de vida. Solamente quería acabar con su última investigación y olvidar esa ficticia notoriedad que le había dado el mundo virtual. Si avisaba a su pareja, aquello la perseguiría para siempre.

Salió de su escondite con los vaqueros ensangrentados, tenía la cara negra de suciedad, parecía como si no se hubiera duchado en varios meses y olía precisamente a eso. Anduvo sin saber dónde estaba ni a dónde iba. Intentó parar a varios transeúntes, pero ninguno se detuvo porque pensaban que iba drogada, borracha o ambas cosas. Estaba anocheciendo y su teléfono se había quedado sin batería. Se sentó en la acera, agotada, derrotada, pero con una rabia interior que le estaba hirviendo la sangre. Había quemado sus naves, solo había un camino para salir viva de esta y este pasaba por llegar hasta casa de Mateo Rosas y contarle todo. Su principal problema era que estaba perdida en una zona de la ciudad que no conocía y no tenía manera de orientarse, así que intentó recordar que recorrido había hecho en la huida. Al cabo de media hora se encontró de nuevo en la calle del poeta. La luz tenue de las farolas, que acaban de despertarse de su letargo diurno, iluminaba el asfalto que había sido cubierto de serrín. Sara sintió cómo todo lo que llevaba en el estómago se revolvía, se quedó helada al ver donde había sido atropellada su amiga. Totalmente fuera de control, se puso a mirar a un lado y a otro para ver si alguien seguía vigilando la calle. Ya le daba igual todo: la investigación, su futuro, su pasado... solo quería inmolarse contra el enemigo, fuese quién fuese. El gigante del partido la vio y se bajó de un coche que estaba a unos pocos metros de la puerta del edificio del poeta. Sara arrojó la mochila lejos de ella y corrió contra él. El matón medía cerca de dos metros y podía pesar casi tres veces lo que pesaba

su contrincante, por ello le sorprendió que Sara, tan menuda, se lanzase a su encuentro y no fuera él que tuviera que volver a correr tras ella. El principal problema que se le presentaba al hombre del partido es que, a pesar de ser de noche, aún era temprano y un cruce de gritos podría alertar a los vecinos de que algo estaba sucediendo en la calle. Cuando David llegó a Goliat, este usó uno de sus brazos para anular a su oponente y el otro para localizar el móvil de Sara y tirarlo lo más lejos posible. Luego, asegurándose que ningún curioso hubiera visto la escena, abrió el maletero y arrojó a su presa dentro.

Tras una hora en la que el coche no se detuvo, el maletero se abrió. Sara, exhausta después de haber intentado romper la puerta a golpes, casi no pudo oponer resistencia cuando el matón la sacó en peso con sus enormes brazos. Estaban en algún viejo polígono industrial abandonado, se habían detenido en un callejón entre dos naves ruinosas. El suelo estaba lleno de cristales rotos que habían caído de las ventanas que estaban sobre él y de muchos folletines publicitarios que el viento había arrinconado ahí. El gigante se quitó su chaqueta y la dejó en el asiento del copiloto. A varios metros de él, Sara se apoyaba torpemente en una de las paredes. Temblaba de miedo, buscaba desesperadamente algún resquicio por donde poder huir.

— ¿Sabes por qué estamos aquí?

— Hijo de puta... Si yo no vuelvo, hay una persona que publicará toda la información que tenemos.

— Te voy a ser sincero, hay muy poco más que puedas publicar. Lo sabes casi todo de lo que ya pasó, lo que vengo a evitar es que jodas el futuro. Pensábamos que no ibas a dar más por culo, ya celebrábamos no tener que mancharnos más las manos, pero por si acaso nos aseguramos de que el poeta no se quedara solo por si eras tan gilipollas de volver y, ya ves, sí que lo has sido... ¿no podías quedarte en tu puta casa?, ¿crees que a mí me gusta hacer este tipo de cosa? ¿y a mujeres? Mira, las elecciones son dentro de cuatro días, tú me dices quién de nosotros te filtró la información, y yo te dejo en tu piso para que ambos nos olvidemos de toda esta mierda.

— Habéis matado a mi amiga —respondió Sara sollozando.

— Tu amiga debería saber que las carreteras se cruzan por el paso de peatones, yo no la obligué a lanzarse sobre aquella furgona.

— Cabrón de mierda.

— Estoy siendo corté contigo, pero te voy a tener que enseñar educación.

Después de decir esto, el matón se quitó el cinturón del pantalón y comenzó a darle con él a Sara. Tras varios golpes que la dejaron encogida en el suelo, el agresor se detuvo y, levantándola en peso, la puso de pie. La hebilla había golpeado su ceja en el primer latigazo, lo que le provocó una herida que sangraba abundantemente.

— No hay razón para esto, venga, dime cómo cojones has sabido toda la puta historia.

La respuesta de Sara fue escupirle en la cara, lo que enfureció al matón. Este le dio un puñetazo que la hizo volar varios metros y la dejó sin tres dientes de la mandíbula inferior.

— Pensaba que me la ibas a chupar antes de volverme a casa, pero tal y como te ha quedado la boca me da asco meterla ahí. Al decir esto el hombre del partido la volvió a levantar y, con una mano agarrándola de la garganta, la estampó contra el muro de una nave.

— ¿Sientes cómo te va crujiendo la tráquea? Hacemos una cosa, si quieres hablar levanta alguna de esas manitas con las que inútilmente estas intentado soltarte.

Pero Sara no levantó ninguna mano, tenía las dos agarradas al brazo que la estaba estrangulando. El matón la soltó cuando ya tenía el rostro azul y los ojos desencajados. Cayó como un peso muerto al suelo. Tirándole del pelo, la arrastró a mitad del callejón y se puso sobre ella. De un bolsillo sacó una navaja y colocó la punta en su ombligo.

— Mira niña, me estoy cansando. Dime ahora mismo de donde sacaste la información o empiezo agujerearte todo el cuerpo. Sara estaba sin aire y no podía más que aullar clamando para que esa navaja no le tocara el vientre. Lentamente, muy sutilmente, el acero fue entrando a la vez que los ojos de Sara se llenaban de lágrimas. Solo lamentó la primera puñalada, las dos siguientes ya no tenían sentido.

— Acabemos ya con esto, no creas que estoy disfrutando. Dime quién cojones te ha contado todo y pongo fin al dolor.

Sara dejó de mirar a la cara a su agresor y desvió la vista hacia el cielo que estaba lleno de estrellas, empezaba a sentir como las fuerzas se le iban con la sangre que emanaban sus heridas. De repente, justo detrás del matón que estaba sobre ella, vio a tres enormes ángeles negros, ataviados con viejas togas sucias, riendo a carcajadas con sus rostros cadavéricos y sus colmillos afilados. La visión fue interrumpida cuando el hombre del partido le acercó la cara con la intención de susurrarle algo. Sara notó los cristales rotos debajo de ella y, cogiendo uno, lo apuñaló en el cuello en ese justo momento. Mientras el matón acaba de ser condenado a muerte y se revolvía en el suelo como intentando revertir su destino, ella miraba a las estrellas. «Qué bonita está la noche» dijo con un hilillo de voz antes de expirar su último aliento.

XIII CIELO

El subinspector Aranda observó atónito la escena, le llamaba la atención la violencia con la que se había producido. No era habitual ver un asalto como este en una ciudad como la suya, que por lo general desarrollaba su día a día de manera tranquila.

— ¿Crimen organizado? —preguntó el agente Castro, el cual acababa de ingresar en el cuerpo y había sido endosado al subinspector como compañero la semana anterior.

— A saber. En realidad... no creo, esa gente no quiere llamar la atención y aquí solo falta el puto Spielberg rodando un documental. Y así era, la calle estaba llena de estaciones portátiles de los medios de comunicación desplazados hasta allí. El hecho de que la tiroteada fuera una cara visible de un partido con grandes posibilidades de llegar al gobierno había provocado que el asesinato se transformase en un circo mediático.

Aranda estaba a unos días de cumplir los sesenta y dos años, hacía trece que se había divorciado de una mujer que se quedó con la custodia de su hija recién nacida y que, por si fuera poco, tardó apenas cuatro meses en contraer nupcias con un vecino del edificio. El subinspector no era precisamente un hombre alegre y no se molestaba en disimular su carácter agrio. Su vida consistía en despertarse, ir a trabajar, a veces acompañarse de alguna puta, y dormir. Con cierta periodicidad irregular solía ir a ver a Rocío, su hija, su única razón para sonreír. A pesar de su mal carácter, era un tipo bastante estimado entre sus compañeros de trabajo, supongo que la gente ve cierta ternura en los desdichados. Aranda odiaba su oficio y sentía total animadversión hacia sus iguales. Había entrado en el cuerpo por tradición familiar y lo cierto es que lo hizo de buena gana, fue la vida la que provocó el odio a su profesión y a todo lo que ella representaba. En realidad, no fue por nada concreto, más bien se debió a un cúmulo de situaciones que lo hastiaron hasta llevarlo a su estado actual.

Cuando el subinspector llegó a la escena del crimen era el agente de más rango, por lo que tuvo que coordinar a seis policías que no sabían si vigilar el lugar para que no se alterasen las pruebas o si ir en busca del tirador. Aquello fue un caos: la prensa había llegado antes que las autoridades y había invadido la zona, eran demasiados para ser controlados por tan pocos efectivos policiales. Además, los miembros del partido que estaban presentes no dejaban de jalear a los periodistas e increpar a la policía. Para más inri, no había posibilidad de solicitar refuerzos inmediatos debido a que una hora antes se había declarado un incendio en un edificio residencial y se habían destinado a socorrerlo a casi todos los agentes de guardia. Fue imposible sacar algo concluyente de una escena contaminada; tampoco consiguieron tener una descripción en condiciones del asaltante, el cual, por lo que a ellos respectaba, podía estar ya cenando tranquilamente en la otra punta de la ciudad.

Aquel caos hizo que a la tarde siguiente Aranda fuera citado en el despacho de su superior. Tras una fuerte reprimenda, este le dio el expediente de un sujeto que había estado internado hace dos años en un centro psiquiátrico. El individuo fue encerrado por masturbarse de manera repetida en la entrada de varios colegios. Según el inspector jefe, todas las pistas y pesquisas llevaban a pensar que aquel hombre era el asesino. Aranda expuso sus dudas, pero el superior zanjó el asunto recriminándole que varios testigos habían situado al sospechoso por la zona en la noche de autos y que, en todo caso, no había indicios para investigar en otra dirección. Una hora después, Aranda volvió al despacho del inspector para avisar de que una cadena de televisión había reproducido un video de seguridad de un cajero automático cercano al lugar del crimen. En él se apreciaba a

un hombre aparentemente armado correr en sentido contrario a donde se produjo el tiroteo. A juicio del subinspector, este individuo no se asemejaba al actual sospechoso. El inspector jefe — veinte años más joven que su subordinado— alegó gritando que el comisario había dicho que el sospechoso era ese y que no iban a cambiar de parecer por un video de seguridad donde apenas se veía nada. Aquello era verdad, la grabación recogía fugazmente la figura del tirador y la calidad de la imagen dejaba mucho que desear. Si Alicia lo había reconocido era más por la ropa que llevaba que por la propia cara, que en el video apenas era un amasijo de píxeles mal encajados. La investigación estaba apuntando maneras para ser otro quebradero de cabeza para Agustín Aranda. En una semana no habían avanzado nada: el único superviviente, en coma; los testigos, no habían visto nada reseñable; balística, el arma no estaba registrada; el principal sospechoso, un maniaco sexual del que no constaba ningún episodio de violencia. En cualquier caso, debían empezar por este ya que, a fin de cuentas, no tenían ninguna otra cosa por donde comenzar. La pareja de policías se personó en el domicilio del sospechoso. Hasta lo que sabían vivía con la madre en un apartamento de un barrio obrero de la periferia. La mujer, una anciana de ochenta y cinco años y unas enormes gafas de culo de botella, les abrió la puerta llorando. La casa era un cuchitril lleno de imágenes de santos y unas cuantas cruces que le daban un aspecto siniestro. El inmueble olía a mierda de gato, por lo que ambos dedujeron que tenía que haber un animal en algún lugar, lo que no sabían era si la criatura estaba viva o muerta. La anciana les ofreció café, pero apestando como apestaba y viendo la higiene del piso denegaron cortésmente la propuesta. La pobre mujer les contó que no había visto a su hijo desde la mañana siguiente al tiroteo y que la noche del asesinato, como todas las noches, él estaba con ella. Insistía de manera desesperada en que lo habían secuestrado o algo peor. Aranda le cuestionó el hecho de que estuviera tan segura de la inocencia de alguien que había sido detenido siete veces por exhibicionismo y por haberse masturbado en frente de menores. La anciana, entre lágrimas, le contestó: «Mi hijo estaba conmigo cuando mataron a la pobre muchacha. No les miento, mi hijo es especial, no le haría daño a nadie. Miren, hace ya cuarenta años mi marido tuvo un accidente de coche. Iba con él, con Mario, mi hijo. Mi marido falleció y Mario quedó muy mal. Los médicos me dijeron que viviría con una edad mental de ocho años toda la vida. Él no tiene maldad ninguna».

Los dos policías abandonaron el inmueble a los pocos minutos. El subinspector estaba convencido de que el hijo de aquella señora era, de tener algo que ver en el asunto, más víctima que culpable. Al llegar a la comisaría revisó las declaraciones de los testigos, le llamó la atención que toda la cúpula regional de aquel partido estuviera reunida en un pub abandonado de la mano de Dios para ir a escuchar un recital de un literato cuya única relación con el partido era acostarse con una de sus miembros. Al investigar un poco por internet sobre quién era ese tal Mateo Rosas encontró un par de entrevistas en el que hacía hincapié en la negativa a apoyar a la causa de su pareja. —Qué cosas tiene la vida. En coma y viudo por una guerra que no era la suya— pensó Aranda. Aunque el principal sospechoso no tuviera relación con ninguna agrupación política, lo más coherente era pensar que el tiroteo había sido originado por una cuestión ideológica, ya que ninguna de las dos víctimas tenía antecedentes ni ningún negocio oscuro que se supiera. Pero pensar aquello era suponer que había sucedido algo anómalo. La gente ya no se mata por sus ideas, o no por lo menos en esta ciudad y en este momento, y las anomalías —a juicio de Aranda— eran extrañas y, por lo tanto, poco frecuentes.

Aquella tarde abandonó la comisaría sobre las ocho, había oscurecido ya y un frío violento se había apoderado de las calles. Aunque su relación con su exmujer era simple y llanamente protocolaria, esta le permitía ir a ver a su hija cuando quisiera y sin necesidad de avisar, a fin de cuentas, fue su sueldo el que pagó la casa donde ahora vivía ella. Para el subinspector había solo

dos mujeres en su vida, una era su hija Rocío y la otra era Juana, dominicana y prostituta (que llevaba diciendo que tenía veintiún años desde que la conoció hacía ya una década). Al llegar a su ex casa y llamar al timbre le abrió Miguel, sí, el que había ocupado su lugar a los pocos meses del divorcio. Se saludaron de manera seca y a los segundos apareció la pequeña Rocío corriendo para abrazar a su padre. Miguel le ofreció quedarse a cenar —era una pregunta retórica, sabía que el subinspector siempre rechazaba ese tipo de invitaciones por puro orgullo— a lo que Aranda respondió dándole las gracias, incidiendo en que solo quería ver a su hija antes de volver a casa. Se metieron en el dormitorio de Rocío y esta le enseñó las tareas del colegio y le habló de cómo le había ido últimamente, ya que no se veían desde hacía quince días. Le preguntó si estaba trabajando en algún caso «guay» y su padre respondió que «solo en cosas feas». «He visto por la tele la que ha liado con lo de la política esa. ¿Llevas tú el caso, papá?, ¿llevas tú el caso, papá?». Cada vez que se veían ella le preguntaba por su trabajo, el hecho de que su padre fuera policía le parecía admirable, entre otras cosas porque le encantaban las películas de Hollywood y se imaginaba al subinspector Aranda saltando de tejado a tejado, esquivando balas y desmantelando grandes empresas criminales. En honor a la verdad, la figura de su padre, con barriga descuidada y un bigote mal recortado, no se parecía mucho al típico policía americano que la industria cinematográfica suele mostrar, pero a ella le daba igual, su padre era un «súper poli». Este sentimiento llenaba de orgullo a Aranda por lo que, cuando era posible, le contaba las historias que le habían sucedido últimamente.

— Sí lo llevo, pero no hay mucho que contar, ya vamos a coger al malo. Vamos tras la pista de un hombre que no está bien de la cabeza.

— ¡No, Papá! Ha sido el partido de ella, que lo he leído en internet.

— En internet se dicen muchas cosas, cariño.

La pequeña Rocío le contó lo que había leído hace unos días en el blog «Lo que la ciudad calla» del que, como buena adolescente, era una gran seguidora. A su padre aquello le pareció descabellado, pero, por los argumentos que había usado su hija, la autora o tenía mucha imaginación o sabía algo que no sabían ellos. Se hubiera interesado más por aquello sino fuera porque, al abrir el portátil de su hija, comprobaron que había desaparecido la polémica entrada. Esa noche se vio con la dominicana y se fue a dormir esperando que lo poco que le quedaba para la jubilación pasase lo antes posible. Luego —pensaba— se buscaría algún hobby y se dedicaría enteramente a él. Entre sus futuribles planes estaba el de invertir algunos ahorros que tenía en irse a la costa a tomar el sol como un lagarto hasta que dejase este mundo. Dormir imaginándose un futuro nunca fue un problema para Aranda, el problema era el presente, el problema era el pasado. Durante los siguientes días la investigación se estancó. Se mantuvo oficialmente al sospechoso inicial, llamado Mario Rodríguez, como autor del tiroteo. Los superiores del subinspector querían dar el caso por cerrado lo antes posibles ya que, en su opinión, no había motivos de peso para focalizar los recursos policiales en investigar a otra persona. El tal Mario Rodríguez llevaba desaparecido desde el día después de la noche de autos por lo que, teniendo en cuenta que era un hombre de cincuenta y cinco años con la edad mental de un chico de ocho, Aranda pensaba que era obvio que alguien lo había ocultado. Faltaba por saber si era de manera voluntaria, o no. Encima, a la mañana siguiente del asesinato de la joven política, un compañero de la comisaría había tenido un «accidente» al limpiar el arma. Desde entonces el ambiente de la comisaría se había vuelto más lúgubre. Al salir del trabajo uno de los primeros días de aquellas semanas, vio al agente que estaba haciendo guardia en la puerta discutir con una joven con un ramo de flores, lo que le llamó la atención. Se detuvo al fijarse en su cara, la conocía de algo y no sabía de qué. Pensó que quizás se estaría equivocando y continuó su camino a casa.

El inspector jefe ordenó cerrar el caso como resuelto tras pasar varios meses sin que hubiera novedades, lo que provocó las quejas (ignoradas) de su subordinado. Para Aranda era evidente que el principal sospechoso no debía ser el principal sospecho, ya que Mario Rodríguez tenía coartada y un perfil mental no compatible con la violencia premeditada. Después, varios casos se sucedieron, pero ninguno fue de especial relevancia ni digno de contar en estas páginas. El tiempo se fue entre irrelevantes detenciones y batidos de chocolate que compartía con su hija. En cierta manera, él estaba contento porque cada vez quedaba menos para su retiro en alguna playa desierta lejos de todo el ruido de la civilización. Soñaba con llevar bañador a todas horas y abandonar el agua para siempre, pensaba sobrevivir únicamente de mojitos. Incluso, si los ahorros le llegaban, le iba a proponer a Jacinta, su dominicana particular, que se casara con él y se fueran a vivir juntos a la costa.

Fue durante una madrugada preveraniega, a pocas horas de la jornada electoral, cuando el teléfono de Aranda sonó reclamando su presencia. Maldijo todo lo maldecible, apenas quedaban veinte minutos para que acabase su guardia y ya tenía los oídos al rojo vivo de aguantar la intrascendental conversación del agente Castro. Tardaron casi dos horas en llegar al lugar del aviso porque no encontraban el dichoso polígono que estaba a las afueras de la ciudad. Por lo que le habían dicho, una pareja en busca de un poco de intimidad se había adentrado en aquella zona industrial desmantelada y, al pasar con su coche, se habían fijado en un automóvil con el maletero abierto que estaba al lado de un callejón. Se acercaron por curiosidad y vieron dos cuerpos en el suelo.

Cuando llegaron a la escena del crimen, los dos agentes que habían acudido a la primera llamada aún estaban tomando declaración a la pareja. Al bajar del coche, Castro se acercó a escuchar el informe de sus compañeros, y Aranda fue a ver los cadáveres. El primero era el de un hombre adulto de gran tamaño y una incisión profunda en el cuello. El segundo era el de una joven con evidentes síntomas de haber recibido una paliza y varias puñaladas en el vientre. Una gran mancha de sangre seca en el suelo indicaba que allí se habían desangrado los dos. El hedor era insoportable, los cuerpos llevaban en el callejón por los menos cinco días —según el cálculo de Aranda— y las ratas ya habían empezado a alimentarse de ellos. Le llamó la atención que el cadáver del varón aún mantuviese el rostro de haber agonizando intentado evitar lo inevitable, a diferencia del de ella, que parecía haber muerto en paz a pesar del evidente dolor que tuvo que sufrir. La cara de la chica tenía los ojos medio cerrados, una ceja rota y la boca abierta —le faltaban varias piezas dentales— y aun así transmitía serenidad.

Al acercarse a su superior para darle el informe de la situación, el agente Castro tuvo que salir corriendo para vomitar junto al coche patrulla. La pestilencia de los cuerpos en descomposición junto al propio mal olor que provenía de las naves industriales abandonadas le habían provocado náuseas. Al incorporarse comunicó a Aranda el nombre del varón muerto. Aquel hombre carecía de antecedentes y, según figuraba en los datos que tenían en comisaría, trabajaba de administrativo para uno de los nuevos partidos políticos. «No tiene mucha pinta de administrativo, la verdad» dijo con sorna el subinspector. Castro continuó con el nombre de ella, que tampoco tenía antecedentes, pero sí una denuncia por desaparición interpuesta hacía unas horas.

— Pues aparecer ha aparecido... perdón, hay cosas que o te la tomas con un mínimo de humor o te terminan afectando a ti. Esa chica podría ser mi hija dentro de unos años. ¿Cómo has dicho que se llama?

— Sara Duque González. ¿Le suena de algo?

— No, creo que no. De todas formas, la cara está prácticamente irreconocible.

— ¿Qué cree que ha pasado aquí?

— Algo inesperado, seguro. Él la trajo aquí, no sabemos si contra su voluntad, y se enzarzó con ella. Lo que parece evidente es que él no esperaba que el último de golpe lo fuera a dar ella directo a su cuello. Así es la vida.

— Tienen suerte los del partido. En una hora abren los colegios electorales, la prensa no podrá hacer sangre de esto.

Las últimas palabras del agente Castro provocaron que algo se iluminase dentro de la cabeza de Aranda, que buscó en su bolsillo el teléfono móvil para llamar a su hija. «Cariño, sé que estabas durmiendo, pero necesito que le digas a papá como se llama el sitio de internet que me quisiste enseñar cuando hablamos del tiroteo en el que murió la política esa». En cuanto supo el nombre colgó sin despedirse y abrió el navegador para entrar en la web. Durante unos minutos se quedó callado leyendo la entrada que hablaba del caso. Entretanto, Castro miraba al suelo sin entender nada, no quería interrumpir a su superior. El subinspector Aranda se agachó y se quedó mirando la cara deformada del cadáver por si era capaz de compararla con la de la fotografía de la cabecera del blog. Al recuperar la verticalidad suspiró, se santiguó y le pidió a su subalterno que solicitara al juez dos autorizaciones: una para ver las llamadas realizadas, recibidas y los SMS del teléfono de Julia Vázquez la noche del asalto a Marta Rivas y la otra para conocer los movimientos de cuentas del agente Luis Martín Palencia. «Localízame también dónde vive Mateo Rosas, el superviviente del tiroteo» «¿Cree que esto está conectado con aquello?» «Lo que es seguro es que hoy va a ser un día muy largo».

XIV CIELO

Llegaron a la calle Valparaíso a las once en punto de la mañana. No se habían detenido desde que dejaron el polígono a pesar de que sus cuerpos les pedían a gritos, y de manera urgente, el cuarto café desde que empezaron la guardia hacía ya once horas. Pulsaron el telefonillo de manera continuada durante un minuto, pero no obtuvieron respuesta. En aquel momento abrió la puerta del portal un vecino que se dirigía a su colegio electoral correspondiente. El subinspector aprovechó para preguntarle por el paradero de Mateo Rosas, a lo que el vecino contestó que el poeta no solía abandonar el inmueble y que probasen a subir a su piso. Eso hicieron y, al llegar al apartamento, vieron que la puerta estaba encajada, así que llamaron. Primero golpearon la madera con los nudillos, luego probaron con el timbre y, posteriormente y ante la ausencia de respuesta, combinaron ambos métodos con gritos. Mientras Aranda vociferaba intentando conseguir permiso para entrar, Castro se fijó en el suelo:

— Subinspector... subinspector...

— ¿Qué cojones quieres, Castro?

— Mire el suelo —Había varias pisadas marcadas con lo que parecía sangre seca desde la puerta del piso que lindaba con el de Mateo Rosas hasta la de este. Eran huellas de pies descalzos que salían de aquella casa para entrar en la del poeta. — Cojones, puto día. Saca tu arma y prepárate.

— Subinspector... me la he dejado en la guantera del coche.

— ¿Eres gilipollas, Castro? —le gritó en voz baja y con un tono homicida el subinspector. Luego, le hizo un gesto con la mano para que se echara a un lado y gritó «¡Policía!» al tiempo que abrió la puerta de una patada y entró pistola en mano.

La escena podía emular a «La Piedad» si se intercambiaban los papeles. En el suelo, con la espalda apoyada en la pared, yacía el cadáver de Mateo Rosas con la cabeza inclinada hacia abajo. Sus brazos sujetaban otro cadáver que estaba recaído sobre él suyo. Era una chica que llevaba un viejo pijama que estaba ensangrentado. Al lado de ellos un bote abierto de pastillas de morfina terminaba de decorar el cuadro.

«Castro, avisa a la central, pide alguna unidad que se encargue de esto y solicita al juez otra orden para abrir el domicilio de donde salen las huellas» «Enseguida, jefe. El juez de guardia lo tiene que estar flipando». En el rato que Castro estuvo haciendo los requerimientos, Aranda se dio una vuelta por el apartamento y se percató de una mochila abierta sobre la mesa. Junto a ella encontró dos sobres manilas abiertos. En el interior del que ponía «Blog» había diversos documentos que coincidían con lo que había leído horas antes en «Lo que la ciudad calla». Al lado de este sobre había otro que tenía escrito en rotulador «Informe de la investigación». En él se daban todos los detalles que se omitían en el anterior documento: quién era el testigo que había identificado al agente Martín como el tirador y que lo había visto ser obligado a entrar en un coche perdiendo el móvil en el forcejeo; cómo se habían allanado la casa del policía y su vehículo; la historia de la fotografía y el encuentro con Julia Vázquez. —¿Qué cojones está pasando aquí?— pensó el subinspector antes de llamar a gritos a su subalterno y pedirle que preguntara a la central por cuantas Alicia Vera Gutiérrez había en la ciudad. Tras realizar las pesquisas pertinentes por la radio del coche, este volvió para comunicarle la respuesta «Una. Hasta hace seis días dos, la que ha muerto fue atropellada mortalmente en esta calle» «Dios. Vuelve a hablar con el juez de guardia y solicita una orden de detención contra Julia Vázquez. Búscame ya al comisario o al inspector jefe, me da igual que estén en misa, en la playa, o en dónde sea... esto se nos está yendo

de las manos».

La espera se hizo eterna. A pesar del calor que hacía fuera del inmueble, los dos policías estaban helados. Dos horas después del aviso, el inspector jefe hizo acto de presencia acompañado de cuatro agentes.

— ¿Dónde está el juez y el forense? —exclamó Aranda al ver a sus compañeros llegar.

— Están de camino —le replicó su superior antes de engancharlo de las mangas y alejarlo del grupo.

— ¿Sabes que hoy es domingo y no tenía guardia? No solo me jodes sacándome de la cama, ahora descubro que has entrado por la fuerza en un domicilio sin autorización judicial y, encima, aquí hay dos cadáveres.

— Señor, había evidencias claras de que había sucedido un crimen violento. Además, la puerta estaba abierta.

— ¿Y qué cojones es eso de pedir una orden de arresto contra un cargo de un partido político en pleno día de elecciones? ¿Está loco, Aranda? ¿Qué quieres? ¿Que nos cesen a los dos? He anulado la solicitud de la orden.

Discutieron durante unos minutos en los que el subinspector le enseñó a su superior los documentos que habían encontrado, le contó la historia del blog y la de los cuerpos que habían hallado en el polígono industrial.

— Mire, supongamos que por un momento le doy la razón. El juez no admitirá la mitad de las pruebas por cómo han sido conseguidas y encima, por si fuera poco, la supuesta testigo clave ha fallecido. ¿De verdad que quiere complicarse la vida?

— Como usted dice, supongamos que tengo razón por un momento. Eso supondría que uno de nuestros agentes mató a una persona e hirió gravemente a otra, luego alguien asesinó a ese agente. Hay, además, un empleado del partido implicado que ha aparecido muerto al lado del cadáver de la chica que ha destapado todo esto. No hay que ser Sherlock Holmes para contemplar la escena del crimen y deducir que fue él quien asesinó a la muchacha. Y por si eso no fuera suficiente, hay un atropello delante la puerta de esta casa que se salda con la muerte de la única testigo del caso. ¿Quiere saber lo que yo pienso? Que la chica y la testigo vinieron a hablar con Mateo Rosas para contarle toda la verdad sobre el asunto y que supiera que lo habían estado utilizando desde el principio. Tras enterarse, este se suicidó y a ellas las mataron.

— ¿Y quién cojones es la chica en pijama que está sobre él?

— Su vecina, con la que tendría algún tipo de relación, obviamente. Y le digo más. Cuando el juez nos autorice a abrir la puerta del domicilio vecino, vamos a encontrar más cadáveres, pero serán irrelevantes para el caso.

Y así fue, en menos de una hora se personó allí el juez de guardia y el forense. Al abrir la puerta encontraron al tío de Sofía con un cuchillo de cocina clavado en la espalda, donde se apreciaban hasta veintitrés cuchilladas. El inspector jefe, bastante alterado y con muestras de estar al borde de un ataque de ansiedad, iba de un lado para otro del piso, gritaba al subalterno de turno, miraba el móvil, volvía a gritar a otro subalterno. Aranda, en cambio, se limitó a rellenar el atestado a la espera de que su superior diera órdenes de cómo proceder a continuación. El cansancio le estaba empezando a pasar factura, pensó en inclinarse sobre el sofá del salón, ponerse las gafas de sol y, quién sabe, quizás pensaran que estaba simplemente reposando las piernas, cuando en realidad dormía un poco. Renunció a la idea para no darle al inspector jefe otro motivo para gritarle.

A las tres y cinco minutos retiraron los cuerpos y el personal no policial abandonó con ellos el inmueble. Estaban recogiendo el equipo cuando el subinspector Aranda se dirigió a su superior:

— Señor, tenemos indicios suficientes para proceder.

— Nadie va proceder a nada. Para mí, aquí solo hay una historia a lo Romeo y Julieta, con la diferencia de que esta Julieta decidió quitarse del medio a su tutor. Y la chica del polígono es claramente una víctima de un agresor sexual no fichado. Lo demás, ahora mismo, son conjeturas.

— Señor, si no actuamos hoy habrán conseguido su objetivo. Dará igual que los procesemos en un futuro, habrán logrado un rédito político conseguido con sangre.

— La política funciona así, Aranda, que pareces un novato. Todo el mundo se aprovecha de todo el mundo. Si no tenemos un caso formado no nos vamos a implicar, ellos nos destrozarán desde el atril, y luego los medios de comunicación harían trizas nuestros cadáveres profesionales.

— Inspector, dígame que usted cree que todas estas muertes no están conectadas entre ellas y yo me callo, cierro mi boca y me voy con mis viejos huesos a dormir.

— Lo que le digo es que tengo cuarenta y dos años y una larga trayectoria ascendente en el cuerpo... que no quiero joder por meter las narices en algo como esto.

— Entiendo, ya me ha quedado claro todo. No le molesto más, usted es quien manda. Solo una última cosa, durante todo este tiempo hemos sabido que el tirador sabía usar el arma y que claramente tenía planeado el atentado, ¿por qué seguimos acusando a quién sabemos que no ha sido?

— Aranda, la cadena de mando existe por algo: tú cierras la boca porque yo te lo digo, y yo me callo mis opiniones cuando el comisario me ordena algo. Simplemente hay que acatar y no pensar, así nunca hay problemas. Ya es usted veterano, debería haber aprendido esto hace mucho tiempo. El subinspector dejó al agente Castro en su casa y se dirigió a la suya. Durante el trayecto no intercambiaron ninguna palabra, hasta la hiperactiva lengua de Castro estaba agotada. Al entrar en su domicilio, Aranda se sentó en el sofá y cerró los ojos. Podéis pensar que debía estar frustrado por la negligencia de su superior directo o por la aparente mala praxis de su comisario, pero no era nada nuevo. El trabajo policial te hace indiferente, pierdes empatía y esperanza por mejorar el mundo (por eso uno se hace policía, ¿no?). Era cierto que el caso era difícil de defender porque había pruebas claves que no podrían ser admitidas por el poder judicial, pero eso no significaba que todos los argumentos de la acusación no fueran verdad. La realidad social y la judicial son dos concepciones diferentes y no necesariamente complementarias. Todos los pesos pesados de una comisaria tienen influencias, no sería correcto denominarlo corrupción, pero no se toca la punta de la pirámide sin que nadie te empuje hasta la cumbre. Al final, la carrera en el cuerpo de policía no deja de ser como la política: puedes ser el agente más terrible que una buena cadena de relaciones te permitirán situarte en los escalafones superiores. Y en una red de influencias se recibe, pero también se debe proveer. Aranda no le dio muchas más vueltas al asunto, si el comisario tenía sus motivos para mantener a Mario Rodríguez como sospechoso, él no podía hacer mucho más.

Aquella tarde tuvo un sueño que le era recurrente con cierta periodicidad. Se veía en una ciudad desolada, las calles estaban llenas de humo y escombros. Cruzaba una enorme avenida repleta de coches calcinados, a lo lejos se escuchaba el llanto de niños. Él, como si fuera un turista, iba admirando los edificios en ruinas y las aceras llenas de piedras y cristales. El cielo estaba nublado, pero eran nubes de polvo, de un marrón eléctrico, como si en su estómago se gestara una tormenta de arcilla. Al llegar a la plaza central encontró cientos de cuerpos mutilados bajo un gigantesco cartel publicitario que decía «No puedes ganar una batalla que ya ha terminado». A continuación, como cada vez que soñaba el mismo sueño, empezó a buscar entre los cadáveres con la convicción de quien sabe lo que busca, pero él no lo sabía. Allí estaban muertos amigos y familiares que dejaron este mundo hacía mucho. Horrorizado, se alejó caminando hacia un banco de la plaza. Se sentó, se vio preso de unas náuseas que le iban a obligar a vomitar y se fijó que el

cartel había cambiado su enunciado: «Has tomado parte en cien revoluciones y has fracasado en las cien».

Despertó empapado en un sudor frío que le había calado hasta los huesos, aún con arcadas se desplazó del sofá a la cama. Se introdujo entre las sábanas con la ropa puesta. Llevaba casi dos años sin ver un cadáver y, en menos de veinticuatro horas, había visto cinco. No había sido un buen fin de semana. Se acordó de que no había ido a votar, en realidad llevaba veinte años sin ejercer su derecho a voto, más por indiferencia que por mantenerse neutral como agente del Estado. Volvió a dormirse y volvió a soñar. Se encontró en un corredor que se iba estrechando con cada paso que daba, llevaba en la mano una vela que se consumía lentamente, y algo en el suelo crujía cada vez que las suelas de sus zapatos tocaban tierra. Dejó de caminar, se puso de cuclillas y acercó la vela al suelo para iluminar el terreno que estaba atravesando. Una legión de larvas, como si fueran el agua que lleva un río, se paseaban de un lado para otro. Allá donde la escasa luz de la vela llegaba solo se vislumbraban las paredes del pasillo y los gusanos blancos. El subinspector Aranda fue presa de un ataque de pánico y soltó involuntariamente su pequeño foco de iluminación que cayó al suelo sin apagarse.

— Recupera la luz, te va la vida en ello —sugirió una voz que provenía de las penumbras.

— ¿Quién eres y dónde cojones estamos? —contestó Aranda tras coger con asco la vela del suelo.

— Me conoces, soy la chica a la que mataron en aquel callejón —respondió la voz justo antes de acercarse al área iluminada para dejarse ver. Su figura estaba igual de destrozada que como había quedado su cadáver, solo que ahora los gusanos le subían y le bajaban por todas partes—.

Estamos dentro del tiempo.

— ¿He muerto?

— Todavía no.

— ¿Qué quieres de mí? He hecho todo lo que he podido, pero mis superiores no me autorizan a proseguir con la investigación. Tengo las manos atadas —gimió excusándose el policía.

— No quiero nada de ti, yo no te puedo juzgar. Solo vengo a avisarte.

— ¿De qué?

— ¿Sabes dónde termina este pasillo? Acaba en el principio. No hay salida, cada vez que tu luz se apague y no te queden fuerzas, te caerás para volver a levantarte. Una y otra vez tus aciertos y tus errores se irán repitiendo en el exacto lugar donde sucedieron por primera vez.

— No, no, espera, espera, tiene que haber alguna manera de salir de aquí.

La respuesta de la figura espectral fue una sonrisa con una boca rota llena de larvas que se caían al suelo desde sus labios. De golpe, y con una taquicardia que le provocó una sensación de ardor en el pecho, se despertó sobresaltado. Eran las ocho de la tarde, apenas había dormido dos horas. Decidió darse una ducha, vestirse con ropa formal y abandonar su domicilio. Aun estando en la calle, la última pesadilla le seguía atormentando, tanto era así que no consiguió concentrarse para recordar dónde había dejado el coche. Se vio obligado a dar varias vueltas por el barrio hasta que lo halló. Al entrar en el automóvil se puso a llorar. El subinspector Aranda no era mucho de derramar lágrimas, de hecho, no lloraba desde que murió su hermano hacía ya ocho años. Dentro de él se había atrincherado una angustia existencial que le aprisionaba el tórax. Le costaba respirar y empezaba a tener la visión borrosa. Por la cabeza le empezó a suceder, a modo de fogonazos, varias imágenes de su vida: su infancia en el pueblo, la adolescencia en el internado, sus primeros años en el cuerpo, su boda, su hija... y era su hija —concluyó— lo único que había dejado al mundo, lo demás eran una serie de fracasos y mediocridades que no era dignas ni de ser mencionadas. Se había limitado a existir sin ambiciones, y ahora se encontraba frente a frente con la vida y no tenía nada con lo que arremeter contra ella, nada salvo su hija Rocío.

Arrancó el coche y pisó el acelerador. Se dirigió a la sede regional del partido, pero la plaza donde se encontraba estaba repleta de militantes y simpatizantes que, en pleno ambiente festivo, estaban esperando el resultado de las urnas. Aranda tuvo que dejar el automóvil sobre la acera a varias manzanas, era imposible encontrar un puesto donde aparcar. Ya en la plaza, con la placa en la mano y a empujones, se hizo paso hasta la puerta. Los dos vigilantes de seguridad fueron reacios a dejar pasar al subinspector, pero la agresividad de este y su identificación policial le abrieron el camino. El edificio estaba repleto de gente, todo el personal laboral y el político se había congregado dentro, muchos de ellos con sus familiares. Una sala multiusos alojaba un catering y una pantalla enorme que emitía en directo cómo iba el recuento de votos. Bajo la pantalla habían colocado un atril desde el que el presidenciable daría el discurso, el contenido dependía del resultado de las elecciones. El partido había invitado a pasar al interior de la sede a los principales medios de comunicación que, una vez dentro, también disfrutaron de la comida y la música.

El subinspector Aranda tuvo que buscar en el navegador de su teléfono cómo era la cara de Julia Vázquez para poder localizarla entre la multitud. Cuando la halló, estaba hablando con un grupo de personas, reían sin parar, el ambiente era de lo más optimista.

— ¿Señorita Vázquez?

— Sí, ¿le conozco?

— Le he venido a advertir. Lo sé todo. Sé que conspiró para conseguir el apoyo de Mateo Rosas y que eso le costó la vida a Marta Rivas. Sé, y usted quizás no lo sepa aún, que Mateo Rosas murió sabiéndolo todo. Se ha suicidado, y supongo que lo que usted provocó ha influido en su decisión. Hay también dos chicas inocentes muertas. Muertes que, por lo menos una de ellas, van a ser muy fácil atribuir al partido. Se lo digo como ciudadano, porque como policía no puedo hacer nada, pero le juro que como ciudadano pienso acabar con su carrera y la con la de todos los que estuvieran implicados en el asunto. He venido hasta aquí para darme el gusto de joderle esta noche de celebración, porque, de momento, es lo máximo que puedo hacer.

Julia Vázquez mantuvo la compostura durante las palabras de Aranda, no así el grupo que estaba junto a ella. Los presentes se habían sobresaltado y estaban pensando que el subinspector era un desquiciado mental que se había colado en la fiesta. Al acabar de hablar Aranda, Julia Vázquez se desmayó dándose de bruces con el suelo. Entonces empezaron los gritos pidiendo ayuda y la seguridad del edificio no tardó en lanzarse sobre Aranda. A los medios de comunicación les tocó la lotería.

Los titulares al día siguiente dijeron algo así como «Agente fuera de servicio atenta contra militante dentro de la sede del partido». No hubo denuncia, pero a Aranda le costó la expulsión del cuerpo, consiguiendo de golpe su tan ansiada prejubilación.

XV CIELO

Los ventanales del despacho daban a la plaza. Mientras esperaba, pasaba sus pequeños dedos por el cristal y miraba a la calle. Una decena de niños jugaban con un balón sobre un pavimento avejentado. En otro tiempo, aquel lugar había sido una zona repleta de comercios y terrazas de bares y cafeterías, ahora era solo un espacio sin uso, el paraíso de cualquier chaval. El partido, aprovechando los precios bajos de la zona, alquiló un edificio que había sido anteriormente un hostel. Se habían instalado allí hacía un año, por ahora su imperio regional solo abarcaba aquella vieja plaza. Las encuestas les auguraban un buen resultado electoral, pero insuficiente para imponer las profundas reformas que habían prometido tras surgir como un movimiento popular. Julia empezó a trabajar con Emilio Luna cuando ella estaba en la facultad. Había conseguido una beca de colaboración en el departamento en el que él era catedrático y desde entonces, y en distintos proyectos, había seguido siendo su asistente hasta que se postuló como candidato a la presidencia regional. Cuando esto sucedió, él le ofreció abandonar la universidad para seguirle en su carrera presidencialista. Aceptó sin dudarle, era un primer paso para entrar en política, y el sueldo era más que decente (mucho más que lo que ganaba como investigadora). Su trabajo se limitaba a llevarle la agenda y organizar sus eventos y actos. Además, dentro del partido había coincidido con Marta Rivas, excompañera de facultad con la que guardaba una gran amistad. La reunión se concertó a petición de Marta. Todo había surgido unos meses atrás, Emilio Luna había pedido en numerosas ocasiones a esta que hiciera todo lo posible por hacer que su pareja apoyase públicamente al partido. En aquella época, Marta había querido dar un paso más en la relación y le había sugerido sutilmente la posibilidad de casarse o por lo menos vivir juntos, a lo que el poeta, amante de la intimidad y la soledad de su domicilio, había respondido con un rotundo no. No es que alguna de las partes de la pareja no quisiera que la relación avanzara, es que la singularidad de Mateo Rosas lo hacía difícil de tratar y eso fue algo que nunca entendió su compañera. Todo estalló cuando, cenando en un restaurante, le propuso por quinta vez que los ayudase en la próxima campaña electoral y este se volvió a negar (por quinta vez). Luego lo abordó con la cuestión de la boda pensando que no se atrevería a negarle dos peticiones seguidas. La historia del «Yo vengo de una familia muy conservadora, aprueban lo nuestro, pero poco más. Mi sueño es ir algún día de blanco hacia el altar» fue refutada con la del «Si me estás diciendo de casarnos, te digo lo mismo que con el partido: casarme es reconocer la autoridad divina del sacerdote y, oye, me encantaría. Creo que la vida es mucho más fácil cuando le puedes echar la culpa a alguien todopoderoso, pero cada vez que intento crearme el cuento, fracaso». Aquello no es que la pillara de improviso, en realidad conociendo como conocía al poeta sabía que era altamente probable una contestación así. Aguantando las ganas de llorar y de coger el cuchillo para acabar con su pareja, le contrató con la posibilidad de compartir casa. Mateo contestó afirmativamente, pero con un «pero»: lo harían, pero más adelante. A Marta aquello le sonó a mentira piadosa así que, disimulando su malestar con la mejor de sus sonrisas, se acabó la cena sin hablar mucho más. Esa noche no durmieron juntos. Uno acabó leyendo en el sofá, sosteniendo con una mano un vaso de ginebra y con la otra una vieja novela que aún tenía pendiente desde hacía ya más de diez años. La otra terminó en la cama, llorando un mar de lágrimas al mismo tiempo que le contaba a su madre por teléfono su versión de la velada. Se puede decir que la percepción de las consecuencias de lo que había sucedido durante la cena eran muy diferente para ambos: para ella el mundo se acababa, en cambio, para él el mundo seguía girando en la misma

dirección.

Varios días después se le cruzó por la cabeza la posibilidad de que Mateo Rosas no la amase, o por lo menos que no la amase como ella lo amaba a él. Así que, para probar el grado de compromiso de su pareja, se le ocurrió la idea de representar la pantomima de una amenaza de muerte sobre su persona. Pensó que, si él le daba su apoyo tras aquello, significaría que la quería y que entendía lo importante que era para ella su carrera política. Marta les contó la idea en aquella reunión a Emilio Luna y a Julia Vázquez. La primera reacción del candidato fue de negación absoluta. Aunque recapacitó rápidamente al pensar que aquello era un plan sencillo y que, en el peor de los casos, lo único que podía pasar es que Mateo Rosas descubriera la farsa y terminara la relación con Marta. Después de todo, si no los apoyaba públicamente, de nada servía que fuese la pareja de una candidata de sus listas.

Los preparativos se manejaron con total discreción. Los únicos que tenían conocimiento de lo que iba a suceder eran los tres que iniciaron el contubernio, un agente de policía a sueldo y un par de «hombre para todo» de los que disponía el partido. La tarde antes de la «actuación» los tres maquinadores brindaron por la estrategia que les permitiría contar con casi toda seguridad con el apoyo del poeta y, por consiguiente, con los votos que atraería. Estaban convencidos de que el plan era tan simple que nada podía salir mal. El agente Martín había practicado su frase hasta conseguirla decir casi sin tartamudear, y los hombres para todo estaban preparados para estar atentos a que nadie interrumpiera la representación. La madrugada anterior el policía se personó en casa de Julia Vázquez visiblemente nervioso. Quería una foto de Marta Rivas, no había localizado ninguna en Internet y no quería cometer ningún fallo. A la secretaria del candidato Luna no le fue difícil encontrar una para darle, solo tuvo que rebuscar en los cajones de su dormitorio y sacar un viejo sobre lleno de fotografías de la facultad. Lo que le costó más fue conciliar el sueño cuando este se marchó.

La noche de la catástrofe acudió al recital la cúpula del partido regional en pleno. Todos querían ser fotografiados junto al intelectual, y este se dejaba gustar a pesar de su reticencia a apoyar directamente al grupo político. Muchos de los presentes compartían generación con el poeta por lo que, en su juventud, habían conocido la publicación del célebre *Donde no pasan las horas* y la revolución que supuso la nueva poética que presentaba Rosas. Era admirado por ellos como un icono del cambio cultural, ahora venido a menos y casi olvidado por las nuevas generaciones. La velada transcurrió entre el bostezo de aquellos que fueron buscando solo la fotografía, el goce de quien conocía la obra del poeta, y los nervios de los maquinadores que compartían mesa junto al escenario. Tras el recital todos los asistentes se entremezclaron entre sí. El poeta se desplazó a la barra en cuanto pudo, era sin duda la zona en la que se movía con mayor naturalidad.

Cuando la pareja abandonó el local, ya apenas quedaban dentro una decena de personas. Los actores habían tomado posiciones a las afueras a la espera de que la actuación empezara. A pesar de la música, los disparos sonaron como un fuerte estruendo entre las paredes del pub. El corazón de Julia Vázquez empezó a martillar su pecho de manera violenta, los nervios se expandieron por todas las articulaciones del cuerpo congelándole los músculos. Emilio Luna, demostrando experiencia y sangre fría, se posicionó en la puerta y le pidió calma a la gente. No se llega a ser presidenciable regional sin ser un maestro en planes B así que, temiéndose que el plan hubiera acabado con cualquier posible catastrófico resultado, asomó el cabeza justo en el instante que escuchó la colisión entre el autobús y el coche. Al entrar de nuevo en el local dijo haber visto al tirador y lo describió con los rasgos de Mario Rodríguez. Días antes, mientras buscaban un chivo expiatorio por si algo se torcía, uno de los hombres para todo le propuso a su vecino como alguien al que nadie —o casi nadie— echaría de menos. Y así fue.

Tras unos segundos de pánico, los que se habían atrincherado en el pub decidieron salir para asistir a la pareja atacada. Pero no todos, Julia Vázquez se había escondido en los baños con un ataque de ansiedad. Tardó varios minutos en reunir las fuerzas suficientes para abandonar su escondite. Al dejar el aseo se encontró de frente con Emilio Luna, que le enganchó de las mangas y le dijo «La situación está totalmente controlada. Marta ha sufrido un accidente, tú sal ahí y representa el papel de amiga y compañera que no sabe nada de todo esto. Si te preguntan, describe al tirador como lo habíamos acordado». Así fue, Julia Vázquez salió del local, se acercó al coche siniestrado y, cuando vio como había quedado el cuerpo de su amiga, se desmayó y se dio de cabeza contra el suelo. Cuando recobró la consciencia, vio que estaba siendo atendida por un sanitario de una de las muchas ambulancias que habían llegado. El lugar parecía una zona de guerra: la policía había acordonado el perímetro, la prensa tenía sitiado los alrededores, y la gente del partido gritaba a los agentes a la vez que jaleaban a los numerosos medios de comunicación. Sugestionados por las palabras del candidato Luna, casi todos los asistentes afirmaron creer haber visto huir al tirador descrito por este.

En cuanto pudo recuperar la verticalidad se alzó y se alejó del tumulto para llorar. No era solo el sentimiento de culpa lo que le atosigaba, era también la sensación de ocultar ahora un monstruoso secreto que se había solapado a ella y no le dejaba respirar. La posibilidad de ser descubierta y afrontar las consecuencias le estaba revolviendo el estómago. Había pasado toda su vida siendo una persona ejemplar con una trayectoria académica y profesional brillante y ahora, de repente, se veía amenazada por un terrible secreto. En ese momento la cárcel y el descrédito social eran una posibilidad, y aquello la aterraba. Estaba sentada en la acera cuando se percató de que su móvil vibraba. Ella era el enlace con el agente Martín: habían acordado que, una vez que la pantomima hubiera terminado, ambas partes se llamarían para confirmar que todo hubiera finalizado según lo planeado. No contestó, no sabía que decirle, pero el policía no cejó en su intento de comunicarse con ella. Tenía varias llamadas perdidas y unos cuantos SMS en tonos cada vez más amenazantes. Abrumada, decidió buscar a su jefe para que este le dijera como debía actuar ante una situación que la superaba. Lo que sucedió luego ya lo sabéis.

Julia Vázquez empezó a ser tratada y medicada por un psiquiatra tras aquella noche. Su vida se había transformado en un constante incendio donde nada se salvaba de las llamas. Por ello, aprendió a representar un personaje cuando estaba con gente: era la portavoz diplomática, seria pero enormemente carismática. La situación era diferente cuando se encontraba sola, entonces los demonios la perseguían sin darle tregua. Todo le sabía a ceniza y no podía dormir por las pesadillas que la asaltaban cada vez que cerraba los ojos. Su existencia se limitó a representar al personaje, el cadáver de su yo real quedó acechado por miles de gusanos que esperaban su putrefacción. Ella no quería tomar más parte en el asunto, pero era inevitable que conociera cada paso que tomaba Emilio Luna para tapar el rastro que había dejado la fatal torpeza del agente Martín.

Al igual que Marta, ella provenía de una familia conservadora y bastante pudiente. Si había hecho carrera dentro de una agrupación política como la suya era porque la oportunidad surgió y quiso aprovecharla —siempre pensó que los ideales estaban sobrevalorados—. En un acto del partido, que tuvo lugar en una de las barriadas del extrarradio que no había pisado nunca, una chica la quiso entrevistar. Debido a la cercanía de las próximas elecciones la premisa era atender a todos los medios de comunicación, sin importar que este fuese un periódico de tirada nacional o una pequeña revista de barrio, así que aceptó. Se desplazaron a un viejo local cercano para tomarse algo mientras tenía lugar la entrevista. Allí la chica la sorprendió revelándole que sabía todo lo referente a la muerte de su amiga. Era imposible, ella no había confesado nada a nadie, Emilio

Luna tampoco tenía motivos para hacerlo y los dos hombres para todo tenían menos información sobre el asunto de la que la entrevistadora poseía. Aquello se saldó negando la mayor, pero el problema estaba ahí. Cuando le comunicó a su superior lo que había sucedido, este se enfureció, pensó que algún fallo cometido por ella había originado la fuga de información y estuvo una semana sin dirigirle la palabra. Luna avisó a los hombres para todo para que estuviesen atentos y buscasen cualquier tipo de información relacionada con ellos por Internet. Entendía que si la prensa no se había hecho eco de todo esto era porque la historia flaqueaba por algún lado. Aunque no les costó mucho localizar el blog «Lo que la ciudad calla», decidieron esperar al próximo movimiento que diera la autora. Al pasar los días, y comprobar que el sitio había cesado su actividad, decidieron dejar de gastar recursos en su búsqueda. Todo cambió cuando el poeta despertó del coma, entonces, por lo que pudiera pasar, decidieron vigilar a Mateo Rosas por si aquella chica intentaba ponerse en contacto con él. El hecho de que pululara dicha información por Internet no tenía importancia: primero, porque no tenían forma de probar de forma fehaciente los datos que aportaban; segundo, porque Internet ya estaba lleno de supuestas conspiraciones de lo más diversas sobre lo ocurrido al poeta y a su pareja. Otra cosa es que la chica entrara en contacto directo con Mateo Rosas, las consecuencias de aquello eran imprevisibles.

En el acto del cierre de campaña los nervios estaban a flor de piel. En el pabellón que había alquilado el partido no cabía ya ni una sola alma más. Las encuestas les daban el gobierno regional si eran capaces de llegar a pactos. Luna estaba iracundo, Mateo Rosas debía haber hecho acto de presencia hacía una hora para preparar el discurso y uno de sus hombres para todo había desaparecido. No dejaba de pensar que ambos incidentes podían tener alguna relación, eran demasiadas casualidades a la vez y las casualidades, en su opinión, no existían. No se podían permitir un escándalo, y menos de esas características, a dos días de las elecciones. El poeta no contestaba al teléfono y no había tiempo para ir a buscarlo a su casa. Luna deseaba con todas sus fuerzas que Rosas hubiera sufrido un accidente de tráfico y ahora estuviese siendo dado por muerto en algún hospital. Eso sería ideal ya que, aparte de quitarle del medio a una figura que no tendría utilidad tras las votaciones, le daría un cierre trágico a la campaña lo que significaría más votos para ellos.

A diez minutos de la primera intervención del mitin esta no estaba preparada. Mateo Rosas era el encargado de abrir el acto y nadie sabía nada de él. Julia Vázquez, que no tenía ningún discurso asignado, asumió el del poeta y salió ante las más de tres mil personas que abarrotaban el recinto. Colocó la copia del texto sobre el atril y, con la sangre fría del personaje que representaba, saludó al auditorio y excusó al poeta por su ausencia causada por una «indisposición». «Señores» — inició leyendo Vázquez— «Vengo a apoyar la proposición del honorable M. de Melun». Así continuó con el célebre discurso de Víctor Hugo para la asamblea francesa que, totalmente descontextualizado, ganaba los vítores y aplausos para el poeta ausente y su supuesto texto. El problema llegó al leer la parte del documento que recogía las interpelaciones que los diputados le hicieron al escritor en su momento. Al leerlas como si fueran parte de una misma voz parecía que la oradora estuviera siendo poseída por varias personalidades que interactuaban entre ellas a partir de la propia Vázquez. El auditorio pasó de la euforia a la incomprensión y de la incomprensión a la mofa. Sobre el escenario la portavoz del partido, consciente de que lo que estaba leyendo no podía ser el discurso de Rosas, se detuvo cuando le pareció que una frase podía entenderse como la conclusión que no era. Al acabar de leer, comenzó a alabar a Mateo Rosas, no sin antes mencionar en varias ocasiones a la fallecida Marta Rivas. Después este cambio discursivo, que apelaba a la épica y a la tragedia, las risas de los asistentes devinieron otra vez en vítores y aplausos. Al acabar, Vázquez entró en los vestuarios, donde habían instalado un buffet

libre, buscando al becario encargado de la aprobación de los discursos para despellejarlo con sus propias uñas. El acto concluyó con una gran fiesta privada en la estaba de cuerpo presente, pero con la mente en otra parte. Dentro de su cabeza se libraba una batalla, la misma batalla que todas las noches, la batalla contra los demonios que la perseguían y le devoraban las entrañas.

Se levantó el domingo a primera hora para ir a votar. Una vez ejercido su derecho al voto, pasó el día encerrada en su casa, siguiendo los acontecimientos de la jornada a través de internet. Una llamada la sorprendió justo cuando estaba terminando de comer: el hombre para todo desaparecido, la chica del blog y Mateo Rosas habían aparecido muertos. Quien se lo comunicó fue su jefe, que parecía estar en pleno ataque de euforia. El poeta se había suicidado y las muertes de la bloguera y del hombre del partido no podían ser relacionadas con ellos, ya que no había pruebas que los incriminasen. Cuando colgó se le nubló la vista, se mareó y tuvo que tumbarse en la cama. Ahora otros tres muertos más pesaban sobre su consciencia, todo era consecuencia del sí previo que le dio a Marta Rivas y que supuso la posterior reunión en la que le presentaría la idea a Emilio Luna. Si ella se hubiera opuesto, aquella reunión nunca hubiera tenido lugar y ahora mismo no cargaría con una lista de cadáveres. —Lo que está muerto ya no tiene solución— pensó y se centró en hacer lo único que últimamente hacía: representar el papel de Julia Vázquez, la portavoz del partido regional y la secretaria del presidenciable. Se duchó, se maquilló y eligió sus mejores galas para ir a la sede del partido, estaba lista para hacer historia.

Allí todo era jolgorio. Era la primera vez que el partido se presentaba a unas votaciones nacionales y regionales, por tanto, fuera la que fuese la cuota de poder que obtuvieran sería digna de celebración. Una vez en la sede se sirvió un vaso de agua e intentó mimetizarse con la gente. Iba de un lado a otro esquivando globos de helio y brindis. Saludaba a unos y a otros, aunque no reconocía a casi nadie. El hecho de acompañar al candidato Luna hacía que todo el mundo supiera quien era ella, pero no al contrario. Al detenerse para hablar con un grupo de administrativos que trabajaban en la sede, un hombre que decía ser policía la asaltó. No solo decía saberlo todo, sino que amenazaba con destruirla a ella. Vázquez no aguantó la presión y acabó desmayada sobre el suelo ante el grito de los que presenciaban el encuentro. Cuando recuperó la consciencia, su jefe la tranquilizó, le contó que el actual escrutinio les daba la presidencia regional y el tercer puesto en las nacionales, así que a partir de entonces había que hacer borrón y cuenta nueva. Le dijo que no se preocupase por el policía, ya que había hablado con el comisario y este le había prometido que mañana mismo le abriría diligencias previas para un expediente disciplinario que le costaría el puesto y la placa. Y así fue.

Esa noche, al volver de madrugada a su casa, la portavoz y secretaria subió a la azotea y se sentó en el bordillo. Entre ella y el suelo había siete pisos y un sistema gravitatorio que, si se decidía a saltar, apagaría el incendio que la abrasaba por dentro. Balanceó sus piernas, los tacones cayeron bajo su mirada perdida, pensó en buscar la redención acabando con su existencia, luego se dijo — Mi carrera política solo acaba de empezar— y se incorporó para retomar las escaleras camino a su apartamento. En aquella azotea quedó lo último de humanidad que había en ella, lo que volvió al interior del edificio solo era un personaje, su personaje.

XVI TIERRA

La mañana de aquel viernes el poeta ensayó una y otra vez el discurso frente al espejo. Mateo Rosas siempre había sido muy crítico con aquellos compañeros docentes que impartían sus clases limitándose a leer los apuntes que previamente habían preparado, así que él memorizaba con una capacidad admirable cada palabra que decía, ya fuera en un aula o, como ahora, ante un pabellón que estaría repleto de público. Medía todos sus gestos e incluso cada toma de aire estaba programada para darle la intensidad y la emoción adecuada a cada frase. Se había descamisado para practicar debido al calor que hacía aquel día, su figura semidesnuda mostraba la apariencia de un anciano. Desde que volvió del hospital andaba un poco encorvado, había perdido casi todo el pelo que le quedaba y tenía la piel estropeada y totalmente blanquecina. Imagínatelo así y te diré que, aun en este estado, sus ojos azules reflejados en el espejo transmitían la rabia del poeta y la insolencia del artista. Incluso así de ajado, su figura seguía siendo imponente. Me hubiera gustado abrazarlo, apoyar mi cabeza en su hombro y decirle «te quiero», pero él no se habría inmutado, hubiera seguido ensayando aquel discurso medio plagiado.

Serían cerca de las doce cuando la vecina de arriba llamó a la puerta. Dijo haber encontrado el martes en la calle una mochila que debía ser de Mateo Rosas, ya que los documentos que había en ella lo nombraban en repetidas ocasiones. Al principio el poeta rechazó cogerla alegando que no era suya, pero ante la insistencia de la mujer decidió quedársela. La abrió sobre la mesa del salón y de ella se desplomaron dos sobres manilas que cayeron como cae la hoja de la guillotina sobre el cuello del reo. Nos pusimos inmediatamente a leer los documentos que había dentro. Sentía como la respiración de Mateo se aceleraba según avanzaba en la lectura. No quiero ni pensar lo que estaba pasando por su cabeza, yo estaba perpleja por la información de aquellos papeles y aterrada por la reacción que esta pudiera provocarle a mi amado poeta. Al terminar, guardó los documentos en los sobres y los dejó encima de la mesa. Su rostro seguía mostrando una impasibilidad increíble, pero yo sabía que dentro de él acaba de iniciarse una batalla. Lo poco que quedaba de vida en él se había implosionado despertando al anterior Mateo Rosas. Ahora ambos, el viejo y el nuevo, luchaban entre ellos por hacerse con la situación. La realidad era que el castillo que conformaba la vida del poeta se acaba de desmoronar en un solo instante. Todo era falso o erróneamente comprendido: su relación con Marta, sus recién estrenados vínculos con el partido, su nueva faceta pública... No tardé en entender que a mi amado solo le quedaban dos vías: la de la claudicación o la de la venganza. Nunca llegó a saber cómo la mochila había acabado en la acera de debajo de su casa, aunque lo cierto es que le daba igual, le bastaba con tener la información.

Pasaron las horas y él seguía en el sofá, descamisado, sudando, con sus ojos clavados en la nada. Entonces, como si algo le hubiera hecho reaccionar, se levantó y volvió al baño a ensayar el discurso. En ese momento yo solo quería buscar a los implicados en el complot y matarlos uno a uno... ¡uno a uno y de manera lenta y dolorosa! Mi único miedo era llamar la atención y que alguien viniera a por mí, a llevarme lejos de mi poeta y, de paso, a llevarle a él a donde debería estar. Me puse a dar vueltas por el piso como una loca, pensando cómo debía actuar. No sé si será porque lo amaba, porque lo sigo amando, pero todo el daño que le hicieron a él lo sentí como si me lo hubieran hecho a mí. No tardé en acordarme de aquella visita del hombre redondo y la mujer siniestra, recordé como se habían llamado entre ellos y pude ponerles cara a mis nuevos enemigos. Si hubiera sabido quienes eran, y en lo que estaban metidos, los hubiera decapitado la

tarde que vinieron a reclutar al poeta para su causa. Pero aquello ya era pretérito y ahora me angustiaba que el propio Mateo decidiera tomarse la justicia por su mano, con las posibles consecuencias que supondría tales actos. Tenía que actuar, pero no sabía cómo. Cualquier paso en falso sería una caída a un vacío del que no podríamos salir. La ansiedad se apoderó de mis pensamientos. Mateo, entretanto, seguía ensayando su discurso como si nada hubiera sucedido, y esa indiferencia me angustiaba aún más. Algo iba a suceder y estaba segura de que no sería nada bueno.

De pronto, sentimos varios golpes que provenían de la casa de Sofía. Cuando se escuchaba jaleo, sabíamos lo que estaba pasando allí, pero también sabíamos que no podíamos hacer nada por ella sin que hubiera consecuencias. Mateo, que se había detenido al percibir el ruido, elevó el tono de voz y continuó repitiendo el discurso una y otra vez. Me situé al lado de él, acababa de entenderlo todo: o yo intervenía o no había futuro posible para la última esperanza de la humanidad. Lo besé en la mejilla y me senté en el sofá. Tenía la impresión de estar pasando los últimos momentos en esa casa. Debía encontrar al enemigo y acabar con ellos antes de que el poeta perdiera los papeles.

Sin esperarlo, alguien llamó a la puerta con el puño, sin usar el timbre, como si quisiera enfatizar su intención de entrar. Mateo se desplazó torpemente y refunfuñando desde el lavabo a la entrada para ver quien lo había interrumpido. Al abrir la puerta se encontró con Sofía, tenía el pijama empapado de sangre. Ambos, poeta y niña, se quedaron mirándose fijamente. Supongo que comprendieron en ese preciso instante que en este mundo no habría justicia para ellos. El le preguntó al cabo de unos segundos que qué había hecho, aunque en realidad era una pregunta retórica, los dos sabíamos lo que había ocurrido. Ella, muy pálida y con los labios y las uñas azuladas, se desplomó, pero el poeta consiguió cogerla, si bien eso le supuso acabar también en el suelo. La metió en el piso como pudo y empezó a abofetearla. Mientras arrastraba a Sofía, le dio una patada a la puerta de la calle, sin embargo, no le dio con la suficiente fuerza, y esta se quedó encajada en el marco sin llegar a cerrarse completamente. La chica recuperó la consciencia para decir que todo había terminado y que no aguantaba más. Su última palabra antes de empezar a convulsionar fue «gracias». Mateo se había mostrado frío e inexpresivo desde que volvió del hospital, pero ahora su imagen era diferente: se sentía culpable de la muerte de la joven Sofía. Era evidente que había ingerido de golpe más pastillas de morfina que la que su pequeño cuerpo podía tolerar, como también era evidente que lo había hecho de forma voluntaria y consciente.

Estaba siendo testigo de cómo el mundo se venía abajo y no tardé en darme cuenta de que no había nada que hacer, ya nada ataba al poeta a la vida. Como un globo de helio que ha perdido su sujeción, este estaba poniendo rumbo hacia el más absoluto de los estados nihilistas. Si todo lo que formaba su realidad resultaba ser falso, y ya no tenía con quien ser humano, Mateo Rosas no tenía sentido en sí mismo. Transformado en un personaje usado como reclamo, la persona no era necesaria. Ni siquiera la venganza le era un sentimiento suficientemente poderoso como para seguir luchando. Así que dejó a Sofía convulsionando, buscó su tarro de pastillas y tomó todas las que pudo antes de que la náusea le obligara a vomitar. Volvió a donde la chica, se sentó en el suelo y la cogió entre sus brazos.

Nosotros no tenemos sentimientos, pero yo no paraba de llorar. Él le acarició el pelo hasta que ella dejó de respirar. Nosotros no tenemos sentimientos, pero yo no quería estar delante cuando desapareciera lo único que le daba sentido a mi propia existencia. Me fui a la casa de Sofía, llevaba unos días sin pisarla. Allí la escena era dantesca, todo estaba lleno de sangre. El cuerpo del tío estaba tendido en el suelo del salón, apuñalado un número incontable de veces. No pude evitar escupirle, era un acto sin sentido, pero era la única acción que podía tomar contra lo que

una vez fue una aberración de la naturaleza... o quizás las aberraciones éramos nosotros. Esta cuestión me llevó a preguntarme si quizás lo que era una anomalía era que existiera alguien como Mateo Rosas o como Sofía. Si la sociedad castraba los impulsos más oscuros del propio individuo, ¿no sería correcto suponer que el ser humano es un depredador de su propia especie domesticado por el colectivo social? Abatida, me desplacé hasta el dormitorio de la joven suicida. En los últimos días había llenado la pared de folios escritos con textos suyos. Parece que se había tomado muy en serio lo de ser poeta. Cada poema que leía me helaba por dentro y aumentaba mi ansiedad. Recuerdo a la perfección un verso que se me grabó a fuego en la memoria:

*Espero el día en que las paredes se vengan abajo,
el cielo inunde mi habitación y, sobre el lomo de una nube,
recorra el estómago de cien arcoíris. Aguardo con ansias
el tiempo en el que mi útero no sea mi condena,
porque sé que entonces de las flores muertas
nacerá otro amanecer y con él un nuevo mundo.*

Arranqué todos los folios de las paredes y los metí en un cuaderno que estaba sobre mesa, lleno también de escritos suyos. Guardé todo en mi bolso y salí al balcón a gritar. Grité y grité, y los pájaros huyeron de la zona para no volver en días, los perros aullaron acompañado mi lamento, y los gatos asomaron sus curiosas cabezas allá donde estuviesen para ver quien sufría de esa manera. A mí ya solo me quedaba una sola cosa: la venganza. Pero antes de tomar ninguna medida contra los implicados en el complot debía despedirme de mi amado Mateo. Él aún respiraba cuando volví a su apartamento, tenía la mirada perdida y aún acariciaba, ya torpemente, el pelo del cadáver de Sofía. Me apoyé en la pared y, sentada en el suelo, puse mi cabeza sobre su hombro.

— Aún guardo la servilleta con aquel poema que me diste —le dije, o le intenté decir, llorando a mares como estaba.

— La muerte es tan caprichosa como siempre me imaginé —exclamó con un hilillo de voz, sin saber si deliraba o si me hablaba a mí. Él también se fue, y yo, exhausta, me senté en el sofá para volver a llorar, y lloré y lloré, y nada evitó que dejase de llorar. Mi deseo era morir y desaparecer, pero no voy a engañarte, sabía que nadie iba a venir a por mi alma, si es que acaso nosotros tuviéramos alma, algo que desconozco. Pasaron dos lunas antes de que dos policías se personaran en el apartamento. Por lo que les escuché, estaban tras la pista del hombre redondo y la mujer siniestra. No pude evitar fijarme que los ojos del más veterano mostraban un enorme e imparable incendio interior y eso era lo que necesitaba, por ello decidí no separarme de él. Luego llegó su superior, pero ni con amenazas ni malas palabras pudo apagar las llamas que le hervían la sangre. Aquella noche le seguí hasta la sede del partido. Fui su sombra hasta encontró a la mujer siniestra. Estaba convencida de que en esta historia no habría lugar para la justicia del hombre, ni tampoco para la justicia poética que pretendía imponer aquel agente si las leyes que regían la sociedad no lograban acabar con la más malvada de las mujeres, así que, sin perder un segundo, le metí la mano en su pecho y le agarré el corazón. Latía con fuerza, pero sobre la vida siempre prevalecerá la muerte. De repente, vi tras ella un ángel de la muerte y la solté, cayó con todo su peso al suelo. No había conseguido matarla, la impresión de haber vuelto a ver a otro igual me había asustado.

— Estás perdonada. Si vuelves a desobedecer las órdenes, no habrá ninguna otra oportunidad —dijo a la vez que yo recuperaba la capacidad de ver el brillo vital de las personas.

— Yo no he pedido redención.

— El Jefe no funciona a través de solicitudes ni sugerencias. Vuelve al trabajo.

Derrotada, bajé la cabeza y me fui. La humanidad, ya sin esperanza, había perdido, todo seguiría igual. A la mañana siguiente volví a ejercer mi vieja función de transportadora de almas. A todas las que iba recogiendo les decía que, si veían en el otro lado a Mateo Rosas, le dijeran que en algún momento encontraría la manera de vengarme; y que, si se llegaban a conocer a Sofía, le dieran mi enhorabuena por sus poemas y le contaran que los leía todos los días porque me gustaban tanto que me había enamorado de sus letras. Y era verdad. A pesar de tener un estilo nada depurado en comparación con el de Mateo, los textos de ella eran mucho más profundos y contenían un sentimentalismo muy superior al del poeta. Lo cierto es que los días se iban sin que encontrara la forma ni el coraje para vengarme. Todo lo que supe de mis archienemigos fue por la prensa, por lo visto Julia Vázquez llegó a ser diputada nacional, y Emilio Luna presidente de su región durante más de una década.

Una tarde, esperando que llegase la hora para recoger un alma, leí en un periódico que Vázquez había fallecido a los cuarenta y nueve años de cáncer. El diario hablaba de una larga lucha contra la enfermedad a la que no consiguió vencer. Podrías pensar, querido lector, que, en cierta manera, fue castigada por lo que hizo. Aquello, por muy sufriente que fuera, no había sucedido por designios divinos. Si Dios hubiera querido actuar contra ella, me hubiera permitido acabar con ella cuando tuve su vida en mis manos. No, aquello simplemente fue consecuencia de su condición humana: todo lo que vive debe morir. La noticia me entristeció. Por un lado, significaba que ya no podría tomar medidas contra ella. Por el otro, era una señal de que el tiempo pasaba sin que yo lo hubiera apreciado. Mi existencia se limitaba a ejercer la función de transportista de ánimas y a la lectura de los libros que «tomaba prestados» por donde iba pasando.

Cuando dejaba un alma en el otro lado, había veces que me quedaba mirando aquel sitio. No tenía permitido cruzar la línea que separaba este mundo del otro, así que siempre lo observaba desde la lejanía, nunca alcancé a vislumbrar más que nubes de polvo. Aquello era un páramo colmado de inexistencia, no veía absolutamente más que la nada en forma de nublos marrones. Siempre pensé que hay cosas que uno no puede comprender y que, por eso, no podía concebir la estructura que conformaba el otro lado. Quería pensar así, mi función y mi propia existencia no tendrían ningún sentido de no haber nada allí.

Si el día que conocí a Mateo Rosas inicié el camino que me llevaría hasta el destierro, en la noche que ahora te narraré terminé de condenarme. Tenía el encargo de recoger un alma en un restaurante, a unos minutos antes de las doce. A llegar al lugar me encontré una boda, por la forma de vestir de los invitados supuse que aquella celebración era de gente muy pudiente. Todo el mundo estaba ebrio y se dividían entre aquellos que danzaban en la pista de baile y los que conversaban en las mesas. La mujer a la que venía a buscar era una anciana que estaba en una de ellas. Supe por lo que le escuché que el casamiento era de su hija pequeña, que estaba ahí sentada junto a su nuevo flamante marido. Había contraído nupcias por segunda vez tras divorciarse de su anterior pareja después de quince años de matrimonio. La celebración fue por todo lo grande, como si a mayor pomposidad, más fácil fuera olvidar el pasado. Pero en aquella mesa no estaban solo ellos, también estaba el malnacido Emilio Luna. Me costó reconocerlo, estaba ya muy envejecido, pero era él sin duda. Cuando me di cuenta de quien era, me encolericé, pero me contuve... hasta que escuché que él era el padre de la novia. Entonces ya todo me dio igual. Quizás si no hubiera visto que su brillo aun le auspiciaba casi una década más de vida, a pesar de que debía rondar los noventa años, hubiera podido tragarme mi odio y seguir con mi trabajo. Pero el hecho de que aún le quedase tanto para morir y que tuviese a mi alcance hacerle daño a sus

seres queridos, como él me hizo a mí, fue decisivo para que el sentimiento de venganza superase al del deber.

Primero me dirigí a su hija y metí mi mano en sus intestinos apretándoselos con mis garras. Cayó al suelo retorciéndose de dolor y vomitando sangre sobre su immaculado traje blanco. La música estaba muy alta y nadie escuchó los gritos provenientes de la mesa. Sin pensármelo dos veces, me fui para su esposa y le rompí el cuello ante el estupor de los que estaban presentes. Debía morir en unos minutos, pero, para qué mentir, no tenía intención de esperar ni un segundo más para vengarme. El siguiente fue su nuero, supuse que no le tenía especial cariño, pero como estaba delante de mí no perdí la ocasión y le paré el corazón. Ahí estaba el perro, yendo de un cuerpo para otro, pidiendo ayuda sin que nadie le escuchase. Le miré a los ojos, tenía la intención de dejarlo vivo para que cargara con el dolor de aquel instante el tiempo que le quedaba en este mundo, pero inmediatamente pensé que aquel hombre no tenía corazón, sobreviviría a aquello de una forma u otra. Así que le introduje mis largas uñas por sus fosas nasales y le empecé a hacer trizas el cerebro hasta que cayó muerto echando espuma por la boca.

Lo que sucedió luego es fácil de explicar: dejé percibir a todos los hombres y a todos animales. Me quedé en la más absoluta de las soledades en este mundo ahora desierto... o eso pensó aquel que me castigó. Desde entonces viajo de allí para allá viendo las maravillas que alberga esta realidad, me deslizo por la eternidad mientras vivo las miles de aventuras que los libros me permiten, y con una vieja pluma creo universos paralelos donde se enfrentan héroes y villanos que quizás alguna vez existieron. Y, por supuesto, aún te tengo a ti, lector.

ANEXO

Era una noche de otoño en la que el viento golpeaba las ventanas del estudio, y el cielo amenazaba con descargar una lluvia torrencial. El equipo de emisión tenía casi cuarenta años, los ahí presentes divagaban sobre la posibilidad de que fuera una antigua radio clandestina montada en la época de la posguerra, pero la verdad es que no tenían ni idea de cuál era su verdadero origen. La habían adquirido a través de un alemán que regentaba una especie de rastro en un local del centro. Desde hacía dos meses, todas las tardes de cuatro a doce, «Radio rebelión» (así era como se hacían llamar) emitía varios programas culturales y pinchaba música «no comercial». La emisora pirata se hizo popular al poco de nacer porque, aunque su alcance se limitaba a unos pocos kilómetros a la redonda, las ondas llegaban hasta el barrio universitario y el campus.

En una época en la que internet ni siquiera era algo imaginable, la radio era un medio con un público entregado. Así fue como el programa «Sol y carne», que cada lunes era conducido por Bernardo Beltrán, fue un éxito durante los casi tres años que duró. Beltrán cargaba desde los micrófonos contra toda figura académica, no dejó títere con cabeza: le hizo la vida imposible al Rector denunciado los casos de corrupción de la Universidad; atacó de manera incesante a varios docentes a los que calificaba de «inútiles marionetas de expansión ideológica del Estado»; criticó a los alumnos en general por su actitud pasiva y a alumnos en particular por colaborar con un sistema que, según él, estaba podrido.

Nadie sabía más de Beltrán que lo poco que él contaba sobre sí mismo. En uno de los primeros programas se describió como un «chaval de diecinueve años, agitanado y de barrio obrero, hecho con la rabia del proletariado». Solía leer poemas y textos suyos, y pronto empezó a ser popular entre los estudiantes. No era raro que llegase bebido a la radio, se solía jactar de esnifar y fumar todo tipo de sustancias en directo y, aun así, su verborrea era aplaudida por el público que lo escuchaba. En ese patetismo subversivo había también implícito un sentir general por parte de la comunidad universitaria, que veía en él una especie de profeta contra una sociedad que les exigía un sacrificio que no era capaz de recompensar.

A los meses de haber empezado su programa, Beltrán encontró un objetivo en el que se centraría hasta el final de sus días. El año anterior el departamento de Literatura Española de la Universidad había dado una plaza de alumno colaborador a un estudiante modelo, hijo de un alto cargo militar y cuya conducta era intachable. Al poco tiempo de llegar, dicho estudiante ganó el certamen anual de poesía de la Universidad. El premio era una cuantiosa cantidad de dinero y un reconocimiento en forma de diploma, nada reprochable salvo por el hecho de que el jurado lo componían los profesores del departamento al que pertenecía. Beltrán inició una cruzada radiofónica denunciando lo que, para él, era otro caso más que demostraba la corrupción que imperaba en la Universidad. Aquel estudiante era el por entonces jovencísimo Mateo Rosas, y partir de aquellas acusaciones él y Bernardo Beltrán se declararon odio eterno.

La persecución del locutor pirata no se limitó a criticar la producción lírica de Rosas (a la que tachaba de vacua e irrelevante) sino que atacaba a cualquier cosa donde el joven poeta metiese un dedo. La tensión fue en aumento según Mateo Rosas iba adquiriendo transcendencia en el mundo literario. Beltrán utilizaba una gran parte de su programa en acechar a su némesis, a la vez que Rosas aprovechaba cualquier publicación o entrevista para sacar a la palestra a su contrario (aunque no viniera a cuento) y tildarlo de degenerado y trasnochado. Ambas figuras se definían como antagónicas: Mateo Rosas era un modelo de conducta y un creador que buscaba acercar la

poesía a la gente; Beltrán, en cambio, era un elitista cultural que opinaba la poesía era solo para los poetas. En lo que respectaba al pensamiento político, los dos eran marxistas declarados, pero había uno que abogaba por el uso de la fuerza como recurso de la guerra de clases y el otro no, imagínense ustedes cuál es cada uno.

Durante los tres años y poco que duró el programa, el claustro de profesores se reunió en varias ocasiones para tomar medidas contra el tal Bernardo Beltrán. No era solo por el acoso que sufría Rosas (quien era uno de los protegidos del departamento), era también por las calumnias que vertía sobre ellos semanalmente y por los destrozos materiales que las instalaciones estaban sufriendo. Al año y poco de vida del programa, Beltrán había animado a sus oyentes a tomar la Universidad y recuperarla como «centro del conocimiento» a través de acciones creativas... o de vandalismo, cada uno lo interpretó a su manera. Empezaron a aparecer pintadas por todas partes, y mucho mobiliario fue desplazado en pos de formar obras de arte (o algo parecido). Una mañana, por poner un ejemplo, todas las sillas del comedor y de varias aulas aparecieron en uno de los aparcamientos. Habían formado con ellas una enorme pirámide que alcanzaba unos cuantos metros de altura. A aquella maravilla del mundo moderno le colgaron un cartel que rezaba así: «La torre de Babel. Quien toca el cielo se hace eterno». Nadie se explicaba cómo habían conseguido levantar tal monumento sin ayuda de maquinaria que les permitiese subir a colocar las sillas superiores, pero ahí estaban. Pocos estudiantes pudieron contemplarla porque, a primera hora, dos conserjes llegaron a desmontarla por orden del Rector. Lamentablemente (para ellos) decidieron empezar a recoger el material desde abajo, así que la torre de Babel no tardó en sepultarlos. Aquello fue un espectáculo, allí acabó una ambulancia, los bomberos, la policía... que nunca daba con Beltrán porque nadie sabía quién era.

Tal se hizo su leyenda que todos los meses se corría la voz de que iba a acudir a algún local a dar un recital, lo que provocaba que su tropa de seguidores acudiese en masa. Nunca hizo acto de presencia, pero nunca faltó quien decía haber estado en alguna actuación suya, de copas con él o preparando algún sabotaje en las instalaciones universitarias. Un día apareció un enorme grafiti en una pared trasera de un edificio del campus. Habían dibujado una gigantesca libélula en blanco y negro y una farola cuya luz parecía atrapar al animal. Junto al dibujo había una frase que rezaba así: «Qué lástima de criaturas cuya luz propia se ha perdido en el albor de las farolas de esta lúgubre ciudad. Fdo. Bernardo Beltrán». La zona donde se levantó el mural era frecuentada por los estudiantes para fumar, beber o tener intimidad, ya que estaba apartada de las facultades. Así que la Universidad decidió ignorar la provocación y no gastar dinero en reparar una pared que estaba alejada, aunque esta hubiera sido mancillada por el enemigo público número uno. La verdad es que nadie supo nunca si aquello fue obra del propio Beltrán o si fue algún seguidor al que le había gustado un verso que el poeta había leído en uno de sus primeros programas.

El tiempo fue pasando y su figura fue perdiendo fuerza. Lo único que seguía manteniéndolo como tema de conversación eran sus continuos enfrentamientos con Mateo Rosas, a quien ya en los últimos meses llegó a amenazar de muerte en varias ocasiones. Aun así, Beltrán seguía teniendo un número grande de seguidores que eran incondicionales, a la vez que la existencia de estos provocaba que el propio Mateo Rosas tuviera los suyos. Durante aquellos años o eras de uno o eras del otro, no había medias tintas. Todavía se mantiene vivo en la memoria colectiva del campus el recuerdo de una mañana de abril en la que dos profesores llegaron a las manos en la cafetería discutiendo sobre el tema. Los alumnos presentes, lejos de separarlos, jalearon los nombres de los dos poetas para avivar la polémica.

En uno de sus últimos programas, Beltrán lanzó una invitación a Rosas para que acudiera al estudio el siguiente lunes para que se enfrentaran cara a cara. Por entonces, este ya había

publicado su famoso Donde no pasan las horas, lo que había hecho que su popularidad hubiera llegado a ser de nivel nacional. Es un misterio cómo Rosas se enteró de la invitación (ya que decía que no escuchaba «Sol y carne») y de cómo supo llegar al estudio donde estaba la radio pirata (su ubicación era secreta). Aquel lunes hubo media Universidad pendiente del transistor. Por primera y última vez se encontraron frente a frente la voz profunda de Mateo Rosas y la garganta quebrada de Bernardo Beltrán. El encuentro fue bastante civilizado a pesar de algún grito y varios insultos. Nunca se pisaron la palabra y ambos se respetaron los turnos de habla. La charla duró cerca de una hora en la que los dos se echaron a la cara las mismas cuestiones, pero desde diferentes puntos de vista. La crítica que el conductor del programa le hacía a su adversario era que estaba siendo aupado por un sistema que corrompía todo lo que tocaba: la publicación con una gran editorial le permitía estar en los principales actos y ser el centro de atención de numerosas revistas culturales; su puesto privilegiado en la Universidad le situaba por encima de sus iguales; además, su condición política, en la que omitía cualquier apoyo a la acción violenta, lo hacía cómplice de todo lo que él mismo criticaba. Por su parte, Mateo Rosas lo acusaba de terrorista, fascista y de conservar el viejo dogma que decía que los poetas eran gente tocada por Dios. Las acusaciones acabaron con una contundente afirmación de Beltrán a Rosas, «eres un traidor para los tuyos», y un vaso rompiéndose contra la pared. Tras el golpe, y un silencio de dos segundos, retomaron la conversación como si nada hubiera pasado. La disputa finalizó cuando el invitado dijo «Me voy, ha sido suficiente por hoy, nos volveremos a ver», a lo que el locutor respondió «En el infierno, con toda seguridad». En cierto modo, el encuentro defraudó a muchos de los oyentes habituales y a aquellos eventuales que se habían animado a escuchar el programa por la expectación que había levantado el histórico encuentro. Probablemente esperaban un combate de boxeo radiofónico o un asesinato en directo, en lugar de dos interlocutores fumando y bebiendo sin parar a la vez que se reprochaban cosas sin llegar a ninguna conclusión.

Al llegar a su casa, Mateo Rosas se encontró con un coche patrulla que lo esperaba. Lo interrogaron por la ubicación del estudio desde donde se emitía el programa de radio. A Beltrán se le acusaba de varios delitos: vandalismo, amenazas, apología del terrorismo, calumnias... Para la policía, el hecho de que alguien conocido hubiera llegado hasta la emisora era una gran oportunidad para acabar por fin con él, pero Rosas no pudo ayudarlos. Se limitó a explicar que se pusieron en contacto con él a través del teléfono y que hoy se pasaron a recogerlo en un ciclomotor. El acuerdo era que, tanto para ir como para volver, se taparía los ojos con una venda para no conocer la posición de la radio. En un intento de ser útil a la labor policial les dijo que habían hecho cerca de una hora de trayecto, pero que no podía asegurar que no hubieran estado dando vueltas para confundirle. Tampoco pudo dar una descripción del rostro de su némesis porque, durante el programa, tuvo media cara tapada con un pañuelo y unas gafas de sol enormes. Cuando los agentes se fueron, el poeta pensó que Bernardo Beltrán estaba acabado, de esta no le salvaba nadie.

El lunes siguiente, Beltrán comenzó la locución notablemente ebrio, más de lo que solía estar cuando conducía la emisión. Anunció ante el estupor de los oyentes que aquel sería su último programa y que pensaba quitarse la vida en directo pegándose un tiro. La despedida del poeta (auto)maldito quedó grabada a fuego en aquellos que la escucharon: «Me voy de este mundo derrotado, bebiendo el fracaso en este vaso vacío. Me retiro entre la traición de los míos y la indolencia de la gente. Cuando los perros del Estado consiguen encontrar el viejo edificio desde el que emitimos robándole la electricidad a la farola de la calle, no hallarán más que ruina. Mirad a vuestro alrededor... y no veréis nada, la luz de la ciudad nos ha cegado, ya no hay manera de saber dónde está el norte y dónde está el sur. Los cimientos de la civilización han engullido sin

piedad los campos y las praderas. Nosotros, los soñadores, los ilusos, los que brillamos con luz propia, tenemos el deber de cambiar el rumbo, de revertir la artificialidad del mundo moderno para recuperar la esencia de las cosas. Somos luciérnagas en la ciudad, nunca lo olvidéis. En nuestras manos está que la luz de la verdad no se diluya entre la falsa incandescencia de la urbe. Me despido con una sola petición para aquellos que me habéis seguido durante estos años: luchad, luchad, malditos, no dejéis de luchar. Os digo adiós disparando contra mi sien la última bala que me queda».

Justo después de su última frase sonó una explosión y un golpe fuerte. Los oyentes reaccionaron de manera muy diversa: hubo desde quien se lo tomó como una broma hasta quien le dio veracidad al poeta y se puso histérico. Entretanto, en el estudio, Beltrán se retorció en el suelo. El petardo había sonado más fuerte de lo que esperaba, las paredes del cuarto habían hecho que el estruendo quedase atrapado en la pequeña habitación. Le pitaban los oídos y se había mareado. Consiguió arrastrarse hasta la escalera, donde estuvo sentado hasta que recuperó el equilibrio. Volvió dentro cuando se sintió mejor, evitó hacer el menor ruido y cogió sus pertenencias y un bote de spray rojo que estaba bajo un cartel de cartón que tenía escrito «Usar solo en caso de emergencia». Cerró con llave al bajar a la calle y pintó una enorme cruz roja en la puerta.

La compra de la radio se realizó entre un grupo de colaboradores de un centro social alternativo. Tenían como norma utilizar nombres de guerra así, si llegado un momento dado hubiera algún problema con las autoridades, difícilmente un compañero pudiera decir mucho sobre los otros. Cuando pusieron dinero en común para desembolsar la compra de la instalación radiofónica, sabían que más antes que después tendrían que abandonar la radio debido a la policía. Por ello acordaron que pintarían una cruz roja en la puerta en el caso de que alguno tuviera la certeza de que estaban cerca de ser cazados. Eso significaría que ya nadie podía volver a entrar en el edificio.

A mitad del camino de vuelta a casa, se quedó mirando a la luna. La luz blanquecina se reflejaba en los ojos azules del poeta. La guerra había terminado para él, volvía derrotado y abatido. A su cadáver solo le quedaba flotar por el río que no desembocaba en ningún mar y aceptar que lo que llevaba dentro no era un lobo, era un perro, un perro de los que cuidan a las ovejas para que no descarríen. El poeta maldito había muerto, ahora tocaba ser otro engranaje más en la maquinaria de la sociedad. Mañana tendría que volver a su despacho como ayudante de profesor en la Universidad y olvidar para siempre que una vez fue Bernardo Beltrán.

SOBRE EL AUTOR

Fernando Candón (más conocido como José Salento) nació en Cádiz en 1985. Estudió la licenciatura de Humanidades en Sevilla y en Granada el máster universitario de Estudios Literarios. Tras pasar varios años en Italia concluyó su tesis doctoral sobre la hegemonía de los poetas de la experiencia en el campo poético español. En 2013 publicó el poemario *Entre el Salitre* (Punto rojo). Desde entonces ha actuado en numerosos locales musicalizando sus textos con su guitarra.